

❧ Santana M Hernández ❧

*Un
café a
Medianoche
&*



UN CAFÉ
A MEDIANOCHE
Santana M. Hernández



Primera edición en digital: noviembre 2017

Título Original: Un café a medianoche

©Santana M. Hrenández

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada © Iakov

Diseño de portada: SW Desing

ISBN: 978-84-16927-70-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[Epílogo](#)

Agradecimientos

*A vosotros tres,
que estéis donde estéis me cuidáis todos los días.*

1

Jueves, doce menos cuarto de la noche.

Otro jueves caluroso... Menos mal que pronto el verano llegaría a su fin — pensó Alana mientras preparaba dos tónicas y un par de Coca-Colas.

En ese momento sintió cómo su cuerpo se estremecía... era una sensación extraña, algo que no sentía desde hacía mucho tiempo.

—Disculpe...

Una voz masculina la sacó de su mundo, devolviéndola a su caótica realidad.

—Sí, dígame qué le sirvo —dijo, mientras se giraba y posaba sus ojos sobre aquel hombre.

Alto, ancho de hombros, vestido con un traje oscuro que destacaba su piel morena y los ojos más oscuros y profundos que jamás había visto.

¿Qué hacía un hombre así vestido, en una terraza a pie de playa a esas horas?

—Póngame un café solo y... ¿podría calentarme esto? No muy caliente, por favor. —La miraba fijamente y ella no podía apartar sus ojos de aquel misterioso desconocido.

Alana cogió lo que aquel hombre le entregaba sin fijarse en ello, sorprendida de que alguien pidiese un café a esas horas, pero cuando rozó su mano al cogerlo, sintió cómo una descarga recorría su piel.

—Y yo que usted me daría prisa, si no quiere que la calma de su terraza se vea envuelta en llantos.

Le miró sorprendida y entonces se percató que el hombre había dejado en la banqueta un maxi-cosi con un pequeño y regordete bebé que chupaba su chupete angustiado mientras la miraba.

En ese instante la pregunta que rondaba la mente de Alana se volvió más larga.

¿Qué hacía un hombre así vestido, en su terraza pidiendo un café a medianoche y encima con un bebé?

—Sí, enseguida. Siéntese, por favor. Ahora mismo se lo llevo a la mesa

—murmuró Alana, que todavía no salía de su asombro.

Preparó el café, calentó la leche con celeridad y se lo sirvió en un santiamén.

Volvió a colocarse tras la barra, mientras observaba al inquietante sujeto preparar el biberón con destreza y seguridad.

—Perdona chiqui, ¿me pones una Coca-Cola? —le dijo un cliente desde el otro lado de la barra.

—Ahora mismo, caballero —respondió mientras se disponía a coger el vaso y el hielo.

Cuando volvió a su sitio para poder seguir observando, vio a aquel apuesto desconocido dándole al bebé el biberón, mientras lo miraba con ternura y cariño...

La voz de otro cliente la trajo de vuelta al mundo real. Aunque ella hubiese preferido quedarse como observadora del espectáculo que estaba disfrutando, no podía desatender a los clientes. Los jueves, Candela libraba y no le quedaba otra que seguir trabajando.

Se acercó a su mesa y preguntó:

—¿Estaba todo bien, caballero?

—Sí, tranquila —respondió él un poco aturdido mientras sonreía—. Para este glotón siempre está bien.

Ella sonrió y continuó recogiendo las mesas que poco a poco iban quedando vacías, hasta que algo llamó su atención y al volverse vio a aquel hombre que debía medir un metro noventa, intentando lidiar con el llanto del bebé que no parecía muy satisfecho.

Sonrió al ver cómo se pasaba la mano por el pelo nervioso, e intentaba calmar al bebé de diferentes maneras. Para complicar la situación, el móvil del apuesto desconocido empezó a sonar.

Intentar calmar a un bebé y hablar por el móvil no parecía una tarea sencilla, por lo que Alana decidió que no pasaría nada por intentar ayudarlo. La situación había dejado de parecerle graciosa y empezaba a compadecerse de aquel hombre.

—Perdona... ¿puedo? —preguntó Alana mirando al bebé.

Él, al principio la miró sorprendido y un poco desconcertado, pero pensó que ella solo intentaba ayudarlo, ¿qué podía pasar?

Asintió con la cabeza mientras contestaba al teléfono.

Alana cogió al pequeño en brazos y volvió a sentir un escalofrío cuando

rozó los brazos de aquel hombre.

Una vez tuvo al pequeño en brazos, lo arrulló y acunó, intentando que dejase de llorar mientras sentía los ojos de aquel hombre siguiendo todos y cada uno de sus movimientos.

Aquel pequeñín, que no debía de tener más de seis meses, empezó a jugar con su pelo. Ella sonrió y empezó a tararear una nana. Tener a ese pequeño en brazos le hizo recordar a su hermano Álex... lo echaba de menos...

—Gracias —susurró él en voz baja.

Alana se sobresaltó un poco al oír esa palabra y el aliento de ese hombre en su cuello. Él miraba por encima de su hombro al bebé, que al final se había quedado dormido jugueteando con su pelo entre las pequeñas manitas.

—No es nada, se te veía un poco apurado, y siempre me han gustado los niños. —Sonrió al recordar cuando su hermano había sido así de pequeño y siempre terminaba durmiéndose en sus brazos.

—Nunca había visto a Samuel calmarse tan rápido y menos aún quedarse dormido... la verdad, estoy sorprendido —contestó él mientras cogía al pequeño en brazos y le daba un beso en la cabecita.

Ese gesto tan tierno hizo que su corazón se encogiera.

—Me alegra haber servido de ayuda —murmuró con una sonrisa mientras se encaminaba hacia la barra.

Él sonrió mientras la miraba, cosa que hizo que la pobre Alana perdiera un poco el equilibrio.

—Cuando puedas dime qué te debo. Es tarde y tendrás ganas de irte a casa. —En ese momento se dio cuenta de que la terraza estaba vacía. Era tarde y la brisa soplaba suavemente.

—Sí... es un euro... —contestó con la voz algo apagada.

Alana se sintió un poco apenada al ver cómo aquel hombre se ponía en pie y empezaba a recoger sus cosas. ¿Por qué estaba tan atontada? ¿Qué tenía ese hombre que le llamaba tanto la atención?, pensó mientras se agachaba a colocar los vasos en su estante.

Cuando se levantó, aquel apuesto desconocido ya no estaba, se acercó a la mesa y vio unas cuantas monedas y un papel con algo escrito, lo cogió pensando que sería cualquier tontería, pero se sorprendió al leer:

“Gracias por haberme ayudado y gracias por este café a medianoche, espero que nos veamos pronto”.

R.

No podía salir de su asombro, él apenas había tocado el café, ¿por qué había dejado esa nota, si con un simple "gracias" ella ya se daba por satisfecha? Pero en el fondo se sentía contenta, feliz, como hacía tiempo que no se sentía.

Y ahora ya sabía algo más de aquel desconocido que firmaba como R.

2

Miércoles, siete de la mañana.

Iba a hacer una semana desde que había visto al apuesto desconocido en su terraza, y desde entonces no podía sacárselo de la cabeza. Recordaba aquellos ojos oscuros y lo tierno que era con el pequeño... Tenía que dejarse de tonterías, en su vida ahora no encajaba la presencia de un hombre. Para una vez que era libre, quería seguir siéndolo.

Un montón de pensamientos rondaban en su cabeza mientras paseaba por la playa camino del trabajo... quién lo diría... tres años desde que llegó a aquel pueblecito costero, tres años desde que hizo las maletas y desapareció, tres años desde que huyó de su vida, de su familia y con todo su pesar, también de su hermano pequeño...

Cambió de vida, viajó un tiempo... pero después de unos meses, decidió pasar unos días con su abuela paterna, que tampoco tenía relación con su madre, por lo que esta no se enteraría de que había vuelto a su tierra natal.

Lo que empezó siendo unos días de visita, se transformó en meses cuando retomó su amistad con Candela, su amiga de la infancia, y en años cuando esta le propuso montar un negocio. Un negocio en el que ambas invirtieron todo lo que tenían, pero que por ahora les hacía felices y les daba de comer...

Empezó a sentirse observada y se volvió para ver quién la miraba, pero no encontró a nadie... desconectada de lo que iba pensando, se puso los cascos y empezó a tararear “90 minutos” de India Martínez.

Llegó a la terraza y encontró a Candela secando y colocando vasos y platos.

—Buenos días, cantarina —saludó Candela con una sonrisa. Candela siempre sonreía... por muy malo que fuese el día, ella siempre encontraba un motivo para sonreír.

—Buenos días, Candela. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde las cinco... pero no me regañes, no podía dormir y sabes que

colocar cosas y hacer inventario me “relaja”. —Su amiga se apoyó en la barra y frunció los labios intentado darle pena.

Ver a Candela hacer pucheros, le hizo sonreír. Aquella mujer estaba loca, apenas dormía por las noches y toda la culpa la tenía el mandril de su ex... ¿Cuándo se olvidaría de él?

—Sabes que no me importa, pero prométeme que si esta noche no puedes dormir vendrás a casa y me contarás qué pasa por esa cabeza.

—Prometido, de verdad. —Candela intensificó su sonrisa—. Por cierto, ¿has visto al nuevo vecino?

Alana la miró un poco sorprendida. Desde que vivía con su abuela, la casa de enfrente siempre estaba vacía, nadie la compraba ni la alquilaba.

—La verdad es que no, no le he visto.

—Rubito con rizos, alto, deportista... ¡qué pena que sea tu ventana la que da justo a su casa! —Candela exageró una mueca triste y las dos se echaron a reír.

Vivían en casas contiguas. Casas pequeñas, antiguas, con un encanto especial, aunque no hacía mucho habían construido una urbanización justo enfrente y las vistas ya no eran lo mismo. Antes veían el mar en toda su inmensidad nada más asomarse a la ventana. Ahora veían las casas de sus nuevos vecinos y, al fondo, un poquito de mar... pero ¿qué podían hacer...?

—Me fijaré luego... voy a atender esa mesa —contestó cambiando de tema mientras cogía su libreta y un bolígrafo.

La mañana pasó volando y cuando se quiso dar cuenta eran las cuatro y media de la tarde.

Se apoyó en la barra mientras miraba el ambiente tranquilo del local a esa hora... un par de abuelos jugando a las cartas, un par de chicas tomando un café y una familia disfrutando de unos helados.

—¿Has visto al bombonazo que acaba de entrar, acompañado de nuestro nuevo vecino? —La voz de Candela la sorprendió y se giró para ver quién era ese nuevo vecino.

Casi se le cae el vaso cuando vio que el hombre que acompañaba a su nuevo vecino no era otro que el apuesto desconocido que perturbaba sus sueños.

—¿Has visto un fantasma o esa cara es por algo? —Candela le dio un toquecito en el hombro para hacerla reaccionar.

—No, no es nada, tengo el día tonto, ¿les tomas nota tú?

—Por- su- pu- es- to, preciosa —canturreó Candela mientras se encaminaba hacia la mesa.

Se quedó mirando embobada. No entendía por qué sentía tanta curiosidad por ese hombre... qué llamaba tanto su atención dentro de ella.

—Hola, mi niña. —La voz de su abuela la hizo reaccionar.

—Hola, abuela —saludó mientras se estiraba por encima de la barra para darle un beso—. ¿Os preparo la mesa de siempre a ti y a las chicas?

Su abuela y sus amigas iban casi todas las semanas a jugar su partida de cartas y a pasar la tarde en la terraza, así también cotilleaban un poco lo que se cocía por el pueblo.

—Sí, cariño, pensaba que ya la tenías preparada, somos clientela VIP —murmuró su abuela, sonriendo.

—Vale, ahora mismo la preparo y os llevo lo de siempre, ¿no?

—Sí, cariño, dos cafés con leche, un batido de piña de esos tan ricos que hace Candy y dos tés con limón y mucho hielo. —Aunque ella sabía lo que su abuela y las locas de sus amigas bebían, esta, siempre se lo recordaba—. Ah, y ponnos unas galletitas que hoy es un día especial.

—Abuela, ¿un día especial?

—Sí, mi niña, es miércoles y hay que celebrarlo. —Se echó a reír por las chaladuras de su abuela. Era una mujer vital y divertida y la quería con locura.

Entonces oyó la voz de Candela:

—A ver un café solo con mucho hielo y este *caramel macchiato* con doble de caramelo y de espuma para ti rubito, ¿está bien?

—¡¡¡Candela!!! Habla bien a los clientes —chilló Concha, mientras se acercaba a la mesa.

—Disculpad a la muchacha, tiene una lengua puntiaguda, ¿está todo bien?

—No es nada señora, no se preocupe —contestó el apuesto desconocido.

—Está perfecto, pelirroja —dijo el rubito tras beber un sorbo del café.

Sin darse cuenta, Alana se fue desplazando por la barra hasta la parte que daba frente a su mesa. Alguna ventaja tenía que tener el haber puesto una barra redonda en medio del local.

—Perdonad, no me he presentado, soy Concha, esta muchachita es Candela y aquella es mi nieta Alana.

—Encantado, Concha —contestó el desconocido mientras le tendía la

mano a Concha, que ni corta ni perezosa llegó hasta él y le plantó dos besazos en las mejillas.

—Hijo, déjate de formalismos, ¿vosotros sois?

—Yo soy Héctor y este es mi hermano Raúl —dijo el rubito, descubriendo el nombre del ya no tan desconocido.

—¿Y esta preciosidad? —preguntó mientras tocaba el moflete del pequeño que dormía plácidamente en su sillita.

—Es Samuel, mi hijo —contestó Raúl.

—Ohh es una pocholada... y tiene cara de bueno.

—Eso es porque está dormido, que si no... —dijo Héctor, riendo.

Alana observaba la escena con una sonrisa en los labios. Su abuela parecía la relaciones públicas de la terraza. Siempre hablaba con los clientes y se interesaba por ellos.

—Concha, ¿vas a seguir ligando o vienes a jugar? —dijo Encarni entre risas.

—Bueno, chicos, os dejo que tengo que ir a machacar a aquellas jovencuelas. Espero veros pronto.

—Y tanto que les vas a ver, son nuestros nuevos vecinos —murmuró Candela que pasaba con la bandeja llena de bebidas.

—Oh, eso es fantástico. Os prepararé pan de calabacín, estoy segura de que os encantará. Hasta luego, muchachos.

Ellos se despidieron y continuaron conversando.

Alana empezó a atender a los clientes que poco a poco iban llenando la terraza.

Dos Coca-Colas, un Martini seco, dos batidos de chocolate... y el llanto de un bebé que llamó de nuevo su atención. Dejó inmediatamente de repasar sus notas, se acercó a la barra y le dio la libreta a Candela.

—¿Te encargas tú?

Candela asintió con la cabeza, ¿qué otra cosa iba hacer la pobre chica, si ella ya estaba llegando a la mesa de la que provenía el llanto?

—¡Pero, bueno!, si está aquí mi cliente favorito —dijo, mientras se agachaba y tocaba la cabecita de Samuel que le echaba los bracitos, mientras dejaba de llorar y comenzaba a sonreír.

—Alucinante. —Héctor la miraba sin perder detalle—. En seis meses nunca le había visto dejar de llorar con tanta rapidez. Tenías razón, hermano... ¡tiene un don!

—Te lo dije —contestó Raúl con una sonrisa en los labios. Sonrisa que hizo que Alana se tambalease sobre sus talones.

—¿Necesitáis algo? —preguntó mientras le hacía carantoñas al pequeño.

—Sí, ¿me podrías poner esto en un bol o un plato?

—Sí, enseguida —contestó ella cogiendo el tarro de cristal que este le ofrecía, pero cuando se dispuso a levantarse, el pequeño empezó a llorar de nuevo.

—Creo que le has caído demasiado bien. —Héctor no paraba de reír mientras su hermano cogía al pequeño e intentaba calmarlo.

—Al final vais a tener razón y tengo un don —le contestó con una sonrisa mientras se acercaba a la barra.

Puso la papilla de frutas en un bol y se lo llevó. Después, tomó nota a unos clientes y sonrió al ver a aquellos dos hombres peleando con el pequeño Samuel que se negaba a comer.

—Candela, ¿te importa si me tomo un descansito?

—Para nada, guapa. Tómate el tiempo que quieras, lo tengo todo controlado —contestó su amiga mientras bailaba la canción que sonaba por la radio. ¡Cuánto quería a aquella pelirroja tan loca!

Se acercó a la mesa de sus nuevos vecinos y preguntó:

—¿Puedo ayudaros? —Raúl, que ya no sabía qué hacer, le entregó al bebé.

Alana lo cogió, limpió sus manitas y su cara llenas de papilla y se sentó en la silla de enfrente, puso al pequeño en sus rodillas y empezó a darle la papilla mientras que le hablaba con voz tranquila.

Aquellos dos hombres la miraron boquiabiertos. Era increíble cómo la criatura pasaba de ser absolutamente desquiciante a ser un dócil y adorable bebé en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Y se acabó! —canturreó limpiando la boca y sonriendo a los dos hermanos que la miraban asombrados.

—Si la secuestramos para que le cuide, ¿crees que pasará algo? —murmuró Héctor, mientras miraba a su hermano.

—Anda, no digas tonterías. Muchas gracias. Da gusto verlo comer tan bien —comentó Raúl dirigiéndose a Alana, mientras cogía al pequeño en brazos.

—No es nada. Es un encanto de niño. ¿Os traigo la cuenta?

—Sí, por favor. —Raúl la miró y ella se sonrojó un poco.

Se encaminó rápidamente hacia la barra, mientras recogía tazas y vasos vacíos por el camino.

—Qué buenas migas has hecho con los vecinitos, ¿no? ¿Tienes algo que contarme? —preguntó Candela levantando la ceja y poniendo morritos.

—Anda, no digas tonterías, llévalas la cuenta. Me voy a casa a pegarme una ducha y vuelvo a las nueve para que te vayas tú.

Se despidió de Candela y pasó por la mesa de su abuela a ver qué tal les iba.

—Abuela, te veo luego en casa, que me voy ya.

—Vale, mi niña, descansa un poco, te he dejado galletas en la mesa de la cocina —murmuró Concha mientras besaba a su nieta en la mejilla.

Salió de la terraza, se soltó el pelo y se puso las gafas de sol. Ese día en vez de caminar por la playa fue hacia el paseo marítimo para comprar algunas cosas.

Cuando llegó a casa eran las seis menos diez. Saludó a Lúa que levantó la cabeza al verla entrar.

Entró en el salón y puso Always de Bon Jovi a todo volumen en el equipo de música.

*This romeo is bleeding
But you can't see his blood
It's nothing but some feelings
That this old dog kicked up
It's been raining since you left me
Now I'm drowning in the flood
You see I've always been a fighter
But without you I give up
Now I can't sing a love song
Like the way it's meant to be
Well, I guess I'm not that good anymore
But baby, that's just me.*

Subió a la habitación, abrió el armario y sacó la caja donde guardaba a su mejor amigo, su compañero sentimental desde hacía tres años. Lo encendió y empezó a imaginar las manos de aquel hombre moreno recorriendo su cuerpo, pasando por sus pezones, por sus muslos, haciéndola perder la

cabeza.

Imaginó sus labios pasando por su pecho y atrapando un pezón entre ellos. Sintió cómo todo su cuerpo se estremecía a medida que iba imaginando cómo sería tener a Raúl en su cama...

Tras un increíble orgasmo y una ducha, se sentía como nueva. Se secó el pelo se puso unos vaqueros cortos, una camiseta y salió corriendo. Se había entretenido demasiado.

Llegó al local a las nueve y cinco y casi sin respiración.

—Candela, lo siento, se me fue el santo al cielo.

—No te preocupes, sabes que no pasa nada, no tengo nada importante que hacer.

—Anda, no digas tonterías, sé que hoy has quedado con Mario. Ve a casa y ponte guapa. —Candela asintió con la cabeza mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Candela, una cosa más. —Esta se giró para mirarla—. Ya sabes, mi niña... meriéndatelo y déjalo sin palabras.

Su amiga empezó a reír, esa era la frase que siempre le decía a Alana cuando quedaba con algún hombre.

Fue una noche tranquila. Un par de cenas familiares, un grupo de amigos tomando unos cubatas y los clientes habituales.

Cuando la terraza se quedó vacía, empezó a recoger. Eran las dos cuando cerró y se encaminó a su casa paseando por la playa.

Se sentó en la orilla. Le encantaba sentir el agua en los pies y la tranquilidad que se respiraba a esas horas.

—Vas a coger frío. —Alana se sobresaltó al oír la voz.

—¡DIIIIOS, qué susto! —Cuando se giró, vio a Raúl detrás de ella, vestido con unas bermudas oscuras y una camiseta. Se quedó sin habla. Si con traje ese hombre ya atraía todas las miradas, vestido de manera informal era toda una delicia.

—Perdona, no quería asustarte —susurró este mientras se sentaba en la arena—. Quería agradecerte lo que has hecho hoy por mí al calmar a Samuel y también lo del otro día. Nunca se me han dado bien los niños, y por lo que veo, sigo igual —comentó, esbozando una triste sonrisa.

—No te preocupes, me encantan los niños y no ha sido ninguna molestia. Es un bebé adorable. Ahora ya estará en casa con su madre, ¿no? —Cuando terminó la frase, se dio cuenta de la metedura de pata.

—No... Estamos los dos solos. Está en casa con mi hermano y Mercedes, la mujer que nos ayuda —contestó él mirando el movimiento del agua.

—Lo siento... no quería parecer entrometida. Hay veces que hablo sin pensar...

Alana se sentía mal, debía de ser duro sacar a un bebé adelante, estando “solo”.

—No te preocupes, no pasa nada, iba para casa cuando te he visto aquí —dijo, mientras se pasaba la mano por el pelo.

Se empezó a imaginar lo que sentiría al verse rodeada por esos brazos fuertes, cómo sería sentir sus labios o su aliento en el cuello.

Se obligó a volver a la realidad. Él todavía la miraba, con unos ojos profundos y oscuros... más oscuros de lo que ella recordaba.

—Sí, yo también iba para casa, pero me gusta detenerme en la playa. Me ayuda a relajarme.

Se levantó y empezó a caminar. Él la seguía en silencio.

—Nunca os había visto por aquí, ¿os acabáis de mudar? —preguntó intentando dejar sus pensamientos morbosos a un lado.

—Sí... necesitábamos un cambio, y vivir en la ciudad con un bebé es un poco caótico. Además, aquí tenemos familia que nos puede ayudar. Y tú, ¿llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Solo tres años.

Sonrió al recordar cuando llegó a casa de su abuela y los primeros días que había pasado allí.

—Empezó como unos días visitando a mi adorable abuela, a la que has conocido hoy y, poco después, apareció Candela y me convenció para montar la terraza y hasta el día de hoy. Es un sitio tranquilo, estaréis bien —finalizó, parándose en la puerta de su casa.

—Bueno, esta es mi parada.

—Sí, estoy seguro de que aquí estaremos bien, y... gracias otra vez —murmuró mientras se agachaba y le daba un beso cerca de la comisura de los labios. Alana sintió cómo su cuerpo se estremecía.

Le vio alejarse hasta su casa y se quedó sentada en el banco que tenía su abuela en el jardín; Lúa, al verla, se acercó y apoyó su hocico en la rodilla para que lo tocara. Estuvo un rato pensativa mientras acariciaba a la perra.

¿Qué tenía ese hombre? ¿Qué la atraía tanto?

Negó con la cabeza, no, no, no podía volver a caer, lo había pasado muy mal y ahora que empezaba a ver la luz al final del túnel, no iba a dejarse engañar otra vez.

Pero, por mucho que lo intentase, no podía sacar a ese hombre de su cabeza.

Esa noche, Alana volvió a soñar con R.

3

Cuando Raúl miró el despertador eran las nueve de la mañana. Samuel empezaba a dejarlo dormir algo más.

Se levantó y vio al pequeño en la cuna jugando con sus manitas. Le cogió en brazos y le dio un beso en la cabecita mientras se acercaba a la ventana.

Se dio cuenta de que Alana estaba en el jardín de su casa trasteando con las plantas, vestida con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta blanca dos tallas más grandes de la que necesitaba, dejando al descubierto sus hombros y su cuello. Se quedó observándola detenidamente.

Desde que vio a esa mujer con su hijo en brazos, sintió una corriente que lo recorría de pies a cabeza.

No podía dejar de pensar en ella. Cada vez que cerraba los ojos veía a esa mujer de ojos verdes atormentándolo.

Ahora no podía empezar una relación. Ahora su mundo se centraba en que el pequeño Samuel estuviese bien, e intentar poner un poco de orden en su caótica vida.

El pequeño apoyó la cabecita en su hombro mientras jugueteaba con su chupete. Raúl le miró y sonrió.

Nunca pensó que podría querer a nadie tanto como quería a ese pequeño regordete. Su vida cambió por completo la primera vez que lo cogió en brazos.

Recordaba aquella noche como si fuese ayer. Le vio en aquella cuna de hospital, tan pequeño, tan frágil... envuelto en un arrullo blanco y con un gorrito azul que enmarcaba su carita redonda. Le miraba con esos ojitos azules como si él fuese su salvador.

Un grito le sacó de sus pensamientos y volvió a mirar por la ventana. Vio cómo un labrador blanco lamía la cara de Alana que se encontraba en el suelo, empapada por el agua que salía de la manguera. Alana empezó a jugar con el perro, riendo, mientras ambos se mojaban con el agua.

Aquella mujer era vida en estado puro. Risueña, alegre... lo poco que conocía de ella le hacía ver que era una mujer única y que lograría todo lo

que se propusiese.

Era la primera vez que la oía reír y supo que sería un sonido que no olvidaría nunca.

—Venga, dormilones, es hora de despertarse. —Héctor asomó la cabeza por la puerta y se quedó mirándolos de arriba abajo.

—De tal palo tal astilla: el padre en calzoncillos y el hijo solo con pañal... ¿qué voy hacer con vosotros? —soltó Héctor entre risas.

—Cállate, Héctor. Es muy temprano para empezar con tus bromas — refunfuñó Raúl volviendo a mirar por la ventana, para descubrir que ella ya no estaba allí.

—Vístete mientras yo doy de desayunar al glotón. Hay que ir a ver a mamá y quiero poder tomarme un café antes de tener que aguantar su sermón —dijo Héctor mientras se acercaba a Samuel y le cogía en brazos.

—Sí, será mejor acabar cuanto antes... a estas alturas no podemos hacer nada.

Si tenía que elegir entre ir a la terraza y disfrutar de la compañía de Alana o ir a ver a su madre y explicarle su situación, estaba claro que prefería mil veces lo primero, pero era su familia y se merecían una aclaración. Sin su ayuda, ahora mismo no sabía dónde estaría. Al menos les debía un razonamiento y esperaba que su madre no fuese demasiado dura con él.

Raúl vio cómo Héctor salía con el pequeño y se dio la vuelta para meterse en la ducha.

Iba a ser un día muy largo y en su cabeza todavía resonaba la risa de esa impresionante mujer de ojos verdes.

4

Alana entró a casa empapada. Cuando su abuela la vio, puso el grito en el cielo.

Subió la escalera a toda prisa, era su mañana libre y había quedado con un grupo de amigas para tomar café en la ciudad.

En menos de una hora se duchó y arreglo. Se puso un vestido veraniego de color rosa palo que iba ceñido con un cinturón. Algo fresquito para aquellos infernales días. Se maquilló un poco y decidió recogerse el pelo en una coleta alta.

Mientras bajaba por las escaleras, vio a su abuela haciendo malabarismos para limpiar el mueble del salón.

—¡¡¡Abuelaaaa!!! ¿Te quieres estar quieta? ¡Cualquier día te matas!

Del susto, la mujer perdió el poco equilibrio que le quedaba. Menos mal que Alana la sujetó, porque si no, el desastre estaba servido.

—¡Ay, mi niña!, ya te dije que quería hacer limpieza. ¿Dónde vas así de guapa? —preguntó mirándola de arriba abajo mientras sonreía.

—He quedado con las chicas para tomar café. ¿Quieres que te traiga algo de la ciudad?

—No, mi niña. Lo que necesitaba me lo trajo el otro día Reme —respondió su abuela dándole un beso en la mejilla y cogiéndola de la mano para que diese una vuelta sobre sí misma. Las dos se echaron a reír. Su abuela siempre conseguía sacarle una sonrisa.

Se despidió y salió corriendo, subió en el coche y puso la radio en la que sonaba “Darte un beso”. Empezó a cantarla mientras conducía animada.

*Yo solo quiero darte un beso
y regalarte mis mañanas
cantar para calmar tus miedos
quiero que no te falte nada.*

Tras veinte minutos de carretera y unas cuantas vueltas a la manzana, Alana encontró un sitio para aparcar. ¡Cómo odiaba el ajetreo de la ciudad!

Entró en la cafetería donde habían quedado y vio a todas sus amigas sentadas.

—Chicas, ya estoy aquí. Perdonad, no encontraba dónde aparcar — saludó, mientras dejaba su bolso sobre la silla.

—No pasa nada. Nosotras hemos llegado hace cinco minutos —dijo Miriam mientras le daba dos besos.

Tras una ronda de besos, todas pidieron y empezaron a hablar. Alana no comentó nada de aquel hombre que no la dejaba dormir. Lo que menos le apetecía en ese momento era que las locas de sus amigas la bombardeasen a preguntas, para las que ni ella misma tenía respuesta.

—No puedo más, chicas, creo que voy a coger las maletas y voy a mandar a Luis a freír espárragos —comentó Rocío haciendo que todas se callasen.

—¿Y eso, nena? —preguntó Laura asombrada—. ¿Qué ha pasado?

—¡Que qué pasa! ¡Qué es lo que no pasa! Desde que nació Anya no me hace ni caso. Ni a mí, ni a la niña. Llega a las mil de trabajar y cada vez está más distante y más inaguantable. Y ya no me creo que todos los días tenga reuniones hasta pasadas las diez de la noche. Antes salía a las siete... y desde que nació la niña, no hay un solo día que llegue antes de las once. —Su amiga enterró la cara entre sus manos y gruñó con desesperación.

—¡Anda, Rocío, no te montes paranoias! Estará agobiado. Hace dos meses que nació la niña y tiene que acostumbrarse. José también se agobió un poco cuando se vino a vivir conmigo —dijo Miriam intentado que Rocío se calmase.

—¡Anda, no digas tonterías, Miri! El pobre José besa el suelo por el que tú pisas —contestó Alana.

Era la verdad: aquel pobre chico hacía todo lo que su amiga le pedía...

—Pero tú tampoco te pongas en lo peor, Rocío. Habla con él e intenta arreglar las cosas.

Alana llevaba tiempo viendo los desplantes que le hacía Luis a su amiga y en cierta parte la entendía y sabía que llevaba razón.

—¡Ufff! Lo intentaré. Es eso, o darle con la sartén caliente. —Todas rieron ante el comentario de Rocío, pero ninguna lo puso en duda, estaba claro que, a burra, no la ganaba nadie.

Durante un rato, pusieron al pobre Luis de vuelta y media.

Después de un par de cafés y una buena charla entre amigas, Alana

decidió que era hora de volver a casa.

Cuando llegó, vio a su abuela dormida en el sofá. Subió las bolsas que llevaba y las guardó en el armario. Quería darle una sorpresa a su abuela y estaba segura de que si todo seguía como lo había planeado, su abuela se quedaría sin palabras.

A las siete de la tarde llegó a la terraza y vio a Candela bailando con Anselmo, uno de los clientes habituales. Aquel hombre bebía los vientos por su amiga desde el día que la vio. A Candela no le importaba que aquel adorable abuelete intentase conquistarla con sus zalamerías y bromas, pues era siempre muy correcto y todo quedaba en una broma y unas cuantas risas.

Alana no pudo aguantar la risa cuando escuchó a su amiga decir:

—Don Anselmo, ya quisiera yo un hombre como usted que es todo un caballero y encima sabe bailar.

—Hija, si no te importa la diferencia de edad, yo todavía estoy abierto al amor.

Candela se echó a reír y le dio un beso en la mejilla.

—Ande, que es usted un bribón.

La risa de Alana llamó la atención de los dos y Candela pensó que hacía tiempo que Alana no reía de esa manera. Se la veía contenta.

Saludó y se puso a preparar las comandas que había en la barra.

—¿Por qué no me has llamado si había tanta gente? —preguntó Alana molesta cuando vio que la terraza estaba casi llena.

—No pasa nada. Entre Mike y yo nos hemos apañado bien.

En ese momento se dio cuenta de que ese día volvía Mike de sus vacaciones.

—¡Ay, dios!, no me acordaba de que volvía hoy —dijo mientras corría hacia la cocina.

—¡Dichosos los ojos! Si está aquí la reina esmeralda —murmuró Mike, abrazándola—. ¿Qué? ¿Me habéis echado de menos?

—¡Muchísimo! La plancha me odia. Casi la tiro a la basura —contestó, mientras abrazaba a su amigo.

—Tranquila, que ya ha vuelto el rey de la cocina y lo tiene todo controlado —contestó Mike abriendo los brazos y abarcando gran parte de la cocina con ellas. Alana se echó a reír al escucharlo.

—En serio: me alegro de que hayas vuelto. Te hemos echado de menos de verdad.

Mike era un gran apoyo en su vida, pero también tenía derecho a tomarse un descanso y no solo del trabajo, sino también de las locuras de ella y de su amiga.

—Que sepas que quiero todos los detalles de esas vacaciones de ensueño que has disfrutado.

—Te daré todos los detalles que quieras para que mueras de envidia y te deshagas cuando veas los "pedazo de *tiarrones*" que había en el hotel.

Durante unos minutos siguieron hablando del tema que les ocupaba y cuando la terraza se empezó a llenar del todo, le dio un beso en la mejilla a modo de despedida y salió de la cocina.

Mike, desde la ventana que comunicaba la terraza con la cocina, preguntó:

—¿Sigue en pie el "plan renove"? —refiriéndose a la sorpresa que le habían preparado a su abuela.

—Sí, sigue en pie. Luego te cuento —contestó ella, guiñándole un ojo.

Desde ese instante, Alana no paró. La terraza estaba a rebosar. A los turistas les encantaba ver la puesta de sol y estar en un ambiente relajado.

A las nueve empezaron a servir cenas. Desde que Mike había vuelto, la cocina iba mucho más fluida y el ambiente era más relajado.

En la radio sonaba "Guantanamera" de Celia Cruz. No podía parar de reír al ver a su amiga bailar aquella canción con don Anselmo.

—¡Vaya dos! —dijo entre dientes. En cuanto su amiga tenía un respiro, bailaba con aquel adorable anciano, que revivía cada vez por sus venas, mientras se escuchaba la música.

Alana empezó a tararear la canción y cuando se dio la vuelta vio a Héctor y a Raúl apoyados en la barra.

—Hola, vecinita —saludó Héctor con una sonrisa.

—Hola, Alana —respondió Raúl. En su boca, su nombre sonaba más contundente, más atractivo.

Se quedó unos segundos mirando aquellos sensuales labios, imaginando y fantaseando sobre cómo sería pasar la lengua por ellos y fundirse con él... pero al ver cómo los dos la miraban expectantes, volvió a la realidad. Ya fantasearía después.

—Hola, chicos —contestó sonriendo, mientras se estiraba por encima de la barra para ver al pequeño Samuel.

—¡Pero, qué preciosidad!, qué guapo le habéis puesto. ¿Es una noche

especial?

—Puede ser —susurró Raúl mientras la miraba fijamente.

—Bueno, bueno, todos los halagos para el pequeño Casanova, ¿y para nosotros no hay nada? —dijo Héctor mientras se pavoneaba delante de ella haciéndola reír. Alana pasó la vista por los dos, regodeándose algo más en el cuerpo de Raúl.

—Bueno, vosotros tampoco estáis mal —dijo entre risas mientras se dirigía hacia el otro lado de la barra sin apartar la mirada en ningún momento de la de Raúl.

—¿Queda alguna mesa para cenar? —preguntó Héctor que no se enteraba de lo que pasaba entre los dos.

—Sí, sí, ¿para dos? —preguntó.

—No, para cuatro —contestó Raúl que seguía todos y cada uno de sus movimientos.

Alana se entristeció al pensar que pudiese ser una cita, pero era normal, no sabía nada de aquel hombre, no le conocía y no podía hacerse ilusiones de ningún tipo.

—Candela, ponles en la mesa del fondo. —Y dirigiéndose a Héctor y Raúl explicó—: Allí estaréis más tranquilos. —Ellos asintieron y siguieron a Candela.

¿Con quién habrían quedado aquellos dos hombres? El mundo se le venía abajo. Todas las sensaciones que había sentido eran fruto de su imaginación. Durante un rato, su mente imaginó cientos de situaciones, hasta que la voz de una mujer llamó su atención:

—Perdona bonita, estoy buscando a dos jóvenes, uno alto y moreno y el otro rubio, llevan un bebé consigo. Hemos quedado a cenar con ellos aquí.

La mujer era guapa. Debía de tener unos cincuenta, rubia y con los ojos oscuros. La muchacha que la acompañaba debía de tener unos veinte, era rubia también y tenía un cierto parecido con Héctor.

—Sí, señora, acompáñenme.

Las llevó hasta la mesa y sonrió al ver a Samuel encima de Raúl.

—Cuando sepan lo que van a tomar, les tomo nota —dijo, sin poder quitar la vista de la más joven y alejándose rápidamente.

¿Quiénes eran esas mujeres? ¿Qué hacían cenando en su terraza? Las dos vestían trajes caros y no pegaban nada en un local como el suyo. Alana estaba segura de que su sudor olía a Chanel N° 5.

Tras unos minutos, se acercó a la mesa y preguntó:

—¿Saben ya lo que quieren tomar?

—Alana, tranquila. Puedes tratarlas de tú. Estas son mi madre, Isabel, y mi hermana, Martina —dijo Héctor presentando a ambas mujeres y aliviando la desazón de Alana.

—Ella es Alana, la única persona que consigue que Samuel coma y se calme en un santiamén —puntualizó Raúl, presentándola.

—Encantada —contestó Alana con una sonrisa fingida mientras abría su libreta. Se sentía intimidada por la forma en la que la miraba Isabel. Una mirada de desdén haciéndole sentir inferior a ella. Martina, por el contrario, tenía la mirada gacha y parecía acatar todo lo que su madre decía.

A las once y media, la terraza empezaba a quedarse más tranquila. Un par de parejas tomando algo, algunas familias disfrutando de los últimos días de vacaciones y para su disgusto, sus vecinos seguían en la mesa conversando y tomando café. Les había observado durante toda la noche. Raúl se mostraba tenso y más de una vez se fijó en cómo apretaba la mandíbula. La situación era extraña. No se les veía como una familia. No era asunto suyo los trapos sucios que estuvieran intentando limpiar, pensó. Ella solo esperaba que se fueran para poder respirar tranquila de una vez. Ese hombre la desconcertaba más de lo que quería admitir.

En ese momento, Mike salió de la cocina quitándose el delantal.

—¿Qué tal la noche, reina esmeralda?, ¿todo bien? —Ella asintió mientras salía de detrás de la barra. Estaba sumida en el caótico mundo de sus pensamientos y ni siquiera le apetecía hablar.

Entonces empezó a sonar “Devórame otra vez” cantada por Lalo Rodríguez.

—¿Bailas, preciosa? —preguntó Mike mientras la rodeaba con sus brazos sin darle opción a negarse.

Empezaron a bailar al son de la canción, Mike se movía muy bien y ella cada vez se soltaba más.

*Hasta en sueños he creído tenerte devorándome
Y he mojado mis sábanas blancas recordándote
Y en mi cama nadie es como tú
No he podido encontrar ese ser
Que dibuje mi cuerpo en cada rincón
Sin que sobre un pedazo de piel, ¡ay, ven!*

*Devórame otra vez, ven devórame otra vez
Ven castígame con tus deseos más
Que mi amor lo guardé para ti
Ay, ven devórame otra vez, ven devórame otra vez
Que la boca me sabe a tu cuerpo
Que esperan mis ganas por ti.*

Cuando la canción terminó, Mike besó la mano de Alana y esta sonrió. Su amigo sabía perfectamente cuándo dejarle su espacio y cómo hacerle saber que tenía su apoyo en todas las decisiones que tomase.

Pero esa sonrisa se borró cuando se giró y vio a Raúl y a toda su familia mirándola.

Él la observaba con sus ojos oscuros llenos de deseo... o eso le pareció a ella.

Sin perder tiempo, empezó a recoger las mesas vacías y le dijo a Candela que se marchase. Era tarde y necesitaba descansar.

A las dos, cuando llegó a casa, puso la correa a Lúa y se fue a dar un paseo con ella por la playa. Todavía recordaba la mirada de Raúl quemándole la piel.

Llevaban un rato paseando cuando la perra vio algo y empezó a tirar de ella, hasta que perdió el equilibrio y cayó de bruces contra la arena.

—¡Mierda, Lúa!, estate quieta. —La perra se quedó quieta y la miró con ojos tristes.

—¿Estás bien? —Esa voz... Alana se giró y vio a Raúl acercándose deprisa.

Llevaba un bañador y una camiseta y tenía el pelo mojado—. Estás sangrando —dijo él, tocándole la rodilla.

—Estoy bien —murmuró cuando vio que solo era un raspón.

Él comprobó que no era nada grave y se ofreció a acompañarla a casa. Alana sabía que debía negarse, pero no podía. En cuanto él la miraba, ella perdía toda su fuerza de voluntad.

Cuando llegaron a la puerta de su casa, ambos se quedaron parados y mudos.

Soltó a Lúa para que entrase y cuando se giró, él la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente. Sin hacer nada por evitarlo, Alana se dejó besar y empezó a sentir cómo todo su cuerpo se encendía mientras él la acariciaba.

Cuando se separaron, ambos estaban sin aliento.

—Hasta mañana —se despidió él con voz ronca mientras se alejaba.

Entró a su casa como en una nube, se tumbó en la cama y se quedó dormida con una sonrisa en los labios y un dulce sabor en la boca.

Esa noche, volvió a soñar con él, pero esta vez no se sintió culpable. Sabía que él también se sentía atraído por ella.

En los siguientes días no vio a Raúl ni tampoco al pequeño Samuel. Su abuela se acercó a llevarles un pan de calabacín y unos potitos caseros y le preguntó si quería acompañarla, pero ella pensó que no era buena idea.

Llegó el lunes y con ello el día del plan Renove. Como los lunes, la terraza permanecía cerrada y su abuela se marchaba a la ciudad a dar sus clases de baile, lo eligió como el día perfecto para llevar a cabo su plan.

Cuando Candela y Mike llegaron a la casa, lo tenía todo preparado. Pintura, cubos, rodillos, el compresor de pintura y otras muchas cosas.

—Ya estamos aquí, mi reina —canturreó Mike desde la entrada.

—Hemos venido con refuerzos —chilló Candela desde el jardín.

Alana, que salía por la puerta, vio cómo su amiga traía otro compresor y una bolsa misteriosa que supuso que contendría unos ricos montaditos para la comida.

Desde las diez y media de la mañana estuvieron pintando la fachada de la casa, que por culpa de las lluvias y de los años ya no era tan vistosa como antaño.

Candela se centró en pintar las ventanas de azul pitufo, mientras que Alana y Mike, con ayuda de los compresores, pintaron de blanco el resto de la planta baja.

Fue un poco más complicado pintar la planta de arriba, pero con paciencia y un arnés, lo consiguieron.

Pararon para comer y volvieron con su tarea sin perder el tiempo.

—¡Madre, mía! ¿Dónde has estado toda mi vida, hombretón? —El comentario de Mike la hizo girarse para mirar.

Y allí estaba él, entrando por la puerta de su jardín con el pequeño Samuel en brazos.

—Hola, Alana. Venía a devolverle esto a tu abuela —dijo con voz ronca. Ella se estremeció de pies a cabeza.

—Hola, guapetón. Concha no está —dijo Candela, acercándose.

—No pasa nada. Déjalo allí encima. Cuando vuelva le diré que has pasado —murmuró Alana mientras se agachaba y cogía el rodillo.

—¡Pero, bueno! ¿Qué estáis pintando? ¿La capilla Sixtina? —preguntó Héctor, mientras entraba en el patio.

—Estamos preparando una sorpresa para Concha —respondió Candela—. Hace tiempo que la casa no está como cuando la compró y eso la entristece y hemos decidido devolverle la alegría a esa mujer.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Raúl

—No, no... lo tenemos controlado. Pero, gracias —respondió Alana rápidamente.

Cuando los dos hermanos se marcharon, Candela y Mike se giraron para mirarla boquiabiertos.

—¡Pero bueno, reina! ¿Qué ha sido eso? ¿Qué te traes entre manos con ese morenazo?

—¡Nada, chicos! Dejad de montaros películas y vamos a darnos prisa que a este paso no acabamos.

A las nueve menos cuarto de la noche, los tres miraban lo bien que había quedado la casa. Había recuperado el blanco y el azul que tanto le gustaban a su abuela.

Cuando la amiga de su abuela le avisó de que ya estaban llegando, Candela y Mike se apresuraron y prepararon la mesa y la comida. Mientras tanto, ella encendió las luces y preparó la bebida.

Los tres se sentaron encantados por el resultado. Cuando vieron el coche que paraba enfrente de su casa, los tres guardaron silencio, expectantes, para ver qué le parecía a Concha.

Cuando Concha vio su casa, pegó un grito que se oyó en todo el pueblo.

—Pero, pero... ¿qué habéis hecho, muchachos? Pero si está como el primer día. —Los tres vieron a esa adorable mujer secarse las lágrimas.

Alana se abrazó a su abuela y ambas lloraron cuando esta le dijo que a su abuelo le habría encantado.

Tras ese tierno momento, Concha, Alana y los demás, se sentaron para disfrutar de la comida y la bebida.

Cuando Concha vio a sus vecinos pasar por delante de la casa, les llamó y les invitó a entrar.

Alana no sabía qué hacer ni qué decir, así que se escabulló y entró a la

cocina para preparar más bebidas. Estaba sumida en sus pensamientos cuando una voz la sorprendió:

—Os ha quedado muy bien —susurró Raúl mientras ponía las manos en sus caderas.

Alana se quedó rígida como un palo y se fue girando poco a poco hasta quedar frente a él.

—Siento no haber hablado contigo estos días —se disculpó sin dejar de mirarla.

—No te preocupes, fue solo un beso. No tienes que darme explicaciones. Él se acercó más a Alana, que cada vez se sentía más incómoda.

—Raúl, para... no es necesario... déjalo —murmuró, aunque ni siquiera ella se creía sus palabras.

—Sí, sí que es necesario. —Se acercó más y la besó.

Fue un beso dulce, sin prisas. Alana sintió cómo todas sus barreras se desmoronaban.

Le agarró de la nuca e intensificó el beso.

Cuando él se separó, dio gracias de estar apoyada en la encimera, porque de lo contrario, se habría caído al suelo.

—Quedamos mañana y hablamos las cosas tranquilamente. —No era una pregunta, era una afirmación.

—Vale, mañana tengo la tarde libre —contestó, mirándole a los ojos.

—Perfecto... —respondió Raúl y la volvió a besar... volvamos con los demás.

La noche pasó deprisa, Alana vio a su abuela sonreír con el pequeño Samuel en brazos, a sus amigos hablar animadamente y reír sin parar, pero lo que más la desconcertó era la forma en que Raúl la miraba. Seguía todos sus movimientos y eso a ella la ponía muy nerviosa.

Mientras la abuela se despedía de todos, ella acompañó a Raúl a por Samuel que dormía en el interior de la casa.

—Nos vemos mañana —murmuró él dándole un tierno beso en los labios.

—Sí, mañana nos vemos —contestó ella sonriendo como una tonta.

A las dos y media de la mañana se encontraba sentada en la cama, pensando en todo lo que estaba pasando en su vida.

¿Cómo había sido tan tonta? ¿Por qué cuando estaba con ese hombre se volvía dócil y sosegada? Ella nunca había sido así. Nunca se había dejado

amilanar por ningún hombre.

Tras un rato devanándose los sesos, cogió un viejo álbum de fotos y empezó a ojearlo. Esa noche quería recordar. Necesitaba recordar.

5

Raúl no consiguió dormir en toda la noche. ¿Qué estaba haciendo? Aquello no podía salir bien.

Después de dar un par de vueltas en la cama se levantó y miró cómo su pequeño dormía plácidamente.

Aquella tarde había sido impulsivo. Había sido un idiota al besarla. Él no era bueno para ella. No le podía dar lo que ella quería. ¿Qué se suponía que iba a hacer?

Tras la conversación con su madre, Raúl se sentía un poco más desahogado. Ella no entendía por qué se hacía cargo del pequeño si no sabía a ciencia cierta si era suyo. Pero eso a Raúl no le importaba. Aunque los análisis confirmasen que no era su hijo, él ya lo sentía como suyo y nadie le haría cambiar de opinión.

No entendía cómo era posible que su madre tuviese esa forma de pensar, si ella había hecho lo mismo.

Hacía solo un par de semanas que se habían mudado a aquel pueblo para intentar poner su vida en orden, pero Raúl empezaba a pensar que eso era imposible.

Su vida era un desastre, era un caos, un puzle al que le faltaban muchas piezas.

Desde que Samuel había llegado a su vida, las grietas que había en su mundo “perfecto”, se convirtieron en grandes abismos.

Pidió una excedencia en su trabajo, compró una casa en ese pequeño pueblo, convenció a su hermano para que lo acompañase, hicieron las maletas y dieron carpetazo a todos los problemas que por ahora no podían solucionar.

El llanto de Samuel le sacó de sus pensamientos. Lo cogió en brazos y vio que tenía el pañal muy mojado. Tras cambiarlo, le acunó para que se volviese a dormir.

Miró por la ventana y vio una luz encendida en la casa de Alana. ¿Qué haría despierta a esas horas? Se tumbó en la cama con el pequeño Samuel y ambos se quedaron dormidos.

6

Alana se despertó con un horrible dolor de cabeza. Solo había dormido un par de horas y se encontraba fatal. Se metió a la ducha y se preparó para ir a trabajar.

Llegó a la terraza a las siete y media. Abrió el local y empezó a preparar las cosas. Diez minutos después, llegaba Mike; tan fantástico como siempre.

—Buenos días, mi reina esmeralda. ¿Cómo se presenta el día? Aunque por esa cara tan larga veo que no empieza demasiado bien —dijo, escaneándola con la mirada.

—Buenos días, rey. No es nada, solo me duele la cabeza —respondió, intentando terminar lo antes posible la conversación.

Empezó a servir los primeros desayunos del día y después los almuerzos. Las horas parecían siglos aquella mañana. Cuando Candela apareció a las cuatro y media con su sonrisa perfecta, Alana la abrazó y se despidió.

Estuvo un rato paseando por la playa, pero estaba demasiado cansada, así que se marchó a casa.

Cuando llegó se metió en la cama y se dejó abrazar por los brazos de Morfeo.

Se despertó un poco desorientada. Se sentó en la cama y miró el reloj. Las siete y media. Se levantó y comprobó que se encontraba bastante mejor. Ya no le dolía la cabeza.

Bajó al salón y cogió un par de galletas recién hechas. Le preguntó a su abuela si alguien había ido a buscarla. Esta, sorprendida, negó con la cabeza y vio cómo Alana endurecía su gesto.

¿A qué jugaba Raúl? ¿Qué quería de ella?

Llamó a Candela y preguntó si le había visto en el local, pero respondió que no y preguntó si pasaba algo. Mintió y le dijo que se había olvidado algo en casa.

Cuánto más pensaba en él, más cabreada se sentía. A las diez, se puso unos pantalones y una blusa y se fue a la terraza. No sabía qué más hacer en casa. Había limpiado, colocado y vuelto a colocar toda la habitación. Limpiar ya no la desestresaba como antes...

Cuando Candela la vio entrar se sorprendió.

—¿Qué haces aquí, Alana? Te dije que hoy me quedaba yo.

—Si seguía en casa metida me iba a tirar por la ventana. Necesitaba distraerme —contestó con una voz llena de tristeza.

—Pero ¿qué ha pasado, mi reina? —preguntó Mike cuando vio su cara de enfado y tristeza.

Alana que ya estaba harta, se lo contó todo.

—Me besó. El muy mamarracho me besó y luego desapareció. Volvió a aparecer y me volvió a besar. Y ahora ha vuelto a desaparecer.... —Su voz se fue apagando poco a poco.

—¿El mamarracho es Raúl? —preguntaron los dos a la vez.

—Sí... ¡Qué tonta he sido! Con lo bien que iba todo —masculló cada vez más enfadada—. Lo siento chicos, pero vuelvo a mi plan inicial. Nada de tíos en mi vida. Será mejor así.

—Como tú quieras, mi reina. En eso la que elije eres tú. ¿Qué te parece si después de cerrar nos tomamos algo y despellejamos al mamarracho? —propuso Mike mientras se acercaba para abrazarla.

—Me parece perfecto —dijo, dejándose abrazar.

Trabajar siempre la ayudaba a desconectar y esa noche Alana no paró ni un minuto.

A la una y media, un grupo de chicos entró en el local y pidieron unos cubatas. Cuando Alana se apoyó en la barra para coger la bandeja, uno de ellos la agarró por la cintura.

—¿Qué tal, muñeca? ¿Qué haces después de trabajar? ¿Quieres venirte conmigo a casa? —propuso el joven mientras su mano recorría su cintura.

—Me parece que con la única muñeca que te vas a ir a casa vas a ser con la de tu mano derecha, porque la de la izquierda te la voy a partir yo —respondió mientras le daba un manotazo para que la soltase.

Cuando el chico fue a contestarla, salió Mike y fue hacia él.

—Ya has oído a la chica. Déjala trabajar tranquila, si no, el que te va a partir la muñeca voy a ser yo. — La cara del chaval se descompuso al ver a Mike.

Mike era alto. Medía casi dos metros. Ancho de hombros y musculoso. En comparación con aquel chico que parecía recién salido de la incubadora, parecía un auténtico gigante.

—Lo siento cre... creía que... —tartamudeó, asustado.

—¡Pues no creas tanto! —contestó Mike sin dejarle terminar la frase.

Ninguno de los chicos las volvió a molestar. Alana se acercó a Mike y le dio las gracias con un intenso abrazo.

—Si no llegas a aparecer, le hubiese dado con la bandeja. Lo sabes.

—Lo sé, mi reina, pero no hacía falta. No creo que te vuelvan a molestar. Termina de recoger, que ya no queda nadie. —Alana se giró y vio a los últimos clientes salir por la puerta.

A las tres y media de la mañana, tras haber tomado unos cuantos chupitos de tequila con sus dos amigos, llegó a casa, se tambaleó y se desplomó en la cama.

Al día siguiente, el despertador sonó a las siete en punto. Maldijo en bajito y se levantó.

Se dio una ducha y se preparó un café. Cuando vio la hora que era, recordó que había quedado con el constructor y salió corriendo hacia la terraza.

Ese año, por fin, se habían decidido a poner unas cristaleras que podrían cerrar en invierno y continuar trabajando esos meses sin temer por las lluvias o las ventiscas.

Cuando terminó de negociar con el constructor, quedaron en verse el lunes para poder comentárselo todo a Candela antes de tomar una decisión.

Su abuela llegó con su grupo de amigas a las nueve y media. Entraron riendo como siempre y se sentaron con un grupo de señores que las esperaban.

Sonrió al ver a aquellos ancianos levantarse y retirar la silla para que su abuela y sus amigas se sentasen.

La mañana pasó deprisa, ¡más de lo que ella esperaba! Cuando Candela llegó a la hora de las comidas, Alana la abrazó y besuqueó en señal de agradecimiento.

Estaba preparando un café cuando le oyó.

—Alana... ¿podemos hablar? —Al girarse, vio a Raúl detrás de la barra. Parecía cansado. Tenía ojeras y barba de dos días y estaba todavía más guapo, pero Alana sacó fuerzas de donde pudo y le contestó:

—Ve- te- a- la- mi- er- da —vocalizando cada sílaba para que él lo escuchase bien.

—Alana, por favor, escúchame... —Pero no le dejó acabar.

—¡No quiero escucharte! No sé a qué has jugado conmigo, pero me he

cansado. Si no querías quedar, no pasaba nada, no te iba a pedir matrimonio ni nada por el estilo.

Salió de la barra y empezó a servir mesas, dejando a Raúl descolocado y furioso consigo mismo.

—Hombretón, yo que tú la dejaría tranquila. No la has visto enfadada y te puedo asegurar que no querrás verla —dijo Candela detrás de él. Raúl se giró y asintió con la cabeza y fue a sentarse en la mesa en la que esperaba su hermano con el pequeño Samuel en brazos.

Candela les tomó nota, mientras que Alana observaba desde la barra. Se sorprendió cuando vio a la hermana de ambos entrar en el local y sentarse con ellos.

—¿Puedes preparar esto, Ali? —Así la llamaba Candela cuando eran niñas y de vez en cuando todavía la seguía llamando así cuando la notaba preocupada.

Tras servir unas cuantas mesas, oyó el llanto de Samuel que se negaba a comer.

Cuando empezó a oír al bebé más y más desesperado, Alana no aguantó más y con paso firme, se acercó a la mesa.

—¿Puedo cogerle? A este paso no dejará que ningún cliente coma a gusto —preguntó, mirando duramente a Raúl. Este asintió con la cabeza.

Fue hasta la barra y se lavó las manos, cuando volvió a la mesa llevaba un bol lleno de hielo con agua. Cogió al pequeño en brazos e intentó calmarlo. Cuando lo consiguió, le quitó el chupete y lo metió en el bol, también metió su dedo y tras unos segundos, palpó las encías de Samuel que, consolado por el frío, se calmó por completo. Le devolvió el chupete al pequeño y cogió el bol con puré, se acercó hasta la barra y lo calentó un poco. Se sentó en uno de los taburetes y empezó a dar de comer al pequeño. Cuando terminó y vio que el pequeño seguía tranquilo, le dio un beso en la cabeza y le dejó en los brazos de Héctor.

Raúl se removió en la silla mientras la miraba. Quería arreglar las cosas, pero no sabía cómo.

—Le están saliendo los dientes, por eso está tan irritado e inquieto. Llévale al pediatra para asegurarte de que todo está bien. El frío también ayuda a que se calme como habéis visto —dijo, mirando solo a Héctor y a Martina.

Cuando terminó, se despidió y le dijo a Candela que tenía que salir un

momento.

Tras hacer un par de llamadas y sentarse a respirar un rato, volvió a la terraza, vio a Candela cantando tras la barra mientras la limpiaba, se sentó en un taburete, y llamó a su amiga.

—He estado con el constructor esta mañana —anunció, mientras miraba fijamente a su amiga.

—¿Y? —preguntó Candela con interés.

—Todo está perfecto, solo tardará una semana y media en realizar la obra y en cuanto al dinero, ya dijimos que lo pagaba yo de mi cartilla y todos los meses íbamos poniendo el dinero, así nos ahorramos los intereses.

—¿De verdad que no te importa Ali? Si no quieres, no pasa nada. Ya encontraremos la manera de hacerlo —dijo Candela mientras ponía cara de circunstancias.

—De verdad que no. Además, no uso esa cuenta y el dinero estaba muerto de risa, así que no te preocupes.

Candela salió de detrás de la barra y abrazó a su amiga.

—He pensado... —dijo Candela sonriendo.

—¡Uyyy! ¡Mal vamos! —contestó Alana sonriendo.

—¡Anda, tonta! ¡Pero si te encantan mis ideas! Como te iba diciendo, he pensado que podríamos aprovechar esa semana y remodelar las mesas y las sillas. Además, Mike me ha dicho que tiene ideas para el menú.

Tras hablar sobre lo que harían en su semana de vacaciones, Candela se despidió y se marchó.

Fue una noche tranquila, con el ajetreo de siempre, pero con nada fuera de lo común. Se quedó hasta tarde en la terraza y cuando por fin llegó a casa cayó agotada en la cama.

Los siguientes días pasaron volando. Vio a Candela más contenta de lo normal, pero cuando preguntaba, le decía que era por la reforma.

Vio a Raúl varias veces en la terraza, unas veces solo y otras con sus hermanos y con el pequeño Samuel, pero siempre que intentaba hablar con ella, lo esquivaba o se negaba abiertamente a hablar con él.

Para ella estaba siendo muy duro, pero sabía que era lo mejor. Tenía que centrarse en el negocio y en su abuela.

Aunque todas las noches soñase con Raúl, no podía flaquear, le había costado mucho llegar a construir todo lo que tenía y no permitiría que nadie lo arruinase.

Llegó el día de la reforma. Era 18 de septiembre y ya tenían todo listo. Todas las mesas y sillas en el patio trasero de Candela y todas las cosas que necesitaban, compradas y organizadas.

Cuando Alana se despertó vio que eran las once y media. Se sobresaltó y corrió escaleras abajo. ¿Cómo se podía haber quedado dormida?

—Mi niña, ¿dónde vas tan apurada? —preguntó su abuela desde la cocina.

—Abuela, llego... —Entonces recordó que estaba de vacaciones y que no tenía nada que hacer—. Abuela, no me acordaba de las vacaciones. No sé dónde tengo la cabeza... —dijo, mientras cogía la taza de café que le ofrecía su abuela.

—Ya me he dado cuenta, mi niña. ¿Qué te preocupa? —Concha se sentó al lado de su nieta. Hacía varias semanas que la veía inquieta y no descubría el por qué.

—No es nada, abuela. El tema de la reforma me tenía un poco preocupada. —Su abuela asintió con la cabeza sin creer ni una de las palabras que decía su querida nieta.

A las doce llamó a Candela y al ver que estaba despierta, fue a su casa y tras charlar un rato empezaron a lijar y pintar mesas y sillas.

—¡Venga chicas, a comer! —chilló Concha desde la entrada. No sabían cuántas horas llevaban pintando y lijando.

Tras una entretenida comida quedaron en salir aquella noche. Las dos lo necesitaban.

A las ocho y media, Alana decidió que necesitaba desestresarse. Sacó su amigo a pilas y pensó en Raúl. Sintió su aliento, su peso encima de ella, sus labios y su lengua tentándola, provocándola...

Tras dos increíbles orgasmos empezó a prepararse más feliz que una perdiz.

Se puso unos pantalones pitillos y una blusa que dejaba toda su espalda al aire. Se calzó unos taconazos y se recogió el pelo.

A las diez menos cuarto, Candela y ella entraron en el restaurante en el que habían quedado con Miriam y Laura. Rocío seguía con el hacha de guerra contra Luis y no había podido ir. Al final, iba a tener razón y algo raro pasaba.

—Bueno chicas, ¡por nosotras!, ¡porque nos los merecemos y porque somos las mejores! —dijo Candela alzando su copa. Las cuatro brindaron entre risas.

Alrededor de las once, las cuatro entraron en la discoteca. Según Candela, era la discoteca de moda.

Las cuatro empezaron a bailar y tras cinco canciones, Laura y Alana fueron hasta la barra y pidieron algo de beber.

—¡Dios!, estoy algo oxidada. Creo que tanto trabajar no es bueno.

—Yo creo que estoy algo más que oxidada —dijo Alana y ambas rieron.

—¡Eh! Mira a Candela. Ya ha ligado. ¡Qué suerte tiene la condenada! —gritó Laura por encima de la música mientras miraba a su amiga.

Cuando se giró y vio que Héctor la tenía agarrada por la cintura y bailaba con ella, se quedó sin palabras.

—¡No me lo puedo creer!

Empezó a pensar que la razón por la que Candela estaba tan contenta no tenía nada que ver con la reforma.

Le contó toda la historia a Laura que la escuchaba atentamente. Continuó hablando hasta que vio que su amiga abría la boca de par en par, pero antes de que le diese tiempo a girarse, unas manos la cogieron por la cintura y la arrastraron a la pista de baile.

Sabía que era él, no podía explicarlo, pero lo sabía.

—Estás muy guapa esta noche —susurró Raúl antes de besar su cuello.

Alana empezó a pensar que tenía que parar aquella situación antes de que se le fuese de las manos, pero no podía apartarse de él. Aquel hombre sabía bailar, dejó que él ganara esa batalla.

Empezó a moverse al son de la música, a empaparse de cada una de las caricias de Raúl. Aquel hombre iba a ser su ruina y ella lo sabía.

Un par de canciones después, Raúl la soltó y fue a decirle algo a su hermano. Alana supo que esa sería su única oportunidad.

Se despidió de Miriam y de Candela y le preguntó a Laura si podía quedarse en su casa aquella noche. Esta asintió y ambas salieron de la discoteca a toda prisa.

Cuando encendió el motor del coche vio a Raúl salir corriendo de la discoteca. Sus ojos se encontraron y vio lo furioso que estaba, pero segura de sí misma, le guiñó un ojo y tomó rumbo hacia la casa de Laura.

Esa noche, solo consiguió dormir un par de horas y cada vez que cerraba

los ojos sentía las manos de Raúl por todo su cuerpo.

A las nueve de la mañana se despidió de Laura y se marchó.

Tras llegar a casa y ducharse, entró al patio de Candela y se puso a pintar sillas.

Cuando el sol estaba en todo lo alto, Héctor apareció en el patio, sin más ropa que unos calzoncillos. Alana sonrió y siguió pintando.

—¿Qué tal, preciosa? Tenías que ver el cabreo de mi hermano cuando te fuiste. —Alana rio con ganas.

—Él solito se lo ha buscado —contestó, moviendo la brocha en el aire.

—Ya, ya... yo ahí no me meto... eso es cosa vuestra —dijo Héctor mientras se encaminaba hacia una de las sillas recién pintadas.

—Yo que tú, no me...

Antes de terminar, Héctor ya se había sentado. Inmediatamente se levantó y empezó a soltar sapos y culebras por la boca al verse todo manchado de pintura.

Al poco, escucharon la risa de Candela desde la puerta del patio.

—Anda principito, sube a la ducha, que ahora voy y te froto la espalda —dijo esta mientras se acercaba a su amiga.

Cuando Héctor pasó por su lado le dio una cachetada en el culo, cosa que hizo que Alana riese mucho más.

Cuando Héctor desapareció en el interior de la casa, se giró y miró a su amiga que empezó a reírse a carcajadas.

—¿Te estás acordando de lo mismo que yo? —preguntó Candela sin dejar de reír.

—Sí, todavía me acuerdo de lo que me costó quitarme la pintura del cuerpo —respondió, rememorando una tarde en la que había tenido un momento de pasión con Aarón, uno de sus primeros novios. Él la tumbó sobre la mesa del patio, que resultó que estaba recién pintada. Cuando se levantó de ella, tenía toda la espalda a rayas blancas—. ¡Qué horror! No quiero ver más pintura en mi vida. —Rio, mientras se frotaba la espalda quitando restos de pintura imaginaria.

—Y ahora volvamos a lo importante —sentenció Candela mirándola con cara seria—. ¿Cuándo me lo ibas a contar?

—Lo siento, nena. No sabía cómo decírtelo. Después de lo del mamarracho, no quería preocuparte con mis amoríos. ¿Estás enfadada? De verdad que no sabía que se iban a presentar en la discoteca. —Alana no pudo

mantener el gesto serio y sonrió.

—Anda tonta, cómo me voy a enfadar. Me alegro por ti. Ya era hora de que pasases página o mejor aún: de que cerrases el libro y empezases uno nuevo.

Ambas se abrazaron. Cuando se separaron, Candela se fijó en que todas las sillas estaban pintadas.

—¡Pero, bueno! ¿Desde qué hora llevas aquí? —preguntó Candela poniendo los brazos en jarras.

—¡Uff! Creo que, desde las diez, pero no estoy segura...

Cuando Candela iba a contestar, Héctor llegó hasta su lado.

—Bueno, ya que ninguna de las dos ha subido a frotarme la espalda, voy a ver si mi hermano se anima y me la frota él. —Héctor besó a Candela en los labios y se despidió de Alana.

Estaba llegando a la puerta cuando se volvió y llamó la atención de las amigas.

—Y una cosa, Alana: habla con él. Los dos lo necesitáis. —Y dejando a las dos amigas descolocadas, el joven se marchó.

7

Raúl todavía estaba furioso por lo que había ocurrido la noche anterior. Pensaba que esa noche podría hablar con ella y explicarle las cosas.

Cuando entró a la discoteca y la vio, casi se queda sin respiración. ¡Estaba impresionante con aquellos pantalones! Y el color de la blusa hacía que sus ojos parecieran más profundos.

Estuvo un rato mirándola hasta que no se pudo resistir y la sacó a bailar. Por un momento, pensó que ella ya no estaba enfadada. No se apartó en ningún momento, seguía sus movimientos y se contoneaba provocándolo.

En el momento que se acercó para decirle a Héctor que iba a llevarla a casa, ella desapareció por la puerta de la discoteca.

Raúl echó a correr, llegó al aparcamiento y la buscó con la mirada, pero cuando sus ojos se encontraron vio cómo ella sonreía y le guiñaba un ojo antes de arrancar el coche y marcharse.

Entró en la discoteca frenético, cabreado... Llegó hasta su hermano y se despidió de él y de Candela, que todavía no se creía lo que había hecho su amiga.

Cuando entró en el salón de su casa, vio a su hermana intentando calmar a Samuel que lloraba desconsolado. Raúl cogió al pequeño, que al verle se calmó un poco y dejó de llorar, pero cuando todos pensaban que ya había llegado la calma, Samuel empezó a berrear otra vez.

Raúl le dejó en el salón con su hermana y fue a la habitación. Se cambió de ropa y cogió una manta para tapar a Samuel.

Cogió al pequeño y se marchó a dar un paseo por la playa. Cuando volvieron a casa, Samuel seguía muy inquieto. Hizo todo lo que el pediatra le había recomendado otras veces, pero nada hacía callar al pequeño.

Esa noche, ninguno de los dos durmió.

8

Alana estuvo todo el día dándole vueltas a las palabras de Héctor, pero no flaqueó. Seguía pensando que era lo mejor para los dos.

Esa tarde acompañó a su abuela a hacer la compra. También compraron algunas cosas para la terraza que, tras la reforma, ya sería un restaurante con todas las letras. Alana se sentía contenta. Después de tres años lo habían conseguido, su negocio iba viento en popa y eso la hacía muy feliz.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, se sintió triste. Era veinte de septiembre, el cumpleaños de su hermano y el aniversario de la muerte de su padre.

Se metió en la ducha y lloró desconsolada. Todavía recordaba aquella mañana: Era un día especial. Su hermano cumplía dos años y estaban poniendo las velas en la tarta cuando llamaron del hospital para decirles que su padre había fallecido en un accidente de tráfico.

Su vida cambió en ese instante. Sintió cómo la tierra se abría bajo sus pies.

Salió de la ducha y bajó al salón. Vio a su abuela colgar el teléfono y supo con quién estaba hablando.

—¿Cómo está? ¿Va todo bien? —preguntó a su abuela mientras esta se sentaba a su lado.

—Sí, mi niña. Está bien. Está contento. Dice que ya es un hombre y eso que solo tiene doce años. Pero también te echa mucho de menos. —Alana se echó a llorar. Su abuela la abrazó y ambas lloraron un buen rato.

Ese día ninguna de las dos salió de casa. Pasaron la tarde viendo viejas películas y llorando en algunos momentos.

Por la noche, durmió abrazada a su abuela. Necesitaba sentirse protegida. Los echaba tanto de menos, que cada día se le hacía más difícil vivir sin ellos.

A la mañana siguiente se despertó temprano. Todavía sentía los ojos hinchados de tanto llorar. Se metió en la ducha y un par de horas después estaba entrando por la puerta de la peluquería de su amiga Laura.

—No puedo, Alana. No puedo hacerlo. —Decía al cabo de un rato su amiga, con las tijeras en la mano.

—Necesito un cambio y ya me he cansado de llevarlo tan largo — insistió Alana mientras le quitaba a su amiga las tijeras. Cogió un mechón de pelo y lo cortó—. ¡Hala!, ahora te será más fácil. Iguálalo o haz lo que quieras.

Su amiga, apenada, empezó a cortarle el pelo. Tras una hora y media, Alana parecía otra. Su larga melena que antes llegaba hasta la cintura ahora apenas rozaba sus hombros.

—Te queda muy bien, pero sigo pensando que no te lo tenías que haber cortado —apostilló Laura mientras la peinaba con los dedos.

—Tranquila, Laura. Tarde o temprano crecerá. Además, estaba cansada de tantos nudos —dijo, levantándose y abrazando a su amiga.

Después de salir de la peluquería, pasó todo el día en la ciudad. Entró en un par de tiendas de ropa y en una de ellas encontró el vestido perfecto para la reapertura. De vuelta a casa, pasó por la pastelería favorita de su abuela y compró unos pasteles.

Cuando llegó a casa, vio a Lúa tumbada en la puerta. Esquivó a la perra y entró en el salón donde encontró a Candela y a Mike hablando animadamente con su abuela.

Cuando la vieron, sus caras de asombro hicieron que Alana sonriese.

—¡Pero qué te has hecho, mi reina! —gritó Mike mientras se levantaba.

—¡Ay, dios mío! ¿Te has vuelto loca? —exclamó Candela.

—No he hecho nada. Solo me he cortado el pelo y he ido de compras —contestó, mientras dejaba las bolsas sobre la mesa del salón.

Su abuela se acercó y la miró mientras le revolvía el pelo.

—¡Di que sí, mi niña! Te queda muy bien. ¿A que sí, chicos? —Su abuela se giró para mirar a los otros dos que no salían de su asombro.

—Sí... sí... —murmuraron los dos sin ninguna convicción.

—Y, ¿se puede saber qué hacéis aquí los dos a estas horas? —preguntó Alana mientras se reía de su pobre interpretación.

—Mike quiere enseñarnos el nuevo menú y hemos pensado que era un buen día para hacerlo —dijo Candela mientras se acercaba y la observaba.

Alana siguió los gestos de su amiga que la miraba atentamente, hasta que sonrió y la abrazó.

—¡Estás muy guapa! Tú siempre estás guapa. —Candela siempre la apoyaba, aunque sus decisiones fuesen descabelladas.

—Bueno, muchachos, vamos a preparar esa cena que me muero de

hambre —dijo su abuela desde la puerta de la cocina.

Mike preparó un menú de cinco estrellas. De primero, tomaron rollitos de salmón con salsa tártara y brocheta de tomate, mozzarella y oliva negra. De segundo, lágrimas de solomillo con queso de cabra y cebolla caramelizada y raviolis con salsa de champiñón y cuatro quesos. Cuando llegó la hora del postre, ninguna de las tres podía más, pero cuando Mike sirvió su tarta de chocolate y frutos rojos, todas tomaron un trozo.

—¡Dios!, si como algo más, reviento. Creo que esta noche duermo aquí. No me siento capaz de llegar hasta mi casa —murmuró Candela, mientras dejaba la servilleta sobre el plato.

—Yo creo que hoy duermo en el sofá —dijo Alana mirando las escaleras con recelo.

—Dejaos de tonterías y vamos a recoger la mesa —sentenció su abuela mientras cogía varios platos.

Tras recoger la cocina y dejar todo colocado, pasaron el resto de la noche entretenidos, planeando cómo iba a ser la reapertura y Mike les comentó que quizás necesitase un ayudante.

—Sí, yo también creo que tendremos que contratar a alguien para que nos ayude. —Candela miró a su amiga y vio que esta asentía.

Los días posteriores, Alana y Candela terminaron su trabajo con las mesas y sillas que habían quedado perfectas. Habían dejado de ser de color madera y ahora eran blancas con unos bonitos cojines en tonos azules.

Cuando por fin terminaron la obra, los tres fueron a ver cómo había quedado todo. Candela y Mike quedaron impresionados. Esperaban encontrarse la vieja terraza con unas cristaleras nuevas, pero descubrieron que su local ya no era el mismo. Habían tirado las vigas que comunicaban el interior con la terraza, la barra que antes era redonda, ahora era rectangular y cumplía con el papel de comunicar todo el local. Era preciosa, de un color blanco envejecido. La madera que cubría la parte inferior de las paredes había sido restaurada y pintada y el resto había sido pintado en distintos tonos de dorado y marfil. Las paredes ahora estaban decoradas con vistosas fotografías.

Candela se fijó en una de ellas, después en otra y en otra más y se dio cuenta de que todas eran fotografías que ella había hecho.

—¿Pero qué...? —balbuceó mientras se giraba y miraba hacia el otro lado.

—Sí, son todas tuyas. Es un homenaje que hemos querido hacerte, así que no te enfades —dijo Alana al ver la cara de su amiga.

Candela y Mike siguieron investigando el lugar. Vieron que habían igualado el suelo de la terraza y habían puesto unas bonitas puertas de cristal desde las que se veía la playa.

Cuando llegaron a la cocina, Mike gritó emocionado:

—¡Santa Bárbara bendita! —Miraba con asombro todos los electrodomésticos nuevos.

Cuando los dos se giraron para mirar, Alana sonreía de oreja a oreja.

—Bueno, veo que os gusta —dijo ilusionada.

—Sí, está muy bien, pero ¿de dónde se supone que vamos a sacar el dinero para pagar todo esto? —preguntó Candela alzando la voz.

—Es un regalo, así que técnicamente ya está pagado —contestó, intentando calmar a su amiga.

—Alana, no está bien. Tenías que haber hablado conmigo —refunfuñó Candela entre cabreada y agradecida mientras salía de la cocina. No sabía qué hacer. Alana solo quería darles una sorpresa, pero aquello era demasiado.

—Mi reina, yo sé que tú lo has hecho con la mejor intención, pero deberías explicárselo a ella. —Mike la miraba serio. Alana, tras asentir, salió en busca de su amiga.

Encontró a Candela sentada en unos de los sofás que ahora había junto a las cristaleras. Se sentó a su lado y miró el mar.

Tras un rato en silencio, empezó a hablar:

—Lo siento. Solo quería daros una sorpresa. Llevamos mucho tiempo trabajando y nos lo merecíamos.

—No estoy enfadada por eso. Estoy enfadada porque no hablaste conmigo y más enfadada todavía porque lo hayas pagado tú —dijo Candela sin apartar la vista de la playa.

—¿Estarías menos enfadada si lo pagamos a medias, como habíamos dicho en un principio? —Miró a su amiga y vio cómo esta asentía.

—Pero ¿te gusta cómo ha quedado? —preguntó preocupada.

—¡Claro que me gusta! ¿Cómo no me va a gustar? —contestó su amiga mientras se acercaba y la abrazaba—. Pero la próxima vez, consúltamelo.

9

Llegó el día de la reapertura. Habían llevado todas las mesas y las habían colocado. Había que reconocer que el local estaba precioso.

Para esa noche, habían contratado camareros extras y Mike se había encargado de preparar un menú digno de la reapertura.

A las siete y media, Alana se empezó a preparar. Secó su pelo bocabajo para que tuviese volumen, se maquilló los ojos más de lo normal con intención de resaltarlos y se puso su vestido nuevo. Era perfecto. Marcaba su figura de reloj de arena, acentuaba su escote y el color rojo intenso hacía que sus ojos destacasen todavía más.

Cuando llegó al salón vio a su abuela lista para salir. Se había puesto un bonito vestido de flores que habían comprado la última vez que estuvieron en la ciudad.

Llegaron a la terraza y no podía salir de su asombro: el sitio estaba lleno hasta los topes. Turistas, gente del pueblo y gente de la ciudad habían acudido a la reapertura.

Vio a Candela en uno de los laterales hablando con dos personas. Estaba muy guapa con un vestido verde esmeralda. Sonrió al ver que Héctor pasaba la mano por su cintura y la atraía hacia sí.

Empezó a hablar con la gente, hasta que sintió cómo todo su cuerpo se estremecía. Al girarse, vio a Raúl entrar por la puerta del local, vestido con una camisa blanca y unos pantalones negros. Llevaba barba de un par de días y estaba guapísimo.

Él caminó con decisión hacia ella y cuando llegó a su altura, la atrajo hacia su cuerpo y la besó delante de todo el mundo. No fue un beso rápido, fue un beso pasional, lleno de deseo.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó con voz ronca cuando la soltó.

Alana asintió con la cabeza. Estaba alucinando. No se podía creer lo que acababa de pasar. Vio a su abuela y a Candela, sonreír. ¿Qué estaba pasando esa noche?

Raúl la condujo hasta uno de los sofás de la terraza y se sentó a su lado.

—Tengo que explicarte muchas cosas. Lo primero, siento haber desaparecido tantas veces, pero mi vida es un caos y no quiero hacerte daño. A pesar de ello, no me puedo apartar de ti.

Él posó la mano sobre su rodilla y empezó a trazar círculos con el dedo. Al ver que ella no decía nada, continuó hablando:

—La primera vez que te besé, sentí cómo mi mundo se sacudía y sentí pánico. —Se pasó nervioso la mano por el pelo y continuó—: La segunda vez, no fue porque no quisiera verte. Mi madre sufrió un infarto y estuvo unos días en el hospital. —Al oír esto, Alana levantó la cabeza, preocupada.

—¡Vaya! Lo siento. ¿Está bien? —preguntó compungida.

—Sí, está mejor. Le están haciendo un estudio para comprobar que todo está bien, por eso Martina se está quedando con nosotros. —Hizo una pausa y siguió hablando—: Como te iba diciendo, he intentado apartarme de ti, pero me es imposible hacerlo. No sé qué hacer con todos los problemas que se me vienen encima. Lo único que sé es que quiero tenerte conmigo. —Alana abrió los ojos de forma desmesurada y se quedó sin respiración. ¿De verdad ese hombre le acababa de decir que quería tenerla a ella?

Tras unos incómodos minutos, Raúl ya no podía esperar más y le dijo:

—Bueno, di algo o pensaré que venir esta noche ha sido un error. —En ese momento, Alana se acercó a él y le besó. Le besó como hacía tiempo deseaba. Metió la lengua en su boca y saboreó el beso. Antes de apartarse, mordió su labio inferior y suspiró satisfecha.

—Mi vida ha sido una mierda —empezó a decir ella—. Llevo tres años huyendo de mi pasado y de todo lo que tenga que ver con el amor. Sé que no debería dejar que lo nuestro continuase, pero no puedo dejar de pensar en ti. Por más que lo intento, me es imposible. No sé si esto saldrá bien o si me destruirá, pero como decía mi padre, quien no arriesga, no gana. —Cuando terminó de hablar, él la volvió a besar. Esta vez aún más despacio, sin prisa, movió su lengua con lentitud, pero con decisión, cosa que hizo que Alana se estremeciese pensando en qué más sería capaz de hacer con su lengua.

La noche pasó volando. Raúl no se separó de su lado ni un segundo. Ella estaba contenta, iba flotando como en una nube.

Cuando llegaron Laura, Miriam y Rocío, Alana corrió a saludarlas.

—Chicas, gracias por venir. Me alegro de que estéis aquí —murmuró

Alana mientras las abrazaba.

—¡Pero, bueno! Si están aquí los *bellezones* de la ciudad. Venid a mis brazos —dijo Candela acercándose a toda prisa.

Cuando se separaron las tres amigas, miraron a Raúl de pies a cabeza.

—¿El mamarracho? —preguntó Rocío mientras levantaba una ceja. Alana se puso colorada y Candela empezó a reír a carcajada limpia.

—Creo que ese soy yo —dijo Raúl antes de dar un paso al frente y saludar a esas tres mujeres que lo analizaban.

—Bueno, no está mal. Le dejamos en periodo de prueba —sentenció Miriam mientras que las otras dos asentían.

Raúl no sabía de dónde habían salido esas tres mujeres, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No había hecho las cosas bien y tenía que asumir las consecuencias.

—Bueno, si me disculpáis, tengo que hacer una cosa. —Candela se movió hasta quedar delante de la barra y pidió que todos guardasen silencio. Todos los allí congregados, dejaron lo que estaban haciendo y le prestaron atención—. ¡Buenas noches a todos! En primer lugar, quería agradeceros que estéis aquí esta noche acompañándonos. Sin vosotros, esto no sería posible. —Candela empezó a mirar a todas las personas que llenaban el local—. Pero, sobre todo, quería darle las gracias a Alana. Sin ti, este sueño no se habría hecho realidad y seguiría siendo un sueño enterrado. Espero seguir siendo tu socia por muchos años. No hay nada que me haga más feliz que ser tu amiga, tu socia y tu apoyo en los momentos difíciles, porque sé que el día que te necesite, tú vas a estar a mi lado. —Alana se acercó a Candela casi sin dejarla terminar y la abrazó. Les hicieron varias fotos juntas en las distintas zonas del local. Ellas posaron encantadas.

Alana se encontraba en la terraza mirando el mar, cuando Raúl apareció detrás de ella y susurró pegado a su cuello:

—Tengo que ir a casa, ¿vienes? Allí podremos hablar tranquilamente. — La mente de Alana empezó a imaginar cosas que no tenían que ver con las dotes lingüísticas de Raúl.

—Sí, deja que me despida de las chicas. —Él asintió y vio cómo Alana desaparecía entre la gente que había en la fiesta.

Cuando entró en el local, vio a su abuela hablando con Héctor y con sus amigas.

—¿Qué tal, mi niña?, ¿estás contenta?

—Sí abuela, mucho. No me imaginaba que iba a haber tanta gente.

—Será un éxito, estoy segura de ello —puntualizó Candela mientras sonreía.

—Bueno, me voy con Raúl. Tenemos muchas cosas de qué hablar... —dijo mientras miraba a sus amigas.

—Mi niña, que soy vieja, pero no tonta. Anda, ve con el muchacho y pásalo bien.

Alana puso los ojos en blanco y se despidió de todos. Cuando iba a llegar a la puerta, Candela la llamó:

—Ya sabes mi niña: meriéndatelo y déjalo sin palabras. —Todas empezaron a reír cuando escucharon a Candela.

10

Mientras Raúl esperaba a Alana, no dejaba de pensar en lo que sucedería aquella noche. Tenía que explicarle muchas cosas y no sabía si ella sería capaz de asimilarlas todas.

Pero, por encima de todo, en lo único que pensaba era en quitarle ese vestido rojo y hacerla suya. Desde que había llegado a la terraza y la vio con ese vestido, no pudo controlarse. Todo lo que había estado pensando esa semana se fue al traste cuando vio cómo le miraba.

Sonrió al recordar el momento en el que la amiga de Alana le había llamado mamarracho y cómo las tres lo habían mirado con cara de perdonavidas.

Ellas solo se preocupaban por su amiga y él lo entendía.

Se había propuesto hacer feliz a Alana y no cejaría en su empeño.

Cuando Alana salió del local, él la esperaba en la puerta. Le cogió de la mano y la acompañó hasta el coche. Durante el camino a su casa vio cómo tarareaba en bajito las canciones que sonaban en la radio. Eso le hizo sonreír. Cuando estaba con ella se sentía relajado, tranquilo. Era una sensación que no sentía desde hacía mucho tiempo.

11

Estaba nerviosa, histérica... no sabía qué hacer, qué decir, qué pensar. Cuando él abrió la puerta del coche y le ofreció la mano, Alana se la cogió y se apoyó en ella para salir del coche. Cuando él estaba cerca, su mente se nublaba y no daba pie con bola.

Entraron en la casa y se quedó fascinada. No tenía nada que ver con la modesta casa en la que vivían ella y su abuela. Aquella casa parecía un palacio. La entrada se comunicaba con un enorme salón pintado en tonos cobrizos y decorado con gusto. A uno de los lados, había dos puertas de cristal desde las que se podía ver una inmensa cocina y un comedor. Al otro lado, había otra puerta que daba salida a un bonito jardín iluminado con farolillos.

—Vamos pasa, no te quedes ahí parada —susurró, mientras tiraba de su mano.

—¡Es preciosa, Raúl! No me imaginaba que era así. —comentó mientras miraba a todas partes—. Muchas veces había imaginado cómo sería esta casa por dentro, pero me había quedado corta.

—Me alegro de que te guste. Ven, te la enseñaré. —Raúl volvió a tirar de ella y le enseñó la planta baja.

Luego subieron las escaleras y le enseñó dos de las habitaciones que estaban vacías, su despacho y, por último, su dormitorio. Cuando entraron, Alana contuvo la respiración.

Era una habitación inmensa, pintada en tonos tierra. Una enorme cama con dosel presidía el centro de la misma. Una cuna de madera noble a uno de los lados y muebles de madera maciza adornaban el resto de la habitación. En el lado derecho, había un enorme ventanal desde el que se veía su casa. Alana empezó a recorrer la habitación despacio reparando en cada detalle. En una de las mesillas, vio una foto de Raúl sosteniendo a Samuel cuando era un recién nacido. Eso la hizo sonreír. Aquel hombre con pintas de duro, era un padrazo. Encima de la coqueta había un frasco de colonia para bebé y un par de chupetes y en la esquina del mueble había una foto de una mujer y un niño de unos seis años. Era una mujer guapa. Alana se fijó en un pequeño platito

de marfil en el que había unos pendientes y una cadena con una cruz grabada. Al ver la cruz sintió un escalofrío. Juraría que había visto una igual en alguna parte, pero no sabía dónde. Volvió a mirar la foto y vio que los pendientes eran los mismos que llevaba la mujer.

—¿Te gusta? —preguntó Raúl mientras la abrazaba desde atrás. Alana asintió. Se sentía pequeña en esa casa, era demasiado lujosa, demasiado...

Pero no pudo seguir pensando. Raúl empezó a besarle el cuello y eso hizo que sus piernas se volviesen de mantequilla.

La giró y empezó a dejar un camino de besos desde el cuello hasta su boca. Antes de besarla, mordió su labio y luego lamó la marca que había quedado en él.

Alana pasó sus manos por el pelo y tiró de él mientras que su boca gemía. Estaba frenética. ¿Cuánto hacía que no sentía las caricias de un hombre?

Raúl le dio la vuelta y le desabrochó el vestido. Se quedó sin respiración al ver que ella lucía un conjunto de encaje negro que la hacía aún más irresistible.

Ella dio un paso hacia él y posó sus manos sobre su pecho. Después, empezó a desabrocharle la camisa, se la quitó por los hombros y empezó a besar su pecho desnudo. Cuando llegó a la parte baja de su torso se puso de rodillas y empezó a desabrocharle los pantalones. Sintió cómo él temblaba ante sus caricias, se tomó un minuto para quitarle los zapatos y después continuó con su tarea. Recorrió el empeine de su pie con la uña haciendo que una sensación placentera le recorriese entero. Subió las manos por sus torneadas piernas hasta llegar a la cinturilla de sus pantalones. Se deshizo de ellos dejándole solo con la ropa interior. Alana miró desde su posición y vio cómo los ojos de aquel hombre se habían vuelto más oscuros y penetrantes. Raúl la cogió por los hombros y la llevó a la cama.

Ella pasó las manos por su espalda, atrayéndolo. Sentía su dura erección palpitando contra su muslo. Raúl empezó a descender por su cuerpo dejando un reguero de besos a su paso. Ella se apoyó sobre sus codos y vio cómo él la miraba fijamente mientras le quitaba el tanga. Se desplomó mientras suspiraba y pudo sentir su aliento contra su muslo. Sintió cómo besaba sus muslos y daba pequeños mordisquitos, mientras se acercaba al centro de su deseo. Cuando le abrió más las piernas y rodeó su clítoris con la lengua, un escalofrío recorrió el cuerpo de Alana que cada vez gemía con más

intensidad. Empezó a jugar con ella: pequeños toques y suaves mordisquitos que la estaban volviendo loca. Alana se cansó de esperar, le atrajo hacia su boca y le besó apasionadamente. En ese momento, las tornas cambiaron. Se sentó encima de él y su sonrisa se intensificó.

—Ahora me toca a mí. —Le volvió a besar y empezó a mordisquear su cuello. Bajó recorriendo con su lengua su pecho, sus pezones, lamió su torso y cuando llegó a sus calzoncillos levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué hacemos con esto? ¿Lo quitamos? —Intentó poner cara de niña buena pero cuando le vio asentir desenfrenadamente, volvió a sonreír descaradamente. Se deshizo de los calzoncillos y recorrió su erección con la lengua. En ese momento sintió cómo él maldecía y se tensaba. Pasó su lengua por el glande y le dio un juguetón y delicado mordisco. Se metió la punta en la boca y le sintió temblar de placer. Empezó a bajar despacio. Con la mano derecha empezó a subir y bajar a la vez que poco a poco se la iba metiendo en la boca. Cuando se acostumbró a su tamaño, empujó con decisión hasta sentir cómo rozaba su garganta. Despacio, la sacó de su boca y recorrió la punta con la lengua antes de volver a metérsela entera.

Raúl, que ya no aguantaba más, la cogió y la tumbó de espaldas.

—Lo siento nena, pero no aguanto más —susurró mientras la tumbaba debajo de él. La besó nuevamente con pasión y fue bajando lentamente las manos por su cuerpo acariciándola despacio. Llegó a su sexo y lo recorrió despacio con los dedos. Estaba tan húmeda que se abrió como una flor para él que, despacito, fue metiendo un dedo en su interior dejando que se acostumbrase a la intromisión. Sintió cómo sus músculos lo apretaban. Cuando se hubo acostumbrado, introdujo otro dedo más y jugueteó con ellos con seguridad haciéndola gemir y retorcerse de deseo. Durante unos minutos se entretuvo con su sexo mientras lamía y mordisqueaba suavemente sus pezones cada vez más enhiestos.

—No aguanto más —ronroneó Alana y él alargó su mano estirándola hasta la mesilla y rebuscó un preservativo en el cajón.

Ella se lo quitó de las manos y se lo colocó despacio, muy despacio. Luego guio su miembro hasta el punto donde se unían sus muslos. Entonces, él le sujetó las manos y se fue introduciendo en su interior poco a poco. Sentía cómo sus músculos se adaptaban a su tamaño y grosor. Alana gimió al sentirse llena. Cuando sus cuerpos quedaron totalmente ensamblados, los dos jadearon de placer. Poco a poco, Raúl empezó a salir de ella y a volver a

entrar con lentitud. Alana entrelazó las piernas alrededor de su cintura y le atrajo hacia sí para que entrase con más fuerza. Con una sonrisa picarona, él salió por completo y volvió a entrar en su interior con fuerza. Alana chilló de placer. Aquel hombre sí que sabía hacer disfrutar a una mujer. Él se quedó quieto y ambos temblaron con infinita satisfacción.

Alana le atrajo hacia su boca y le besó con pasión. Él la abrazó y giró con ella entre sus brazos hasta que ella quedó a horcajadas encima de él. Alana esperó unos segundos hasta que se acostumbró a que en esa posición él entrase más profundamente y empezó a subir y a bajar de manera pausada. Recorrió su pecho con las manos y besó su cuello.

Raúl la cogió de las caderas y empezó a marcar un ritmo más rápido y sumamente placentero. La besó apasionadamente. Ella se agarró a sus hombros y clavó sus uñas en ellos. Cuando sintió que Alana se tensaba a su alrededor, intensificó las acometidas. Después de unos minutos, ambos llegaron a un brutal orgasmo. La besó y se bebió sus gemidos.

Alana se dejó caer encima de su pecho y se dejó abrazar por él.

Pasados unos minutos, se levantó con cuidado de encima de él y se fue al lavabo. Cuando se miró en el espejo no reconocía a la mujer que le devolvía la mirada. Una mujer segura, confiada... una mujer *sexy*. Después de asearse un poco, volvió a la cama y miró su móvil, le mandó un mensaje a Candela para decirle que estaba bien y lo volvió a dejar en la mesilla.

—¿Qué le has dicho a tu amiga? ¿He aprobado? —preguntó con sorna mientras ella se tumbaba en la cama y se acomodaba sobre su pecho.

—Sobresaliente *cum lauden* —contestó ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Le dio un beso en los labios y le sonrió, mientras seguía con el dedo su barbilla.

Se acomodó en el hueco de su cuello y le abrazó fuertemente hasta dormirse entre sus brazos.

Alana se despertó temprano y sonrió al sentirse rodeada por los fuertes brazos de Raúl, que no la habían soltado en toda la noche.

Con cuidado, consiguió desembarazarse de su abrazo y con más cuidado aún, salió de la habitación y bajó hasta el pasillo. Entró en la cocina y vio al pequeño Samuel sentado en su trona y a Héctor preparándose un café.

—¡Pero, bueno! ¡Si está aquí mi vecina favorita! ¿Ya os habéis dejado de tonterías mi hermano y tú? —Héctor la miró de arriba abajo y cabeceó con aprobación.

—Podríamos decir que sí —dijo Alana sonriendo—. Creo que tiene hambre. Si me dices dónde tenéis las cosas le preparo un biberón y le cambio el pañal —dijo, al observar cómo Samuel empezaba a chupar con demasiada insistencia el chupete.

—¿Por qué no le llevas al patio mientras que yo le preparo al glotón su desayuno? Ahora llevo la bolsa de los pañales. Por cierto, ¿café o zumo de naranja? —preguntó Héctor mientras abría un armario y sacaba los cereales.

—Zumo, por favor —contestó Alana mientras cogía al pequeño de la trona y salía por la puerta de la cocina.

Minutos después, Héctor salía por la puerta de la terraza cargado con una bolsa de bebé, un biberón y un vaso con zumo de naranja.

Mientras los dos charlaban, Alana vio cómo el pequeño se tomaba el biberón en un santiamén. Cuando vio que se lo había terminado, le cambió el pañal con destreza, mientras Héctor la observaba.

—Llevo siete meses cambiando pañales y todavía no lo hago ni la mitad de bien que tú —murmuró Héctor que no salía de su asombro—. ¿Cómo lo haces?

—No es tan complicado. Cuando quieras te doy un curso intensivo —contestó, mientras se reía al ver la cara de Héctor.

—¡Buenos días! Lleva razón mi hermano. Se te da muy bien. —Alana se giró y vio a Raúl apoyado en la puerta de la terraza.

—¡Buenos días! —saludó con una sonrisa. Le gustaba cómo le quedaba la barba, pero tenía que reconocer que, de todas las maneras, Raúl era un hombre atractivo.

Raúl se acercó y le dio un beso en los labios y después cogió a Samuel y empezó a besuquearlo. El pequeño empezó a reír sin parar.

—Bueno, ¿y para mí no hay beso? —Héctor intentó parecer ofendido, pero empezó a reír cuando su hermano le tiró un peluche a la cara—. Voy a ver si la bella durmiente se ha despertado ya, y está esperando que la lleve el desayuno a la cama —continuó Héctor entrando en la casa y dejando a su hermano y a Alana desayunando.

Raúl se sirvió un café y dejó a Samuel en el parque que había al lado de la mesa. Después, se acercó y tiró de Alana hasta que esta quedó sentada

encima de él.

—¿De verdad que has dormido bien? —preguntó antes de besarla—. No me digas que te ha despertado Sam. —Era la primera vez que le oía llamarlo así.

—No, tranquilo. He dormido de maravilla, pero tengo la costumbre de levantarme temprano y cuando me he despertado, Samuel estaba despierto y no me he podido resistir.

—¿Me cambias por un hombre más joven? —refunfuñó, haciéndola reír. Aquel hombre tenía sentido del humor, cosa que ella había empezado a dudar.

—¡Anda! ¡No digas tonterías! —susurró ella antes de callarle con un beso.

Cuando se separaron, planearon ir a comer, así podrían hablar tranquilamente sin que nadie les molestase. Los dos tenían muchas cosas que contarse y era la mejor ocasión si querían que todo saliese bien.

—Bueno, ¿todavía estáis aquí, parejita? —Héctor apareció en el jardín, seguido por su hermana.

—Sí, ya nos vamos. ¿A qué hora viene Mercedes? Quiero ir a comer con Alana. Los dos solos.

—Llegará sobre las dos, pero marchaos tranquilos, nosotros nos quedamos con Sam.

Alana se fijó por primera vez con detenimiento en Martina. Se la veía diferente desde el día que la conoció. Era muy guapa. Tenía un rostro angelical y una larga melena rubia. Era menuda y, sobre todo, parecía simpática.

—Os prometo que estará aquí antes de las cuatro —aseguró Alana—. Tengo que ir a la terraza para que Candela pueda empezar a buscar a alguien que nos ayude.

—Yo podría... —la voz de Martina hizo que todos se girasen para mirarla.

—¿Tú? —Héctor no parecía muy convencido de lo que su hermana decía.

—Sí, yo. Soy diplomada en marketing y no creo que sea muy difícil servir mesas... —Alana torció el gesto—. Perdona, no quería decir...

—Tranquila, te he entendido. Si quieres, pásate esta tarde y hablamos.

Tras despedirse, subieron a la habitación e intentó sonsacarle dónde la

iba a llevar a comer, pero él se negó tapándole la boca con sus besos cada vez que insistía.

—Ve metiéndote en la ducha que ahora voy.

Obediente, se metió en la ducha y se relajó al sentir cómo el agua caía sobre sus hombros. Sintió cómo Raúl se situaba detrás de ella y empezaba a pasar sus manos por todo su cuerpo. Pellizcó sus pezones y sintió cómo un escalofrío la recorría de arriba abajo. Deslizó sus manos por su cuerpo hasta llegar al centro de su deseo. A partir de ese instante, no pudo seguir pensando. Todo lo que había deseado durante esas semanas se estaba cumpliendo y no iba a hacer nada para detenerlo.

12

No podía creer que ella estuviese en su cama. Había disfrutado haciéndola suya en la ducha y memorizó cada sonido, cada gesto que ella hacía para no olvidarlos nunca.

Sabía que después de hablar con ella, algunas cosas podían cambiar, pero estaba dispuesto a arriesgarse con tal de tenerla a su lado.

—Creo que tengo que ir a casa a cambiarme de ropa.

El comentario de Alana le sacó de sus pensamientos. Lo miraba vestida, solo con el conjunto de ropa interior y los tacones. Esa mujer era una bruja y le estaba volviendo loco.

—Yo te veo muy, pero que muy bien —contestó él mientras la rodeaba con los brazos—, pero será mejor que vayas a cambiarte. No quiero que todo el mundo descubra lo que escondes solo para mí.

Alana se echó a reír. ¿Cómo podía gustarle tanto la risa de esa mujer? Era un sonido dulce y puro que hacía que todo su cuerpo se estremeciera al escucharlo.

—Ve a casa mientras yo termino de prepararme y veo qué tal se apañan con Sam.

Después de besarle, se acabó de poner el vestido y se encaminó hacia la puerta contoneando sus caderas. ¿Qué iba a hacer con ella? Nunca imaginó que esa mujer fuera de armas tomar, pero la noche anterior le había dejado claro que ella también mandaba y eso le encantó.

Cuando acabó de prepararse, bajó y salió al patio donde se encontraban sus hermanos. Vio al pequeño Sam dormir plácidamente rodeado de peluches y juguetes.

—¿De verdad que no os importa quedaros con él? —Raúl no quería cargar con esa responsabilidad a sus hermanos.

—Sí, tranquilo. Vete ya. Si pasa algo, te llamaré.

Asintió, aunque no estaba muy convencido. Se despidió de sus hermanos y fue a buscar a Alana.

Concha abrió la puerta y les invitó a pasar. Mientras Alana se cambiaba, Raúl se quedó en el saloncito conversando con aquella alegre mujer.

—Espero que tengas buenas intenciones con mi nieta —empezó a decir Concha mientras le miraba fijamente—, porque si la haces daño, no solo te tendrás que ir del pueblo, deberás huir del país, porque si no, te encontraré y te haré pagar cada lágrima que mi niña derrame. Ha sufrido mucho y se merece ser feliz. —Tras ese comentario la mujer volvió a sonreír—. ¿Más té? —Raúl asintió tímidamente con la cabeza y tragó saliva. Cualquiera le llevaba la contraria a esa mujer.

En ese momento, apareció Alana bajando las escaleras. Estaba preciosa, con un bonito vestido amarillo y unas sandalias. Era todo lo contrario a las mujeres con las que él había salido. Era natural, impulsiva, risueña y eso le volvía loco.

13

Cuando llegaron al restaurante, Alana estaba histérica. En el coche le había observado disimuladamente... o eso pensaba ella.

Cuando entraron se quedó impresionada. Era un bonito restaurante situado en una preciosa cala. Tenía unas vistas impresionantes. Se podía ver el mar rompiendo contra las rocas y aquello le otorgaba un encanto especial.

—¿Te gusta? —preguntó, mientras le cogía la mano por encima de la mesa.

—¡Es precioso! No podría ser mejor. —Alana no podía dejar de sonreír.

Pidieron tranquilamente y empezaron a comer. Llegó el momento de la conversación que Raúl tanto temía.

—Bueno, creo que tengo que explicarte muchas cosas. Sé que no lo hice bien al principio, pero te prometo que compensaré cada momento malo que te he hecho pasar.

Alana le miraba con verdadero interés, incluso había dejado de comer, su estómago no podría soportar nada durante esa conversación, estaba tensa y no sabía qué decir.

—Ya sabes que Samuel es mi hijo y por lo que he visto hasta ahora no tienes reparo, además le tienes cautivado y no creo que quiera renunciar a eso. —Él la miraba nervioso, mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Nunca pienses que porque tengas un hijo me voy a echar para atrás. Si esto sale bien, dure el tiempo que dure, no intentaré ser su madre, pero sí me esforzaré por hacerlo lo mejor posible.

Raúl sonrió abiertamente. Aquella mujer cada vez le sorprendía más. Todavía no podía creer que estuviese allí con él.

—Por mi trabajo y por motivos de la custodia, viajo a menudo a Madrid. Aunque pedí una excedencia, sigo colaborando en algunos proyectos. —Al ver la cara que ponía ella, aclaró rápidamente—: Soy arquitecto y hay proyectos que no puedo dejar a la mitad, por lo que tengo que ir una o dos veces al mes para asegurarme de que todo va bien.

Ella asintió mientras tomaba un sorbo de su copa. Por ahora la cosa no iba mal. Empezaba a estar más relajada.

—Ya te conté el contratiempo que hubo con mi madre. Ella no lleva muy bien el tema de Samuel, no entiende cómo me hago cargo de él si no sé a ciencia cierta si es mi hijo. —Alana abrió los ojos sorprendida—. Pero desde el momento que me pusieron a ese pequeño en brazos supe que era mío y no dejaré que nadie le aparte de mi lado... Ella debería ser la primera en entenderlo, ya que ella hizo lo mismo conmigo.

—¿Cómo? Creo que el final no lo he entendido muy bien. Entiendo que no quieras separarte de Samuel. Para ti es tu hijo y nadie podrá decirte lo contrario. —No podía salir de su asombro.

—Isabel no es mi madre biológica. —El asombro de Alana iba en aumento—. Mis auténticos padres se conocieron muy jóvenes. Se podría decir que llevaban toda la vida juntos. Cuando llegó el momento, se casaron y poco después entraron a trabajar al servicio de una pareja de buena posición, Isabel y Fermín, como guardeses. Cuando nací, era el niño bonito de todos. El único hijo de mis padres y alguien al que malcriar y consentir por parte de Isabel y Fermín a los que les estaba costando concebir un hijo. Mientras que mi madre se encargaba de sus tareas, Isabel cuidaba de mí, me llevaba con ella siempre y pasó a ser como una segunda madre. —Raúl cogió su copa de vino y se la acercó a los labios para dar un sorbo. Contar aquello le estaba siendo más duro de lo que se había llegado a imaginar.

— Cuando cumplí cuatro años —continuó Raúl— una noche, después de que mi padre me acostase, oí cómo él y mi madre discutían. En los planes de mi padre nunca había entrado dedicarse a un trabajo así. Él era un hombre muy ambicioso y aspiraba a mucho más. Poco después, oí un portazo y fue la última vez que le vi. Nos abandonó a mi madre y a mí. Fermín e Isabel nos apoyaron en todo. A mi madre, a pesar de trabajar a su servicio, la trataban como a una más de la familia y a mí me habían visto crecer. Unos años después, mi madre cayó enferma del corazón. Después de algunas pruebas descubrieron que tenía una malformación arterial, que acabó costándole la vida.

Alana le miraba con los ojos muy abiertos. No podía creer lo que él estaba contando. ¿Cómo un hombre podía abandonar a su familia de esa forma? Imaginaba lo duro que tenía que haber sido para él perder primero a su padre y después a su madre siendo tan pequeño.

—¿Sigo? —preguntó Raúl cogiéndole la mano que tenía sobre la mesa. Ella asintió y esperó a que continuase con su relato.

—Mi madre podría pecar de muchas cosas, pero era una mujer muy lista y perspicaz. En ningún momento les preguntó si su estado era tan grave como parecía. Yo, hoy creo que ella sabía desde el principio que no terminaría bien. Cuando murió, Fermín descubrió en su testamento que les había nombrado como mis tutores legales hasta que cumplierse la mayoría de edad. Desde ese momento, ellos dos fueron mis padres a todos los efectos y les estoy tremendamente agradecido por ello. Yo solo tenía seis años cuando mi madre falleció y nunca me faltó de nada. Me quisieron siempre, no me dieron de lado cuando un año más tarde llegaron Héctor y Martina como una bendición caída del cielo.

—¿Son mellizos? —preguntó Alana con interés.

—Sí, aunque me tenían a mí, eran una pareja joven y siguieron intentando tener hijos a pesar del pesimismo de los médicos. Mágicamente, después de que todos los papeles de mi custodia y tutela estuvieran arreglados y las aguas se calmaron, mi madre se quedó embarazada y puedo decir que pese a todo lo que pasé de pequeño, tuve una infancia feliz y, a día de hoy, para mí ellos son mis padres y mi familia. —Cuando terminó, guardó silencio esperando a que ella reaccionase.

—Siento mucho lo de tu madre. Tuvo que ser muy difícil perderla. —Entrelazó los dedos con los suyos para darle ese apoyo que no podía darle con palabras—. Y creo que por todo lo que tus padres adoptivos pasaron contigo y lo que te quisieron al final, Isabel se dará cuenta de que tú sientes por Samuel, lo mismo que sentía ella por ti cuando se hizo cargo de tu custodia, y en cuanto ese regordete le sonría dos veces se la habrá ganado.

Ella era optimista, pero él no creía que su madre se lo pusiera tan fácil.

—Y creo que en resumen eso es todo: Soy un arquitecto de treinta y cuatro años, con un hijo que te adora igual que su padre, con una familia algo extraña y una infancia dura, pero todo eso me ayudó a ser mejor y a valorar más a las personas que me quieren. Mi madre se fue pronto, pero el tiempo que estuvo conmigo se encargó de que no me faltase de nada y me dejó con la mejor familia que podía tener. —Alana apreció cómo se emocionaba cuando hablaba de su madre—. Y ahora te toca a ti. ¿Cuál es tu historia? ¿Quieres contármela?

—Gracias por contarme todo esto, de verdad. —Él sonrió y le dio un apretón en la mano para darle fuerzas—. Yo tuve una infancia normal: un padre trabajador y una madre que me quería con locura. Vivíamos bien.

Cuando mi abuelo murió, mi padre se hizo cargo de la empresa familiar y no nos faltaba de nada. Mi hermano Álex, llegó cuando yo tenía diecisiete años. Era mi muñeco, mi niño, mi todo... —Su voz se fue apagando, no sabía si iba a poder continuar.

Le contó la trágica muerte de su padre y lo duro que había sido para ella. Cómo había tenido que tirar de su madre y cuidar de su hermano. Ella era la fuerte, siempre lo había sido.

Él la miraba atentamente, de vez en cuando le apretaba la mano para darle fuerzas para continuar.

—Dos años después de la muerte de mi padre, mi madre conoció a un hombre, Ernesto, y se “enamorado” de él. Él la convenció para que vendiese la empresa y para que nos mudásemos a Estocolmo, ya que varios de sus amigos habían emigrado allí y le habían propuesto montar un negocio juntos. Hicimos las maletas y nos fuimos. Lo dejé todo: amigos, estudios, pareja... —En ese momento guardó silencio y vio cómo Raúl torcía el gesto. Eso le pareció gracioso y siguió contando su historia—: Cuando cumplí los veintiséis, durante la fiesta de mi cumpleaños... —La voz de Alana se apagó por completo, no podía seguir.

—Tranquila, cuéntame lo que quieras. Si no estás preparada, no pasa nada.

Ella negó con la cabeza y cogiendo aire continuó con su historia.

—Esa noche, Ernesto intentó abusar de mí. —Vio cómo Raúl apretaba la mandíbula y se ponía tenso—. Nunca había hecho nada así. Había veces que me miraba de forma extraña o que, si por alguna razón me daba un abrazo o me mostraba su cariño, se alargaba más de lo necesario, pero nunca había pasado de eso.

—¿Y qué hiciste? —preguntó él con la voz ronca y cargada de ira.

—Se lo intenté contar a mi madre... pero me dijo que me lo estaba inventando... que no quería que ella fuese feliz. Se pensaba que todo era por mi culpa y que solo quería que ellos dos rompiesen. No estaba dispuesta a seguir aguantando eso. Me acababa de licenciar en filología e historia y tenía toda la vida por delante. Hice las maletas y me marché esa misma noche. Fue duro dejar a mi hermano, pero ¿qué otra cosa podía hacer? La primera noche la pasé en casa de Niels. —Él la miró, arqueando una ceja—. Un “amigo” al que había conocido cuando llegué a Estocolmo. Éramos algo, pero no éramos nada al mismo tiempo. Cuando llegué esa noche, no le quise contar nada,

pero a la mañana siguiente cuando por fin me atreví a hacerlo, me dijo que tampoco era para tanto y que debía volver a casa, que eran exageraciones mías... —Una lágrima cayó por su mejilla. Raúl se levantó y la abrazó. No podía creer que hubiese pasado por todo eso. En comparación, su vida había sido un camino de rosas.

—Tranquila, él ya no puede hacerte daño y si lo intentase, yo se lo impediría —susurró mientras la besaba el pelo.

—Gracias. No suelo hablar de este tema, pero tú te has abierto a mí y te merecías lo mismo. El resto de la historia ya la conoces.

Raúl asintió y después la besó tiernamente. Quería que olvidase todo el dolor que había sentido. Quería hacerla feliz. Se merecía ser feliz.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? —susurró Raúl, sabiendo que eso la ayudaría a relajarse.

Ella asintió mientras se dejaba abrazar.

Pasearon por la playa tranquilamente, sin prisas, sin decir nada. No hacía falta.

—Creo que deberíamos irnos o no llegarás a tu hora. —La tomó de la mano para que le mirase—. No le des más vueltas. Nadie volverá a hacerte daño.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo —contestó, mientras se apoyaba en su pecho.

Durante el camino a casa, Alana trasteó con el equipo de música hasta que empezó a sonar *Durmiendo en tu ombligo* de El Arrebato y Vanesa Martín. Empezó a cantarla. Sin darse cuenta se la estaba cantando a él.

*Estoy tan a gusto aquí contigo, que no me cambio por
ningún hombre del mundo y no me importa si allí fuera
llueve o hace solecito.*

*Es que estoy tan contento de abrazarte que ya no quiero
mirar ningún paisaje si no se ve desde aquí
metió dentro de tu abrazo, dentro de tu abrazo.*

*Empiezo a imaginar cómo poder parar ese reloj que no para
de hacer tic tac para poder congelar el tiempo aquí a tu
lado y empiezo a recorrer el mapa de tu piel y hay tantas*

fuentes que en todas quiero beber porque no quiero perderme un sorbo de tu cuerpo, es que aquí dentro se está taaan bieeeeen.

—Cantas muy bien. —Vio cómo ella se sonrojaba mientras dejaba de cantar.

—Gracias. Siempre me ha gustado cantar. Mi abuela suele decir que la música expresa lo que no podemos decir con palabras.

—Tu abuela es una mujer maravillosa y hoy me ha quedado claro que hará cualquier cosa para protegerte.

Le miró sorprendida. ¿Qué había hecho su abuela? Conociéndola, seguro que había soltado alguna de sus famosas perlas.

—¿Qué te ha dicho?

—En pocas palabras, que si te hago daño me buscará y arrancará mis partes nobles —murmuró él poniendo cara de dolor.

Alana empezó a reír. ¡No se lo podía creer! Su abuela era un show y en realidad solo quería protegerla.

—Lo siento, pero me ha visto pasarlo muy mal y solo quiere protegerme. —Intentó ponerse seria, pero no lo consiguió.

—No te preocupes. No pienso hacerte daño, así que no tendrá que cumplir su promesa.

Sonrió, mientras ponía su mano sobre la rodilla de Alana que suspiró y se relajó por completo. Estaba bien salir, reírse y pasarlo bien. Lo necesitaba.

—¿Por qué te cortaste el pelo?

—Necesitaba algo nuevo. Era lo único que no cambié cuando me marché de casa y ya me había cansado de llevarlo igual. ¿No te gusta cómo me queda? —preguntó mientras movía la cabeza con gracia.

— ¡Me encanta! ¡Estás preciosa!

Sonrió, mientras aparcaba el coche cerca del trabajo de Alana. Se acercó a su boca y la besó dulcemente.

—Pero con el largo también estabas muy guapa. —La volvió a besar y sintió cómo ella se aferraba más al beso.

—Nos vemos luego. ¿A qué hora quieres que se pase Martina? —preguntó.

—Dile que venga a las cinco. Es Candela la que lleva el tema y con lo rarita que es, no sé cómo saldrá la cosa. —Puso los ojos en blanco. Su amiga era muy especial para esos temas. Tendría que hablar con ella—. Luego nos

vemos.

Tras besarle nuevamente, se encaminó hacia el local. Se sorprendió al ver que había más gente que de costumbre. Eso la hizo sonreír.

—¡Buenas, trasnochadora! —Candela no podía dejar de sonreír. Se la veía en su salsa—. Quiero todos los detalles. ¿Te lo merendaste? ¿Lo dejaste sin palabras?

—¡Por dios, Candela! ¡Baja la voz! —Miró para ver si alguien había oído las preguntas de su amiga—. No, no me lo merendé. Me merendó él a mí, pero me aseguré de dejarle sin palabras.

—¡Así me gusta, mi niña! —Ambas empezaron a reír.

Empezó a servir mesas. La reapertura había sido un éxito. Ahora la terraza era una zona tranquila y relajante y la zona del interior era para las comidas y cenas.

Cuando vio a Candela cerrar su libreta y dejarla sobre la barra se acercó a ella.

—¿Has estado buscando a alguien para que nos ayude?

—Sí, he hablado con un amigo de Mike. Parece un chico responsable y tiene experiencia. Además, aparte de ayudar en la cocina podrá echarnos una mano en la barra. Mike dice que se le da muy bien y así nosotras podremos descansar un poco.

—Perfecto. Martina, la hermana de los vecinitos me ha dicho esta mañana que no le importaría intentarlo. No parece mala chica. ¿Tú qué opinas? —Vio que Candela la miraba sorprendida.

—¿La niñita de mamá sirviendo mesas? Si me pinchas, no sangro. —Se echaron a reír. Era un poco raro, pero ¿qué podían hacer?

—Podemos darle una oportunidad. No perdemos nada. A lo mejor, hasta se le da bien. —Candela asintió y puso los ojos en blanco.

Un cliente llamó su atención y empezó a preparar lo que este había pedido. Vio cómo Candela entraba en la cocina y se reía mientras Mike gesticulaba con las manos. ¿Qué le estaría contando?

En ese instante, vio a Martina entrando por la puerta. Iba vestida con unos pantalones oscuros, una bonita blusa y unas sandalias de tacón. Sonrió, pensando que no iba a poder trabajar con ese tipo de calzado, ni con esa ropa. No estaría cómoda.

—¡Hola! Llegas pronto.

—Sí. Aunque mis hermanos no lo crean, me quiero tomar esto en serio.

—Ambas sonrieron.

—A mí me parece perfecto que quieras empezar a vivir tu propia vida. Tu madre no estará siempre.

—Por eso lo hago. Tengo una carrera que no utilizo para nada y quiero depender de mi propio dinero por una vez. No sé qué dirá mi madre cuando sepa que estoy trabajando aquí, pero la verdad es que me da igual. —Sonrió imaginando la cara de su madre—. ¿Me explicas un poco lo que tengo que hacer?

Alana empezaba a pensar que aquello podía salir bien. Además, siendo titulada en marketing, les podría ayudar con la publicidad para el negocio. Se la veía con entusiasmo y eso le gustaba.

Asintió y fue a buscar a Candela que se estaba dando un festín en la cocina. ¿Cómo podía comer tanto y estar tan delgada...?

Volvió a la barra y vio cómo las dos se sentaban en una mesa y Candela le empezaba a explicar qué era lo que buscaban.

Empezó a servir mesas, mientras canturreaba las canciones que sonaban en la radio, hasta que la voz de Candela la sacó de su mundo.

—Saluda a la nueva incorporación.

Sonrió al ver que su amiga parecía satisfecha.

—Me alegro de que te haya gustado. ¿Cuándo empieza?

—Esta noche. Como hoy estamos las dos podrá ver un poco cómo funciona todo. —Alana asintió y vio cómo Martina sonreía.

—Lo único malo es que no podré ponerme mis bonitos zapatos.

Alana y Candela se echaron a reír.

—Créeme, cuando lleves todo un día de pie sirviendo mesas y recogiendo cosas, dejarás de pensar en tus bonitos zapatos. Te lo digo yo —dijo Alana recordando la última vez que se puso unas botas con un poco de tacón... No quería volver a pasar por ese mal rato.

—Estoy segura de ello. Gracias por confiar en mí. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda.

Después de despedirse de Martina y tras hablar con Mike y Candela de la marcha del negocio, estaba muy contenta. El restaurante iba como la seda, tenían más clientes y eso le encantaba. Y ahora, con las dos incorporaciones podrían descansar un poco más.

Esa noche, el restaurante estuvo lleno y Martina parecía tener un don con los clientes. Era amable, sabía moverse con la bandeja llena... no se le daba

nada mal.

—Hola, preciosa. —La voz de Raúl la sacó de su ensimismamiento.

—Hola, guapetón. —Salió de detrás de la barra y le dio un beso.

—¿Cómo le va a mi hermana? ¿Ha liado ya alguna?

—Para nada. Se le da bastante bien. Deberíais apoyarla.

Vio cómo él sonreía y la abrazaba más fuerte. Le veía contento y eso le gustaba. No pensaba que ese desconocido que había conocido semanas atrás, iba a ser como el hombre que estaba descubriendo: cariñoso, risueño y muy, muy buen amante.

—¡Vamos, vamos! Deja de entretener a mi camarera que tiene que trabajar. —Candela le dio en el brazo con cariño mientras se reía.

—Ya, ya la dejo. Voy a ver si llega Héctor. —Se despidió de ella y se sentó en una mesa cercana.

Fue una noche tranquila, con más clientes de los habituales, pero sin nada fuera de lo normal. Alana pasaba de vez en cuando por la mesa en la que estaba Raúl con su hermano y se rio cuando los vio observar a su hermana. Les estaba dejando sin palabras.

—¿Ponemos a prueba a la rubita? —La voz de Mike la sorprendió.

—No seas duro con ella. Es su primer día y están sus hermanos. La pobre se ha puesto muy nerviosa cuando los ha visto entrar. —Mike sonrió y empezó a contonearse.

—¡Candela! ¡Sube la música!

En ese momento la voz de Celia Cruz cantando Quimbara empezó a sonar en todo el local.

Quimbara quimbara quma quimbamba

Quimbara quimbara quma quimbamba

Quimbara quimbara quma quimbamba

Quimbara quimbara quma quimbamba

Ee Mama Ee Mama

Ee Mama Ee Mama

La rumba me está llamando bombo

dile que ya voy.

Que me espere un momentico así,

mientras canto un guaguancó.

Dile que no es un desprecio,

*pues vive en mi corazón.
¡Mi vida es tan solo eso,
rumba buena y guaguancó!*

Mike paró a Martina cuando pasaba por su lado. Ella le miró un poco extrañada.

Alana y Candela observaban la escena desde la barra sin parar de reír. ¿Qué haría la pobre Martina...?

—¿Bailas, rubita? —preguntó, mientras se movía a ritmo de la canción.

—¡Por supuesto, morenazo! —Martina se soltó la coleta y empezó a bailar con Mike.

Aquella muchacha sabía moverse. Sabía moverse muy bien.

Mike estaba disfrutando como nadie. Los dos lo hacían muy bien. Parecían verdaderos profesionales. Varias parejas se levantaron y empezaron a bailar también.

—¿Se te está ocurriendo lo mismo que a mí? —Alana asintió y miró a la mesa de Raúl. Vio que él y su hermano tenían la mandíbula desencajada mientras veían cómo se movía su hermana.

—Una noche de baile, sería algo perfecto. —Candela aplaudió e intentó sacar a Héctor a bailar, pero el pobre se negó.

Cuando acabó la canción todo el mundo aplaudió y Mike miró a Martina de arriba abajo. Él tampoco podía creer lo que acababa de ocurrir.

—¡Pero bueno, rubita! ¿Dónde has aprendido a bailar así?

—Una debe de tener sus secretos, ¿no crees, morenazo? —Y sin decir más, se encaminó hacia la barra.

Candela intentó que los dos hombretones que no podían dejar de removerse en sus sillas se calmasen un poco. Tenían que dejar de ver a su hermana como una niña. Era toda una mujer y esa noche había quedado bastante claro.

—Creo que si no se relajan les va a dar un infarto. —Alana empezó a reír a carcajadas. Llevaba razón.

—Tranquila, se les pasará. Y si no, pues que se aguanten. —Las dos se echaron a reír nuevamente.

Esa noche, cuando cerraron el bar, se quedaron las tres recogiendo todo. Cuando terminaron, se sentaron en la barra y como hacían Candela y Alana siempre, sirvieron una crema de orujo con hielo. Eran sus momentos de chicas y ahora, era una más en el grupo.

—He estado pensando... —empezó a decir Martina con algo de temor en la voz—. No sé qué será de mi vida el día de mañana. No quiero vivir siempre pegada a las faldas de mi madre. Sé que cuando lo dejé con Álex tras la muerte de papá, me centré mucho en ella, pero no quiero pasar el resto de mi vida así... —Cuando terminó, dio un largo trago a su vaso y arrugó la nariz cuando la crema de orujo empezó a quemar en su garganta.

—¿Has pensado en estudiar algo que te guste? —preguntó Candela, mientras se hacía una trenza con el cabello.

—Sí. Quiero intentar estudiar interiorismo y quizá viajar a algún otro país a formarme o a vivir... quién sabe.

—En eso, Alana te puede ayudar. Estuvo varios años viviendo en Estocolmo y estudió allí, ¿verdad Alana? —Alana miró a su amiga y la fulminó con la mirada. Sabía que no le gustaba hablar de esos años de su vida, pero al mirar a Martina vio su cara de entusiasmo y no pudo negarse.

—Sí, claro —dijo, forzando una sonrisa—. ¿Qué quieres saber?

—¡Lo quiero saber todo! —exclamó Martina con un entusiasmo que hizo que las tres riesen a carcajadas.

—Cuando me mudé allí, tenía veintiún años —empezó a contar Alana ante la atenta mirada de las dos—. Al principio fue duro, pues no fue una decisión con la que yo estuviese de acuerdo. Yo tenía mi vida hecha y organizada en Madrid... mis estudios, mis pequeños trabajos, a Hugo... —Esa última parte llamó la atención de las dos.

—¿Hugo? —dijeron al unísono—. ¿Quién es ese Hugo? ¿Tu primer novio? —preguntó Martina con curiosidad.

—¡No! Ya había estado con un par de chicos o tres, antes de conocerle a él —contestó Alana entre risas—. Hugo era un chico que había conocido en la facultad. Por así decirlo, era mi primera relación más “formal” —continuó

Alana haciendo un gesto de comillas al decir la palabra formal—. Yo había empezado las clases y coincidíamos en varias y... bueno... ya sabéis. Una cosa llevó a la otra... —Alana dejó la frase en el aire, pero Candela se encargó de hilarla y terminarla.

—... Y la otra es que la llevó a su cama y sin bragas, vamos. —Martina se echó a reír a carcajadas mientras que Alana le dio un golpe a su amiga en el brazo.

—¡Mira que eres bruta, Candela! —Esta sonrió con cierto orgullo y la abrazó con un solo brazo.

—¡Sigue, sigue! —insistió Martina.

—Pues eso... que yo aquí tenía mi vida y de un día para otro me lo quitaron todo: mi confort, mi seguridad... para soltarme en un país nuevo, con un idioma nuevo, una mentalidad y una forma de ser totalmente nueva y muy distinta... ¡imagínate!

—Tiene que ser duro. —Martina la miraba como si fuera un libro con los secretos más valiosos del mundo—. ¿Y qué hiciste con el idioma? ¿Allí además de sueco hablan inglés?

—Los primeros meses fueron los peores, porque hasta que no te dan tu número personal, no puedes estudiar ni trabajar... no puedes hacer nada. El idioma... bueno, es complicado... yo sabía inglés y efectivamente allí casi todo el mundo lo habla. —Martina asentía y Candela parecía estar a punto de darle una libreta para que apuntase todo—. Lo bueno es que allí hay clases de sueco gratuitas, así que durante esos meses en los que no pude hacer nada, conocí la ciudad y aprendí sueco.

—¿Y qué era lo peor?

—¡Uff! Yo creo que el frío... allí hace frío siempre, pero el invierno... ¡es terrible! —Un escalofrío recorrió su espalda como si todavía pudiese sentir aquel ambiente gélido—. Pero he de reconocer que me encantaba recorrer el mercadillo navideño que ponían en el casco histórico. ¡Es precioso!

—Eso tengo que decir que es verdad —intervino Candela—. Me ha enseñado fotos y es precioso, aunque hasta en las fotos se nota el frío.

—Y la gente, ¿cómo es?

—La gente... es como el clima de allí: son más fríos, aunque también más liberales y más maduros e independientes. Allí, desde bien pequeños, les enseñan a arreglárselas solos. Por así decirlo, los suecos son algo retraídos

hasta que tienen confianza. Pero cuando, por ejemplo, te invitan a su casa, quiere decir que para ellos eres un verdadero amigo de total confianza.

—¡Me encanta! Me encanta todo. —Suspiró Martina apoyando la mejilla en la palma de su mano.

—Y la vida es más tranquila. —Alana se levantó y recogió los vasos—. Y ahora marchaos las dos a dormir, mirad qué horas y todavía me tengo que poner con el inventario. ¡Vamos fuera, fuera! —dijo, mientras movía las manos.

A las tres de la mañana, Alana se encontraba todavía haciendo el pedido semanal para el restaurante. Normalmente lo hacía Candela, pero esa noche la había mandado a casa junto con Martina. Llevaba todo el día trabajando y tenía que descansar.

Estaba sentada en un taburete rodeada de libros de cuentas e intentando acabar de hacer el pedido. Nunca se le había dado bien. Oyó un ruido, pero siguió con lo que estaba haciendo hasta que una voz la sobresaltó.

—Trabajas demasiado, preciosa.

—¡Diooooo qué susto! Cualquier día me quedo en el sitio.

Al girarse, vio a Raúl acercándose a ella. Iba vestido con unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca. Estaba guapísimo.

—Candela se merecía un descanso y yo me escaqueé anoche...

—No me digas que no mereció la pena o pensaré que mis dotes de amante han caído en picado. —Vio cómo ella sonreía y la besó con pasión. Metió la lengua en su boca y la saboreó con verdadera devoción.

—¿Qué te parece si te ayudo a terminar esto y te llevo a casa?

—¿De verdad quieres ayudarme? Esto es un aburrimiento. —Se apoyó en su pecho mientras miraba los papeles con recelo.

—De verdad. No me importa... vamos a ver qué tenemos aquí.

A las cuatro, tras haber acabado todo el papeleo y después de haber comido algo, llegaron a la casa de Raúl. Cuando entraron a su habitación vieron a Martina con el pequeño Samuel dormidos en su cama.

—Creo que se han apoderado completamente de mi cama. —Alana sonrió al ver la escena. Era lo que conllevaba tener un bebé tan pequeño.

Raúl despertó a su hermana. Esta le explicó que el pequeño no dejó de llorar hasta que no se tumbó en su cama y se puso una camiseta suya. Cuando se acostaron, el pequeño Samuel empezó de nuevo a llorar en su cuna.

—¡No me lo puedo creer! Este niño va a terminar conmigo. Ya no sé lo que es dormir ocho horas del tirón.

—Es normal, durante seis meses solo te ha tenido a ti las 24 horas del día. —Él asintió y le cogió en brazos. El pequeño no dejaba de llorar, estaba muy inquieto.

—Trae, dámelo y quítate la camiseta.

—No creo que sea el momento... —bromeó mientras le daba al pequeño y se quitaba la camiseta.

Mientras, ella le quitó el pijama. Sonrió al ver que Raúl se tumbaba en la cama y la miraba con interés.

Puso al pequeño sobre el pecho de su padre y tras unos minutos se calmó y dejó de llorar.

—Se llama "piel con piel". Es un método que se usa con los recién nacidos, pero se puede seguir usando cuando son un poco más mayores.

Cuando consiguieron que Samuel se durmiese, Raúl le dejó en su cuna, se acostó y la abrazó. Ella no pudo más y se durmió escuchando el corazón de Raúl.

Se despertó con la claridad que entraba por el ventanal. Estiró la mano y notó la fría sábana contra su palma. Abrió los ojos y se dio cuenta de que Raúl y el pequeño no estaban.

Se vistió y bajó al salón donde le encontró sentado en el sofá leyendo el periódico.

—¡Buenos días, dormilona! ¿Qué tal has dormido?

—¡Buenos días! ¡De maravilla! ¿Qué hora es? —preguntó mientras se sentaba a su lado y le daba un rápido beso en los labios.

—Las once y media. No quería despertarte.

—Muchas gracias. Ayer estaba muy cansada. No sé qué me pasa últimamente que solo quiero dormir.

—Es normal. Con todo el ajetreo del restaurante... ¿A qué hora sales hoy de trabajar?

—Sobre las nueve y media... creo, ¿por?

Él sonrió, pero no dijo nada. ¿Qué estaría tramando? A ella no le gustaban las sorpresas. Las odiaba. Pero no preguntó. Se recostó sobre su pecho y empezó a leer el periódico que él sostenía.

A las doce se marchó a casa. Tenía que ver cómo estaba su abuela. La pobre estaría preocupada.

—¿Abuela? —Entró al salón y la vio intentando cambiar de canal.

—¡Hola, mi niña! ¿Qué tal? ¿Lo pasaste bien con Raúl anoche? ¿Podrías mirar qué le pasa a este chisme? ¡Yo creo que me odia!

—Sí, trae —dijo, mientras cogía el mando del televisor—. Lo pasé muy bien. Fuimos a comer y luego me vino a buscar al restaurante y fue todo un caballero. Puedes volver a respirar tranquila —aclaró, mientras intentaba que el mando funcionase.

—¡Me alegro de que estés tan contenta! ¡Ya era hora! —Su abuela la miró pensativa y burlona—. Pero recuerda, mi niña que, *por cien gramos de chorizo, cargas con el cerdo toda la vida.*

Alana soltó una sonora carcajada al oír aquella frase que tantas veces había escuchado a su abuela, dicha siempre con humor, con ironía.

Se sentó con ella en el sofá y estuvieron hablando durante un rato. Su abuela no podía parar de reír al contarle la cara que pusieron Raúl y Héctor al ver a su hermana bailar...

—Mi niña, voy a ir a ver a la tía Elvira unos días. Le están haciendo pruebas y quiero ir a ver si todo está bien.

—¿Quieres que te acompañe por si pasa algo? —Su tía Elvira llevaba un tiempo algo delicada y su abuela siempre iba a quedarse una temporada con ella para que estuviese bien.

—No, mi niña, no te preocupes. Tú quédate, que si pasa algo, yo te aviso. ¿No deberías de ir a cambiarte? Son casi las dos.

Alana saltó del sofá y subió las escaleras a toda prisa. ¿Qué le pasaba últimamente? Ella nunca llegaba tarde...

Se pegó una ducha rápida, se vistió y arregló un poco y salió corriendo hacia el trabajo.

En cuanto entró, vio a su amiga Candela en la barra, a Martina sirviendo mesas y a un chico, que dedujo que era el amigo de Mike, saliendo de la cocina con una bandeja llena.

—Si llego a saber que lo lleváis tan bien, no vengo —comentó sonriendo mientras Candela ponía los ojos en blanco.

—¡Anda!, no digas tonterías. Además, yo me voy ya. Necesito ducharme y dormir algo...

—No me digas que ayer merendaste mucho... —Alana empezó a reír. Su amiga estaba disfrutando de la compañía de Héctor, tanto o más que ella con Raúl.

—¡Uff! Me empaché de tanto merendar. Nena, me dejó sin palabras y mira que es difícil. —Alana no pudo contener una carcajada. Era muy complicado dejar sin palabras a la parlanchina de su amiga. Era todo un mérito.

Candela se marchó y la dejó con Martina y Anthony, que así se llamaba el amigo de Mike. Era un chico muy majo y se le veía encantado. A las cuatro y media los mandó a casa, ya que ella podía apañarse hasta la hora que volviese Candela.

Esa tarde no hubo mucho ajetreo. No vio a Raúl ni a su hermano por la terraza, ni tampoco recibió ningún mensaje... pero no le dio importancia. Pensó que estaría haciendo cosas y no podían estar hablando 24 horas al día si querían que la cosa saliese bien.

A las nueve llegaron Candela y Martina. El restaurante se estaba empezando a llenar y empezaron a servir las mesas sin parar ni un minuto.

—Alana... —La voz de Martina llamó su atención—. Fuera hay un hombre que pregunta por ti.

Alana se puso blanca como el papel. ¿Por qué había un hombre preguntando por ella? ¿Qué hombre?

Candela la empujó y salió con ella al ver que Alana no se movía del sitio. Cuando llegaron a la puerta vieron a un hombre vestido con uniforme de chofer que se presentó y dijo que venía a buscarla.

—Pásalo bien y haz todo lo que yo haría —susurró Candela mientras la empujaba para que entrase en el coche.

No entendía nada. ¿Dónde la llevaba ese hombre? ¿Qué había preparado Raúl? En ese momento bajó la vista y vio cómo iba vestida: unos pantalones vaqueros y una camiseta negra normal y corriente. ¿Qué iba a hacer? No podía presentarse así vestida y como no sabía hacia donde se dirigían tampoco podía hacer otra cosa.

Pasado un rato el coche paró. Alana miró al exterior, pero no reconocía el lugar donde estaba. Cuando el chofer le abrió la puerta, se encontró con un bonito hotel. ¿Qué hacía allí? ¿Quién la esperaba allí? ¿Y si no era Raúl? Empezaron a temblarle las manos. ¿Qué iba a hacer si no era Raúl quien la esperaba? ¿Cómo iba a salir de allí?

—Vaya a la habitación 318. Encontrará lo que debe de hacer allí. —El

chofer se despidió y la dejó en la puerta de aquel maravilloso hotel, temblando como una hoja.

Intentando calmarse, entró y fue a la recepción. Preguntó dónde estaba la habitación 318, y pocos minutos después estaba delante de la puerta con ese misterioso número. Con manos temblorosas metió la tarjeta y abrió la puerta.

Miró y no vio a nadie en la habitación. La luz era tenue y sonaba una dulce melodía. La decoración era rústica, sencilla... era una habitación preciosa.

Encima del tocador vio algo que llamó su atención. Se acercó y encontró una carta junto a una rosa amarilla. Cogió la carta y la abrió:

Encima de la cama tienes todo lo necesario para nuestra velada. Espero que estés preparada para pasar la mejor noche de tu vida.

No tardes.

R.

Alana sonrió mientras volvía a leer la carta. No podía creerlo. Aquel hombre había pensado en todo. Fue hasta la cama y vio un bonito vestido junto a unos zapatos.

Se metió corriendo en la ducha, intentó no mojarse el pelo, salió y vio sobre el lavabo una cestita con crema, maquillaje y unos pequeños frascos de colonia.

Se puso el precioso vestido. El color morado hacía resaltar sus ojos y el tono de su piel. Era ceñido en el pecho, pero con vuelo a la altura de la cintura. No era demasiado largo ni demasiado corto. Se puso los zapatos plateados y corrió a maquillarse. Solo se puso un poco de sombra, colorete y brillo de labios.

Salió para recoger su ropa, cogió la rosa que estaba todavía sobre el tocado y en ese momento se dio cuenta de que pasaba algo. ¿Cómo sabía que las rosas amarillas eran sus favoritas? ¿Cómo podía saber su número de pie y su talla...? ¡Candela...! La iba a matar.

Salió de la habitación y bajó a la recepción. Una de las recepcionistas, la acompañó hasta una puerta doble de cristal.

Detrás de la puerta, vio un bonito jardín iluminado con velas y pequeños farolillos y su mirada se posó en el cenador que había al final del camino.

Empezó a andar y cuando estuvo más cerca vio una bonita mesa

preparada para dos. A su lado, de espaldas, estaba Raúl vestido con un traje azul oscuro que le sentaba como un guante. Se tomó un minuto para observarle, pero él pareció darse cuenta y se giró.

La miró de arriba abajo con una intensa mirada en la que se reflejaban el deseo y la pasión. Estaba preciosa, como salida de un cuento.

Cuando llegó a su lado, sin decir ni una sola palabra, se acercó a sus labios y le besó. Ella dominó el beso, lo saboreó, disfrutó de él y cuando se separaron, ambos estaban sin respiración.

—Estás preciosa... pero te falta una cosa...

Alana le miró sorprendida. ¿Se había olvidado de algo? Repasó mentalmente lo que había en la habitación, pero no recordó nada.

Raúl se giró y cogió una cajita de terciopelo que descansaba sobre la mesa, la abrió y Alana le miró como si estuviese loco. Sobre el terciopelo descansaba una bonita y delicada pulsera de oro blanco y esmeraldas.

Raúl se la colocó en la muñeca y sonrió satisfecho mientras la repasaba con el dedo.

—Ahora sí que estás perfecta. —Alana miró la pulsera. No lo podía creer, no podía salir de su asombro.

—Es preciosa Raúl, pero no puedo aceptarla. Es demasiado. Apenas nos conocemos... no estaría bien. —Negó con la cabeza e intentó quitarse la pulsera.

—Para. Estate quieta, Alana. Quiero que te quedes con la pulsera. Es mi forma de darte las gracias por todo lo que has hecho y estás haciendo por mí. Y también por dejarme formar parte de tu vida y por entregarte a mí sin reparos. —Sin dejarla contestar la besó y el beso hizo que Alana se olvidase de todo lo que estaba pensando.

Pasaron una tranquila velada. Hablaron, rieron y recordaron momentos felices.

Raúl le contó cómo había sido su vida desde que se había hecho cargo de Samuel. Lo angustiado que se sentía cuando el pequeño no dejaba de llorar y la alegría que sentía cada vez que le veía reír.

Alana, por su parte, le contó lo caótico que fue montar el restaurante. Pensaron que nunca acabarían y tres años después no podían creer lo que habían conseguido. Le habló de su abuelo y de lo importante que había sido para ella.

Cuando sirvieron el postre, Alana miró sorprendida al camarero. Solo

había llevado un plato y una cuchara.

—Ven, acércate. —La voz de Raúl era sensual, profunda.

Se acercó y se sentó encima de él. Raúl le dio a probar la mousse de chocolate blanco. Alana gimió cuando descubrió todos los sabores que escondía el plato. Estaba buenísimo.

Cogió una de las frambuesas que decoraban el plato y se la dio a Raúl que la masticó tranquilo y cuando Alana se aseguró de que ya no tenía nada en la boca, le besó, lamió, mordió y sintió cómo Raúl la apretaba contra él para que no se apartase. Disfrutaron así del postre, dándose de comer el uno al otro y probando de sus labios.

Tras haber disfrutado de una maravillosa velada, dieron un paseo por los jardines del hotel. Hablaron tranquilamente de cosas sin importancia, algo que a Alana le encantaba hacer. Se sentía a gusto, tranquila, feliz...

—¿Nunca has pensado en sacar provecho a tu título?

—La verdad es que durante un tiempo sí que lo pensé, pero luego la terraza empezó a funcionar y lo fui dejando. No sé si algún día trabajaré en ello, pero me gustaría.

Hablaron durante un rato sobre ello, sobre historia y literatura. Él descubrió que a ella le encantaban los clásicos y que le apasionaba hablar de esos temas.

Se sentaron en un banco a contemplar la luna. Alana se acercó a él y le abrazó. No sabía cómo agradecerle esa noche. Hacía tiempo que no estaba tan a gusto.

—Quiero hacerte una propuesta. —La voz de él sonaba ronca.

Alana le miró con interés. ¿Una propuesta? ¿Qué clase de propuesta?

—Me dijiste que habías estado viviendo en Estocolmo y que sabes hablar sueco, ¿no?

Las entrañas de Alana se encogieron. No sabía qué iba a pedirle, pero la cosa no iba muy bien.

—Sí, sé hablar sueco... —Empezó a darle vueltas a todos los pensamientos que la atormentaban desde hacía tiempo.

—Tengo que ir a revisar un proyecto allí. Serán solo dos días, pero necesito un traductor y quería saber si me acompañarías.

Se relajó en sus brazos. ¿Cómo podía seguir atormentándola su pasado después de tres años? Simplemente oír el nombre de esa ciudad y se estremecía de pies a cabeza.

—No sé si... —Agachó la cabeza y una lágrima rodó por su mejilla.

—¡Eh, no llores! Preciosa, no pasa nada. Si no estás preparada buscaré un traductor, pero no quiero verte llorar.

Ella negó con la cabeza, se tragó las lágrimas y murmuró:

—No. Está bien. Te acompañaré. No puedo huir de mi pasado siempre.

—No quiero que lo hagas si no estás segura, ¿vale?

Alana asintió y se estremeció de nuevo. Él la abrazó más fuerte. Quería que se sintiese segura. Era su noche. No debería haber dicho nada.

—¿Quieres que vayamos a la habitación? Es tarde y empieza a hacer frío.

—¿Pasaremos aquí la noche?

—¡Claro, preciosa! Te dije que pasarías la mejor noche de tu vida y tan solo acaba de empezar.

La besó apasionadamente. La pegó a su cuerpo y la saboreó con verdadera pasión. Mordisqueó sus labios y se estremeció al oírla gemir.

Durante el trayecto a la habitación, se besaron en cada sitio que pudieron, disfrutaron de sus caricias, de sus palabras y de todas las sensaciones que provocaban el uno en el otro.

Entraron en la habitación y Raúl la presionó contra la puerta. Besó su cuello con ferocidad, con pasión, y presionó las caderas contra las suyas para que comprobase lo que despertaba en él.

—Hoy vamos a hacer algo diferente —propuso, mientras la llevaba al centro de la habitación.

Lo miró sorprendida. ¿Algo diferente? ¿Qué sería? Miró a su alrededor mientras él buscaba algo en el armario. Sacó un pequeño neceser negro, lo abrió y cogió algo que ella no llegó a ver.

Se acercó despacio, devorándola con la mirada. Ella empezó a sentir cómo todo su cuerpo respondía a su mirada. Sintió cómo el pecho le pesaba y los pezones se le endurecían.

Cuando llegó prácticamente a su lado dejó resbalar por sus dedos un pañuelo de seda negro, lo levantó y se lo mostró.

—¿Confías en mí?

Le miró durante un instante. ¿Confiaba en él? En ese momento se dio cuenta de que confiaba plenamente en él y eso hacía que aflorasen diferentes sentimientos y miedos en su interior.

—Sí, confío en ti.

Él sonrió, acortó la distancia que les separaba y la besó con fervor, devorando sus labios, saboreándola como si fuese la última vez.

—Date la vuelta —susurró, mientras besaba dulcemente su cuello.

Giró sobre sus talones despacio. Tembló al sentir su respiración contra el cuello. Cuando le dio la espalda por completo, él le apartó el pelo despacio, besó su nuca y bajó dando suaves y delicados besos hasta la cremallera del vestido. Lo bajó lentamente hasta que el vestido cayó a sus pies. Raúl casi se quedó sin respiración al ver que Alana solo llevaba un tanga de encaje blanco.

La rodeó con los brazos, subió las manos hasta sus pechos y pellizcó con delicadeza uno de los pezones poniéndolo más enhiesto todavía.

—Mmm, sin sujetador. Me gusta —ronroneó mientras la besaba y mordisqueaba el cuello.

Se arrodilló detrás de ella, besó la parte baja de su espalda y con delicadeza se deshizo del único trozo de encaje que se interponía entre ambos. A continuación, le dio un jugueteón mordisco en el culo. Ella se sobresaltó y gimió. Estaba cardíaca. Si seguía provocándola así, no sabía qué iba a hacer. Sentía la humedad de su sexo mojóndole los muslos y casi ni la había tocado. Ese hombre era su perdición.

—Si en algún momento quieres parar, si no te sientes cómoda, dímelo y pararé.

Ella asintió, pero él insistió para oírsele decir. Tenía que estar seguro.

—Si no me siento cómoda o quiero parar, te lo diré —balbuceó casi sin aliento.

La besó por última vez el hombro y le vendó los ojos.

—Preciosa —murmuró, mientras la contemplaba.

La llevó hasta la cama y la ayudó a acomodarse. Cuando se aseguró de que estaba en la posición correcta, se alejó y la contempló. En ese momento, llamaron a la puerta y vio cómo Alana se tensaba de pies a cabeza.

—Tranquila. Es el servicio de habitaciones. Nadie te verá, te lo aseguro preciosa.

Abrió la puerta y comprobó que le habían traído todo lo que había pedido. Cuando estuvo seguro cogió el carro y le dio una propina al camarero.

Depositó varios cuencos en la mesilla y la volvió a mirar. Estaba exquisita, indefensa, a su merced. Tumbada en la cama con las piernas

abiertas en su justa medida y con los brazos en cruz, esperándole, deseándole.

Se desnudó con celeridad y se sentó en la cama. Le besó el pecho izquierdo y mordisqueó el pezón con delicadeza. Estaba duro, erecto... se tomó su tiempo besando, lamiendo y disfrutando de sus pechos. Cada vez que pasaba la lengua por uno de sus pezones sentía cómo ella resoplaba y se retorció de placer.

Cogió uno de los cuencos y metió un dedo para comprobar que no quemaba. Estaba derretido, templado, a la temperatura adecuada para que no le hiciese daño. Vertió un poco de chocolate negro sobre su pecho y se agachó y lo lamió. Saboreó el mejor de los manjares: el sabor intenso del chocolate mezclado con el dulce sabor de Alana.

Ella chilló mientras mordisqueaba su pezón con más fuerza y tiraba un poco de él. Deslizó una mano hasta su sexo e introdujo un dedo comprobando que estaba empapada, caliente y muy excitada. Se lo llevó a la boca y lo saboreó.

—Mmm, todavía mejor. ¿Quieres probar?

—Sííí, por favor —gimió, mientras él se acercaba a su boca y la besaba.

Sabía a chocolate negro y a su excitación. Enterró las manos en su pelo y tiró de él.

—¡No, no! Deja las manos como las tenías —susurró él mientras le besaba los brazos.

Durante un rato la provocó, la incitó, la preparó y cuando sintió que ya estaba preparada se colocó entre sus muslos y derramó un poco de leche condensada sobre su sexo. Ella gimió y se mordió los labios, imaginando lo que venía a continuación.

Se agachó y la sujetó por los muslos antes de enterrar su boca en el centro de su deseo y chupó, lamió y jugó con su clítoris.

—¡Diiios, Raúl! No sé si voy a poder aguantar. Estoy tan cerca —gimoteó mientras se tensaba al borde del orgasmo.

—¿Quién te ha dicho que no puedes correrte, preciosa?

Volvió a enterrar la cara entre sus muslos y rodeó su clítoris con la lengua, mientras introducía dos dedos presionando con ellos ese punto tan sensible de su interior. Con esa simple acción, Alana se catapultó a un fantástico y colosal orgasmo que la dejó sin palabras.

—Mmm, deliciosa —ronroneó, mientras la saboreaba.

Avanzó a través de sus muslos y le besó el estómago. Recorrió sus

costillas con la lengua y se deleitó observando cómo se erizaba su piel. Sabía que, al tener los ojos vendados, el resto de sus sentidos aumentaban su sensibilidad. Besó desde su cuello hasta su mandíbula y cuando llegó a los labios metió un dedo en el chocolate blanco y los pintó con él. Después los lamió despacio, recorriendo con su lengua sus carnosas formas hasta que no quedó nada de chocolate. Cuando estuvo satisfecho, la besó con vehemencia, deslizando su lengua en el interior con posesión. Esa noche mandaba él y se lo estaba demostrando de todas las maneras.

—¡Raúl, por favor! ¡Necesito sentirte! ¡Lo necesito! — gimió, pegada a su boca.

—Si lo necesitas, preciosa, no tendrás que pedirlo más.

Cogió el condón que tenía preparado en la mesilla y se lo puso rápidamente. Condujo su pene hasta la húmeda y cálida entrada de ella y se hundió en su interior profundamente.

Ambos gimieron de placer. Alana llevó las manos a su espalda y lo arañó con suavidad. Él empezó a acelerar sus arremetidas y cuando sintió que Alana le apretaba con ansia, mordió su cuello, lo que hizo que ella gritase su nombre con placer y lo abrazase con más fuerza.

—¡Quítame el pañuelo! Necesito verte —pidió con ferocidad cuando ya no aguantaba más.

Él redujo la intensidad de sus acometidas y le quitó el pañuelo. Ella parpadeó un par de veces hasta que se acomodó a la luz tenue que alumbraba la habitación, sonrió y se acercó a su boca para lamer el chocolate que tenía en los labios.

—¿Luego podré jugar yo? —preguntó, mientras le rodeaba con las piernas y levantaba las caderas.

Él sonrió y aceleró sus estocadas.

—Podrás jugar hasta saciarte —murmuró antes de meterse uno de sus pechos en la boca.

Ambos gimieron cuando sus caderas chocaron. Estaban al borde del orgasmo. Raúl sujetó las manos de Alana por encima de su cabeza y empezó a entrar más deprisa.

Tenía mucho calor. Sintió cómo se tensaba de pies a cabeza a medida que él la embestía. Cada vez estaba más cerca, cada vez más sensible.

—¡Ahora, preciosa!

Esas dos palabras susurradas al oído le sirvieron para alcanzar el mejor

orgasmo que había tenido hasta el momento. Gimió y chilló como loca mientras succionaba y bombeaba hasta la última gota que Raúl le entregó.

Este cayó desplomado encima de ella con la respiración entrecortada.

Ha sido... —murmuró él, mientras rodaba en la cama y permitía que ella se colocase encima.

—... Colosal —terminó por decir ella mientras se desplomaba sobre su pecho.

Alana se perdió en el latido de su corazón. No sabía cuánto tiempo llevaban así, pero le daba igual. Estaba la mar de cómoda.

—¿Te apetece que nos duchemos? Estamos pringados de chocolate y sudor —ronroneó él mientras la cogía por las caderas.

—Mmm, no —bisbiseó a su vez ella, mientras se ponía encima de él y le besaba despacio.

Raúl pasó los dedos por sus costillas y ella pegó un brinco y soltó una pequeña carcajada. Él volvió a pasar los dedos, pero esta vez con más intensidad y ella se retorció entre sus brazos y empezó a reírse.

—¡No me lo puedo creer! ¿Tienes cosquillas? —preguntó él mientras recorría su costado.

—¡Sí! Para, Raúl para... —gemía ella entre risas. Él la agarró de la cintura y la tumbó boca abajo. Se apoyó en sus antebrazos y la miró. Cuando la respiración de ella se volvió regular, la besó con pasión. Aquella mujer era todo un mundo por descubrir.

—Creo que esta vez iba a mandar yo... —comentó fingiendo un puchero — y estar bajo tu cuerpo es muy cómodo, pero no es justo...

—Vale, vale... seré dócil y bueno —contestó él con una sonrisa socarrona. De repente, la cogió por las caderas y volvió a colocarla a horcajadas sobre él.

—Ahora sí —sentenció Alana con una sonrisa en los labios—, ahora te vas a estar muy, muy quieto —susurró junto a su oído y le dio un pequeño y suave mordisco en el lóbulo.

Cogió sus manos y las quitó de sus caderas, las extendió y le dejó como él la había colocado a ella al principio. Miró hacia la mesilla y vio los cuencos. Sonrió y metió un dedo en el chocolate negro y se lo llevó a la boca. Lo chupó y saboreó con gusto bajo la atenta mirada de él.

—Eres mala...

Ella sonrió y volvió a meter el dedo en el bol. Esta vez, untó el chocolate

en sus labios y después lo fue retirando con su lengua. Mordió su labio inferior suavemente y tiró de él. Raúl gimió y movió las manos de la posición en las que ella le había colocado.

—No. Si mueves las manos, se acabó el juego...

Él colocó las manos donde las tenía y apretó los dientes. Alana cogió el bol de la leche condensada y vertió un poco por su pecho. Empezó a chuparlo y lamerlo despacio hasta que no quedó ni rastro de ella. Subió hasta su cuello donde mordió suavemente en la zona donde se marcaba su pulso.

Sintió cómo el miembro de él empezaba a crecer entre sus piernas. Sonrió para sus adentros. Cogió el chocolate blanco e hizo un camino que iba desde su torso hasta su cadera. Fue pasando su lengua hasta que llegó a la punta de su erección. Se la metió en la boca y la saboreó despacio. Le sintió temblar y despacio se la metió entera hasta que rozó el principio de su garganta.

—Se acabó el juego. —Raúl la cogió entre sus brazos y la sentó encima de él introduciéndose despacio en su interior. Los dos jadearon de placer.

Después de ese tórrido encuentro y cuando sus respiraciones se tranquilizaron después del orgasmo, Alana levantó la cabeza de su pecho.

—Ahora me parecería perfecta esa ducha.

Él rio y la llevó en brazos hasta la ducha. Una vez allí volvieron a disfrutar de las caricias, de los besos y de la pasión.

A las seis de la mañana, tras una noche pasional y tremendamente dulce, cayeron en la cama derrotados.

—Espero que haya sido la mejor noche de tu vida —dijo él mientras besaba la punta de su nariz.

Alana le miró pensativa y dijo:

—La mejor, la mejor... no sé... —Pero no pudo aguantar la risa cuando vio la cara del pobre Raúl—. Era broma. Ha sido una noche colosal y la mejor de mi vida, guapetón.

Él sonrió y la abrazó con fuerza. Estaba feliz de verla descansar entre sus brazos. No podía pedir más.

15

Se despertó al sentir cómo se levantaba Alana de la cama. Abrió un poco los ojos y la vio entrando en el cuarto de baño. Aquella mujer era preciosa, un soplo de aire fresco. Cada vez que la tenía cerca, su corazón latía desbocado y eso le asustaba.

Se sentó en la cama y pidió el desayuno al servicio de habitaciones. Cuando la vio salir del baño sonrió, al ver cómo ella se sonrojaba.

—Buenos días, preciosa —dijo cuando ella se tumbó en la cama.

—Buenos días, cariño.

Era la primera vez que le llamaba así y le encantó, pero vio que ella endurecía el gesto mientras se intentaba tapar con la sábana.

—¡Ehh! ¿Qué pasa, preciosa? —preguntó, mientras apartaba la sábana y la abrazaba.

—Nada... no debería llamarte así. No somos pare....

No pudo terminar la frase. Él la besó con fervor, intentando acallar los miedos y dudas que ambos tenían.

—Vamos hacer una cosa, ¿vale? —Alana asintió mientras se apoyaba en su pecho—. Vamos a disfrutar de la mañana. En un par de minutos traerán el desayuno, después, creo que voy a demostrarte cómo se empieza bien el día. —Sintió cómo sonreía y le daba un pequeño mordisquito—. Y luego, disfrutaremos del resto del día juntos, sin pensar, sin miedos, nada más que tú y yo, ¿te parece bien?

—Me parece fantástico, pero hay una parte que no has formulado bien.

Él la miró arqueando una ceja, ¿qué tramaría ahora? Alana se sentó a horcajadas sobre él y le besó. Cuando se separó, ambos estaban sin respiración. Entonces cerca de sus labios, susurró:

—La que te voy a demostrar cómo se empieza bien el día voy a ser yo, principito.

Él se rio, divertido, se metió uno de sus pezones en la boca, mientras recorría con sus manos la espalda de Alana. Tenía la piel muy suave, le encantaba su tacto.

Cuando la cosa parecía ponerse interesante, llamaron a la puerta.

Alana soltó una carcajada, le dio un corto beso en los labios y se puso de pie.

—Este debe de ser nuestro desayuno.

—Hay una bata en el armario —murmuró él contrariado, mientras se encaminaba hacia el baño.

Mientras Alana disponía el desayuno en la habitación, él llamó a su hermano para ver cómo estaba el pequeño Sam.

—¿Qué tal la noche, briboncete? —preguntó su hermano entre risas.

—Muy bien, ¿y la vuestra? ¿Qué tal con Samuel?

—Bien. Ha dormido del tirón. Llevamos desde las ocho viendo Toy Story, está hipnotizado viendo esa película, pero en cuanto acaba se pone a gimotear. Creo que si vuelvo a escuchar la frase “hasta el infinito y más allá” me sangrarán las orejas.

Raúl soltó una carcajada. A su hijo le encantaba esa película, no sabía por qué, pero siempre que la veía se quedaba embobado.

—Sí, sí ríete, pero creo que no volveremos a tener el poder sobre la televisión.

—Tranquilo, volveremos antes de comer, ¿podrás aguantar?

—Creo que sí, pero si esto acaba conmigo, prométeme que disfrutarás por mí.

—Anda, no digas tonterías. Tengo que colgar. Que no se te olvide darle la pomada cuando le cambies el pañal.

—Tranquilo superpapá, que no se me olvida.

Se despidió de su hermano y volvió a la habitación, pero esta estaba vacía. Se giró y la vio preparando el desayuno en la terraza.

—Hace un día precioso y he pensado que estaría bien desayunar al aire libre.

—¡Perfecto! —Se sentó a su lado y se metió una uva en la boca, mientras la miraba. Estaba guapísima, relajada... parecía contenta.

Desayunaron tranquilamente, disfrutaron de la comida, de la conversación y de todo lo que aquel sitio podía ofrecerles.

Cuando acabaron de desayunar, Alana le llevó hasta la habitación, esperó a que se tumbase en la cama, se acercó al reproductor de música y lo toqueteó hasta que empezó a sonar la canción que quería.

Se acercó a la cama despacio, contoneando las caderas, se sentó encima de él y le empezó a besar el pecho. Recorrió su cuello y cuando llegó a la

altura de su oído, susurró:

—¿Preparado para empezar bien el día?

Tuvo que tragar saliva para poder contestarle, pero cuando lo iba a hacer, ella se apoderó de su boca con pasión.

Supo inmediatamente que jamás olvidaría ese día.

16

Cuando llegaron a casa de Raúl, encontraron una estampa muy divertida. El pobre Héctor pringado de puré, el pequeño Sam en su trona manchado hasta las cejas jugueteando con el plato, y a Candela y Martina desternillándose de la risa en el sofá.

—¡Gracias a dios que llegáis! Esto es imposible...

—Trae, anda, voy a cambiarle y a darle de comer. Tampoco es tan complicado —murmuró Raúl mientras cogía al pequeño.

—No es complicado para ti, ¿tú has visto cómo me ha puesto? Voy a meterme en la ducha... Y tú, risitas —dijo Héctor señalando a Candela—, te vienes conmigo.

Ambos salieron del salón entre risas y cuchicheos. Alana no podía dejar de reír, aquella casa era un show continuo.

—Trae, yo le cambio y recojo esto mientras dejáis las cosas arriba —dijo Martina mientras cogía a Samuel y se encaminaba al cuarto de baño.

—¿De verdad? ¿No te importa? — Raúl parecía sorprendido.

—Para nada. Es mi sobrinito y a mí me suele poner las cosas más fáciles que al fanfarrón de su tío.

Subieron a la habitación y dejaron las cosas. Raúl se cambió rápidamente mientras ella le contemplaba sentada en la cama.

—¿Por qué te sorprende tanto la actitud de Martina?

—Porque ella no era así antes. Era tímida, retraída con todo el mundo. Desde que murió mi padre lo dejó todo y se centró en que mi madre no estuviese sola, pero desde que está aquí parece una persona nueva.

—Es normal. No puede vivir siempre bajo la protección de tu madre. Le ha venido bien venirse con vosotros.

Continuaron hablando del tema durante un rato. Pasaron una tarde divertida viendo Toy Story, una y otra vez, y charlando. Ver a Raúl con el pequeño Samuel cada vez le gustaba más y le encantaba ver cómo la miraba cuando ella cogía al pequeño.

Cuando cayó la noche, Alana se marchó a su casa. Raúl no estaba muy de acuerdo, pero le dio igual. No podían estar todo el día juntos. Además,

aunque su abuela no estuviese, tenía que hacer cosas en casa y sacar a la pobre Lúa.

Cuando llegó a casa preparó algo de cena y se sentó frente al televisor a ver *House*. Le encantaba esa serie... pero a mitad del capítulo, el sueño la venció.

En mitad de un prometedor sueño, su móvil comenzó a sonar. Lo buscó a tientas y lo cogió.

—Síí...

—Buenos días, bella durmiente, siento perturbar tu sueño, pero tenías que estar aquí hace veinte minutos.

Alana abrió los ojos de par en par y saltó del sofá. Se había dormido. Le dolía el cuello horrores y tenía que ir volando al trabajo. Se vistió y salió corriendo de casa. Cogió el coche y en cinco minutos llegó al restaurante.

—Perdóname, Candela. No sé qué me pasa últimamente...

—Yo sí sé qué te pasa. Haces demasiada actividad física y eso, querida amiga, pasa factura —contestó su amiga mientras se reía.

La mañana pasó deprisa. No pararon ni un minuto. A la una y media, Alana se sentó en un taburete y se abrió una Coca-Cola. Empezó a charlar con Candela de su idea para las noches de baile, pero cuando su amiga iba a contestar, miró hacia la puerta y abrió los ojos.

—¡Anda!, si acaba de entrar por la puerta la panda de los *hellboy's*.

Alana se giró sorprendida y vio entrar a Héctor y a Raúl acompañados por tres hombres más, todos vestidos de traje, impecables, con aspectos duros e inalcanzables.

Mientras Héctor y los tres misteriosos hombres se sentaban, Raúl se acercó a ella con el pequeño Sam en brazos.

—Hola, preciosa —murmuró antes de besarla.

—Hola, guapetón.

Cogió al pequeño en brazos y lo achuchó. Samuel empezó a jugar con los mechones de su pelo.

—Ven, que te presento. —Raúl tiró de ella y la llevó hasta la mesa donde estaba su hermano y los demás.

Los tres hombres la miraron de arriba a abajo y ella hizo lo mismo. Eran muy atractivos. Dos eran morenos, uno más corpulento y con cara de mala leche y el otro tenía una constitución normal. El tercer desconocido era rubio con los ojos verdes, más claros que los suyos.

—Chicos, os presento a Alana, mi novia —dijo, mientras la atraía hacia su cuerpo.

Esas palabras cayeron sobre ella como un cubo de agua helada.

—Ellos son Tomás... —El joven rubio le sonrió—, Rafael y Mateo. — Los otros dos hombres la saludaron.

—Por eso has pedido tú la excedencia. No es que estuvieras agobiado, es que tenías a esta preciosidad esperándote —dijo Tomás.

—Encantada. —Alana sujetó mejor al pequeño. Le temblaban los brazos. Había dicho que era su novia... ¡su novia!

—Siento desilusionaros chicos, pero la conocí después de llegar.

Hablaron durante un rato. Parecían majos. Tomás era el constructor de la empresa donde trabajaba Raúl. Rafael y Mateo eran arquitectos, como él.

Pero toda la magia se rompió cuando Rafael dijo:

—¿Y qué vas hacer con Elena? Te está buscando como loca. Está muy arrepentida.

Alana miró a Raúl levantando una ceja. ¿Quién narices era Elena? ¿Y por qué le buscaba?

—¿Quién es Elena? —preguntó algo molesta.

—Su exprometida. ¿No te lo había contado? —las palabras de Rafael la dejaron helada.

¡Exprometida! ¿De verdad aquello estaba pasando? No podía creerlo. Dejó a Samuel y cuando Raúl fue a cogerla de la muñeca ella se soltó y susurró mientras se giraba:

—Os tomará nota Candela. Mi cupo ya está cubierto por hoy.

Salió volando del restaurante. Raúl le envió varios mensajes y no dejaba de llamarla, así que apagó el móvil. Necesitaba estar tranquila.

Cuando entró por la puerta de su casa, la calma le invadió. Olía a galletas recién hechas. Entró en la cocina corriendo y vio a su abuela canturreando, mientras sacaba las galletas del horno.

—Hola, mi niña. ¿Qué tal todo por aquí? ¿Me echaste de menos?

—¡Abuelaa! Muchísimo. La próxima vez te acompañaré —contestó Alana mientras la abrazaba.

El abrazo de su abuela la reconfortó. Era lo que necesitaba. Era su salvavidas.

—Abuela, ¿qué te parece si vamos a pasar el día a la ciudad?

—¡Me parece perfecto, mi niña! Además, tengo que ir a hacerme algo en

estos pelos —dijo Concha mientras se toqueteaba el pelo.

—Pues no se hable más. Coge tu bolso y vámonos.

Su abuela la miró un poco extrañada. ¿Por qué tanta prisa?

—¿Ocurre algo, mi niña?

—Para nada, abuela. Todo va como la seda. Pero te he echado de menos y me apetece pasar el día contigo.

Su abuela se creyó sus palabras. ¿Qué más podía hacer? Media hora después llegaron a la ciudad, comieron tranquilamente y charlaron sobre los días que su abuela había pasado fuera.

—Hablé con tu tía Manuela.

—¿Qué tal está? ¿Todo bien en la isla?

Su tía Manuela vivía en la isla de Santa Lucía, una bonita isla situada en el Caribe. Conoció a su marido en unas vacaciones, lo dejó todo por amor y se fue a vivir a aquella pequeña isla hacía ya veintidós años. Era feliz allí y qué más podía pedir.

—Vendrá dentro de poco. Quiere que la acompañe a Madrid. Tu prima Clara dará a luz dentro de poco, y tu tía quiere que esté allí cuando nazca mi primera bisnieta.

—¡Oh! Es verdad. Luego podemos comprar algunas cosas para la niña y si no hay mucho ajeteo en el bar, os podría acompañar.

—Eso sería fabuloso y a tu tía le encantaría.

Durante un rato hablaron sobre bebés, tomas de leche y falta de sueño.

Por la tarde, después de salir de la peluquería, visitaron varias tiendas de ropa de bebé. Todo era diminuto. Compraron varios conjuntitos para la pequeña Ainara, pero cuando Alana vio un trajecito marinero, se encaprichó con él y lo compró. Por muy cabreada que estuviese con Raúl, Samuel no tenía la culpa y ese traje le había robado el corazón. Estaba segura de que estaría guapísimo con él. También compró un muñeco de Perdigón, el caballo de la película que volvía loco al pequeño.

Sonrió al recordar las palabras que había susurrado Raúl a su oído mientras veían la película el día anterior:

—Hasta el infinito y más allá, pequeña.

Rápidamente se quitó ese pensamiento de la cabeza. No quería pensar en él.

Cuando llegaron a su casa se encontró a Raúl sentado en el banco que había en el jardín.

—Abuela, ¿por qué no dejas las cosas dentro? Ahora paso y preparamos la cena.

—Vale, mi niña. Hola, muchachote. —Raúl la saludó, y la mujer entró a la casa mientras canturreaba.

Alana suspiró y le miró mientras achinaba los ojos.

—¿Por qué no me cogías el móvil?

Se echó a reír. ¿De verdad le estaba preguntando aquello?

—Porque no me apetecía hablar contigo, ¿te vale como respuesta?

—No, no me vale. No tenías por qué desaparecer así.

—No, ¿y qué querías que hiciese?, porque lo que me apetecía en ese momento era darte un sartenazo.

Levantó la mano cuando iba a contestar y prosiguió:

—Primero, de buenas a primeras me presentas como tu novia delante de tus amigos, ¿y si yo no quiero ser tu novia?

—¿No quieres serlo...? —preguntó él, mientras su gesto se descomponía.

—Déjame terminar, por favor —cortó Alana tajantemente—. Y luego me entero de que hay una exprometida tuya que te anda buscando sin consuelo. No sé qué tenía más gracia, si lo primero o lo segundo, porque la situación era de lo más surrealista.

Cogió aire y cerró los ojos. No sabía si lo que iba a decir era una buena idea, pero le daba igual.

—Y sí, sí quiero ser tu novia, atontado. Claro que quiero, pero me gustaría que me informases de esas cosas antes de proclamarlas a los cuatro vientos.

Según terminó la frase, Raúl se acercó y la besó. Ella se dejó besar, se dejó llevar...

—Te prometo que te explicaré lo de Elena, pero tengo que ir a por Samuel ya, Mercedes se marchará en pocos minutos y mis hermanos no están...

—¿Por qué no os quedáis a cenar en casa?

Alana le acompañó a por el pequeño, conoció a Mercedes que resultó ser una mujer encantadora y parecía que adoraba a Samuel.

Regresaron, y cuando entraron en la casa de Alana, olía de maravilla y sus estómagos rugieron, pero cuando oyó a su abuela cantar, se estremeció.

—¡Ay, dios...!

—¿Qué pasa, preciosa?

Alana se encaminó hacia la cocina seguida de Raúl. Cuando entró, vio a su abuela cantando *Habaneras de Cádiz*, mientras lloraba sosteniendo una foto en sus manos.

Conmovida por su abuela, Alana se acercó y empezó a cantar con ella:

*Verán que tengo mi alma en La Habana
no se me puede olvidar,
canto un tango y es una habanera,
la misma manera
tan dulce y galana y el mismo compás.
Por la parte del Caribe así se escribe
cuando una canción de amores, canción tan rica,
se la dedican los trovadores
a una muchacha o a una ciudad...*

Abrazó a su abuela y le quitó la foto de las manos.

—Ya está mi viejita, no llores, iremos pronto, te lo prometo.

—Lo sé, mi niña, pero tu tío me mandó esta foto y me hizo recordar. Mira qué feliz estaba aquí mi viejito. ¡Le echo tanto de menos! —Miró a Raúl y sonrió amargamente. El pobre no entendía nada—. Ven, siéntate muchacho y déjame que coja a ese precioso niño y te lo contaré todo.

Alana se acercó a la lumbre y apagó el fuego. Calentó el potito de Sam y se sentó con ellos a la mesa. Empezó a dar de cenar al pequeño que estaba sentado en las rodillas de su padre, mientras Raúl escuchaba atento a su abuela.

—Este que está aquí —dijo su abuela señalando al hombre que aparecía en la foto—, es mi viejito. Esta chiquita que está sentada en sus rodillas soy yo y estos de aquí son mis hermanos y mi madre. —Su abuela sonreía mientras miraba la foto con nostalgia—. Mis padres se enamoraron en el año 1940. Mi madre acababa de llegar con su familia de Cuba. Habían emigrado buscando trabajo y cuando llegaron a Cádiz, el mismo día que desembarcaron, mis padres se conocieron, se enamoraron y se casaron poco después. Un año después, llegué yo y dos años después, mis hermanos. Pasamos aquí la infancia. Yo era la niña de papá. Él me consentía y me quería con locura. Cuando cumplí diez años, nos fuimos todos a Cuba y no

volví a España hasta que cumplí los diecisiete, que vine a pasar un verano y fue cuando conocí a mi Matías. Aquel hombre me encandiló. Aquel gaditano me robó el corazón y nunca más volví a mi Cuba. Dejé allí a mi viejito, a toda mi familia... lo dejé todo por amor. —Concha tuvo que callar para impedir que las lágrimas saliesen otra vez de sus ojos.

—La abuela —continuó el relato Alana—, viajó con mi abuelo varias veces a Cuba para ver a su familia, pero cada vez que iba, se le hacía más difícil dejar a su viejito y por eso, unos años después de tener a mi tía Manuela, su padre le prohibió que volviese. No podía verla sufrir cada vez que se despedían. Él también sufría, decía que cada vez que ella estaba allí, su corazón volvía a latir, pero que también sufría sabiendo que pronto se marcharía. —Alana sujetó la mano de su abuela que volvía a llorar desconsolada—. Siempre que se marchaba de vuelta a España, él le decía que lo entendía, que su corazón estaba dividido, tenía dos amores, uno en La Habana y otro en Andalucía, pues a él le ocurría lo mismo. Ese mismo año, su viejito murió. —Su abuela le apretó la mano y ella guardó silencio.

—Desde que escuché por primera vez la canción “Habaneras de Cádiz”, supe que de alguna manera era un regalo de mi viejito. Y esa es mi historia, muchacho, una gaditana con su alma en La Habana y su corazón en Andalucía.

Concha se levantó y empezó a servir tres platos de sopa.

—Es una historia preciosa, Concha. Estoy seguro de que su padre estaba feliz sabiendo que usted había encontrado el amor al lado de Matías. Él también dejó su tierra y se fue con su amor.

—Sí, al lado de mi Matías fui feliz durante cuarenta y dos maravillosos años y me dio a lo que más he querido en este mundo, a mi otro Matías y a mi Manuela, y ahora mis dos hombres están con mi viejito cuidando de nosotras.

Una lágrima cayó por la mejilla de Alana. Él la detuvo con el pulgar y le tocó la cara con dulzura. Para ella, era duro oír hablar de su padre...

—Bueno... se acabaron las penas. Poned la mesa que esto ya está, ¿has probado alguna vez el ajiaco?

—No, nunca lo he probado, ¿qué es? —preguntó, mientras dejaba a Samuel en su carro y ayudaba a Alana con la mesa.

—Es una sopa cubana, la preferida de mi viejito. Lleva carne, maíz, boniato... está muy rica, ya lo verás.

Se sentaron a la mesa y charlaron animadamente. A Raúl le encantó la sopa y eso llenó de orgullo a Concha, que ya parecía más contenta. Hablaron sobre su tierra, sus hermanos y lo duro que había sido dejar ir a su hija, pero no podía hacer otra cosa. Ella lo había hecho igual y cuando Manuela le dijo que se marchaba, entendió el dolor del que hablaba su padre. Ese día, un pedacito de corazón se fue con su hija y cuando el destino le arrebató a su hijo, otro muy grande se fue con él.

Él les habló de Sofía, su madre biológica, y le explicó a Concha que Héctor y Martina no eran sus hermanos de sangre. La mujer aplaudió la decisión de Isabel y Fermín de adoptarlo y tratarlo como a su hijo.

Alana estaba encantada de que él también se abriera y hablase de su pasado, eso la conmovía.

Acabaron de cenar y recogieron la mesa. Concha les propuso quedarse un ratito con Samuel que dormía plácidamente en su carro para que ellos diesen un paseo por la playa.

Ellos aceptaron encantados. Raúl todavía tenía que explicarle quién era Elena y qué estaba pasando.

Caminaron por la playa cogidos de la mano. Alana se había quitado los zapatos. Le encantaba sentir el agua y aunque en aquellas fechas ya estaba un poco fría, le daba igual.

—Sé que te lo tenía que haber contado previamente —empezó a decir Raúl—. Antes de que naciese Sam, incluso a priori de saber que Ximena estaba embarazada, yo estuve con una mujer, Elena. La cosa fue muy rápida. Su padre era el dueño de un edificio que estábamos diseñando y yo pensaba que estaba enamorado... fue todo muy rápido. En pocos meses, nos fuimos a vivir juntos y nos acabábamos de comprometer cuando me llamaron del hospital para decirme que Ximena había dado a luz.

—¿Qué hizo ella cuando se enteró de que tenías un hijo? —No podía creer todo lo que le estaba contando: Ximena, Elena... aquello cada vez se complicaba más.

—No lo llevó bien. Cuando llegué a casa con Sam, montó en cólera. Insistía en que me hiciese la prueba de paternidad, pero yo me negué. No la necesitaba. No iba a dejar a ese pequeño, a mi hijo... Pero un niño no entraba en sus planes. Ella quería viajar, quería disfrutar de la vida y no quería pasarse noches en vela cambiando pañales... Y esa es toda la historia...

—¿A eso se refería Rafael con lo de “muy arrepentida”?

—Sí, parece que ahora se arrepiente y les ha estado dando la vara a todos, buscándome. Yo cambié de móvil así que no puede localizarme, pero ha fundido a llamadas a Héctor y a los demás. Pero ya es tarde... —dejó la frase en el aire y la miró detenidamente—. Mi corazón ya pertenece a otra persona. De hecho, creo que siempre te ha pertenecido, pero yo no lo sabía.

Alana se emocionó con aquel hombre con aspecto de duro, pero que era todo un romántico. Eso, le encantaba.

Se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Hay algo más que me puedan contar tus amigos que yo no sepa?

—No, preciosa, yo creo que ya lo sabes todo.

Cuando terminó de hablar, le besó despacio, sin prisas, agradeciéndole su sinceridad.

Llegaron a casa y vieron a Concha con el pequeño Sam en brazos.

—No hay forma de que se duerma si no está en brazos...

—Sí... tiene por costumbre dormirse encima de mí.

Alana se acercó y cogió a Samuel de los brazos de su abuela. Inmediatamente él enredó sus manitas en su cabello y continuó durmiendo. Cuando se dispuso a dejarlo en su carro, el pequeño empezó a llorar.

—Concha, ¿le importaría si Alana duerme esta noche en casa?

—Muchacho, a mí no me tienes que pedir permiso. Mi niña, ¿tú quieres dormir con él?

Ella miró un poco angustiada a su abuela. No quería dejarla sola, pero quería estar con Raúl.

—Venga, mi niña, coge algo de ropa. No me pasará nada y además, estamos a unos metros de distancia.

Los dos subieron a la habitación. Raúl cogió todo lo que ella le ordenó y lo metió en un pequeño bolso de viaje.

—Le encanta tu pelo —susurró Raúl mientras miraba a Sam que movía sus manos entre su melena mientras dormía.

Ella sonrió y besó la cabeza del pequeño. Se sentía a gusto y muy feliz.

Cuando llegaron a casa de Raúl, se encontraron a todos en el salón conversando.

—Bueno, ¿ya os arreglasteis tortolitos? —preguntó Héctor.

Su hermano le dio un suave puñetazo en el brazo para que se callara.

Rafael y Mateo seguían mirando a Alana como si quisieran descubrir algo. Tomás era el único que la miraba con normalidad.

—Si me das la bolsa, le cambio en un momento.

—Toma preciosa, yo voy a por unas cosas arriba. ¿Te las apañas bien?

—Sí, tranquilo.

Alana se sentó al lado de Héctor, tumbó al pequeño en el sofá y le calmó cuando empezó a gimotear.

—Estáis a punto de ver un momento único. Es capaz de cambiarle sin que el pequeño se inmute y ya presenciasteis esta tarde la batalla que se libró para realizar la misma acción.

Ella ignoró las palabras de Héctor. No se sentía cómoda. Sentía la mirada de esos hombres observándola, esperando a que cometiese un fallo.

Desvistió a Samuel, le cambió el pañal y le puso su pijama, todo ello sin que el pequeño se inmutase. Después, le cogió y le dejó dormir en el moisés que había al lado del sofá.

En ese momento, Raúl apareció por detrás y la abrazó mientras miraba a su hijo dormir.

Alana fue hasta su bolso y sacó el peluche que había comprado en la tienda aquella misma tarde. Lo cogió y lo puso en el moisés. Raúl, al verlo, sonrió y cuando se sentó en el sofá a su lado, susurró mientras la besaba el cuello:

—Le va a encantar. Ya no habrá quien le quite el muñeco.

Estuvieron charlando durante un rato. Alana observaba e intervenía poco en la conversación, porque no acababa de fiarse de las intenciones de esos tres hombres.

A las dos y media de la mañana, Martina y Candela entraron por la puerta. La primera saludó y desapareció camino de su habitación. Candela llegó hasta Héctor y se desplomó encima de él. Él la abrazó y cuando se dio cuenta de que estaba dormida, la cogió en brazos y se despidió:

—Bueno chicos, me llevo a la bella durmiente a la cama. Necesita descansar.

—Sí, nosotros también nos vamos a dormir que mañana madrugamos ¿A qué hora empieza tu turno mañana, preciosa?

—A las doce. Tony y Mike estarán por la mañana que hay menos jaleo—contestó ella mientras cogía a Samuel y se encaminaba hacia la escalera—. Buenas noches, que descanséis.

Sin decir más, subió las escaleras y entró en la habitación de Raúl. Acostó a Samuel y se puso el pijama. Comprobó que no tenía ninguna

llamada en su teléfono y se metió en la cama.

Raúl entró varios minutos después. Se metió en la cama y la abrazó.

—Cariño, no se lo tengas en cuenta. No te conocen, no quieren verme pasarlo mal otra vez.

Suspiró y se dejó abrazar.

—Yo tampoco los conozco y no les juzgo ni los intimido con la mirada...

—Hablaré con ellos, preciosa, no te preocupes. Ahora, vamos a dormir.

Apagó las luces y se volvió a tumbar. Alana le besó y se apoyó en su pecho. No le dio tiempo a decir nada. El sueño la venció y se dejó llevar.

Un cálido beso en el cuello la despertó. Debía de ser temprano porque no la apetecía levantarse. Él continuó besándola. Primero las clavículas, el pecho, el estómago, las caderas... siguió bajando y llegó a su monte de Venus. Lo besó y despacio le abrió los muslos. Alana sintió cómo él enterraba la boca en su sexo con delicadeza. Aquello sí que era empezar bien el día. Qué más se podía pedir. Enterró las manos en su pelo y gimió, pero en ese instante su mente se despertó completamente. ¡Sam!

Ahogó un grito y apartó de un manotazo la boca de Raúl de su cuerpo, se tapó con la sábana y miró hacia la cuna, que estaba vacía. Volvió a mirar a Raúl y se dejó caer en la cama aliviada.

—Tranquila, preciosa, está con Martina. Hoy se ha despertado pronto.

Alana se tapó la cara con el brazo y se echó a reír. Menudo golpe le había pegado.

—¿Si me vuelvo a acercarme me vas a pegar? —preguntó divertido mientras le besaba el muslo.

Ella negó con la cabeza y abrió las piernas a modo de invitación, pero él le cogió la cabeza, la atrajo hacia sí y la besó con fervor.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—De maravilla, cariño.

—Mmmm, ahora deja que te despierte como Dios manda.

Se echó a reír. Le encantaba la forma de ser de ese hombre, risueño, divertido y algo duro.

Se relajó y suspiró mientras Raúl le abría las piernas y enterraba la lengua en su sexo.

Abrió su sexo e introdujo primero un dedo y luego dos. Se movía despacio, con calma, pero Alana necesitaba más, mucho más. Estaba muy excitada y no quería ir despacio. Se apartó de él y le empujó suavemente para que se tumbase. Cogió un preservativo de la mesilla, se lo puso y se empaló en él. Eso era lo que necesitaba. Ambos gimieron de placer.

—¡¡Diosos!! ¡¡Ahora sí!! — gimió ella antes de besarlo.

Durante un rato ambos disfrutaron. Alana se dejó controlar y también controló, pero, sobre todo, saboreó, tocó, sintió y se deleitó de todo lo que Raúl le ofreció.

Cuando bajaron al salón, todos los miraron. Candela estaba sentada al lado de Héctor, en uno de los sofás individuales se encontraba Tomás leyendo el periódico y Martina estaba en el otro sofá entre Mateo y Rafael. Alana sonrió y saludó. Se acercó al parque y le dio un beso en la cabecita a Samuel que jugueteaba con varios peluches.

Raúl apareció detrás de ella con un café. Lo cogió y se sentó a su lado.

—¿Preparada para esta noche? —preguntó Candela.

Todos miraron a Alana. Su amiga tenía una boca como un buzón de correos.

—¡¡Sí!! ¿Has hablado con Tony?

—Sí, hablamos ayer con él y le parece una idea fantástica. Será mi pareja esta noche —contestó Martina sonriente adelantándose a Candela.

—¿Qué pasa esta noche? —Raúl parecía un poco desorientado.

—Es noche de baile en el restaurante. El otro día cuando Mike sacó a bailar a Martina, varias parejas se animaron y continuaron bailando y nos ha parecido una buena idea. Después de las cenas, Mike y Tony despejarán una zona del salón que es perfecta.

—Es una idea muy buena. La reforma y reapertura fue todo un acierto.

—Raúl parecía contento, relajado.

—Sí, hay más clientes y más jaleo, pero eso siempre es bueno. —Alana estaba encantada con lo bien que iba todo.

—¿Cuánto hace que abristeis el “restaurante”? —la ironía de Rafael le sentó fatal, no le caía bien ese tipo...

—Tres años ya. —Alana contestó cortante y vio cómo Candela entrecerraba los ojos esperando su respuesta.

—Sorprendente que un sitio así lleve abierto tres años... —murmuró él por lo bajo.

Alana y Candela le miraron con desprecio. ¿Qué hacían? ¿Le contestaban con alguna bordería o se callaban? Pero no les dio tiempo a contestar porque oyeron la voz de Raúl:

—Basta ya, ¿no? Ya está bien de pullitas y de malas caras. Es su local, su sueño y tú no eres nadie para hablarles así.

—Déjalo, Raúl. No pasa nada, no merece la pena. Me voy a trabajar. Nos vemos esta noche. —Alana se puso en pie y cogió su bolso.

—Espera, que te acerco. Tengo que llevar a Sam al pediatra. ¿Por qué no le coges y le vas poniendo en la silla del coche? Salgo enseguida, ¿vale?

—Martina, ¿vienes? —Esta se despidió y se puso en pie.

Alana cogió al pequeño y salió de la casa.

—Estoy harta de las miradas, de los cuchicheos y de las malas contestaciones. Yo también sé contestar mal y me callo. Podría hacer lo mismo.

—Déjalo, siempre ha sido así. No soporta que lo de su hermana y Raúl no saliese bien.

Alana abrochó el cinturón de la silla de Samuel y se giró sorprendida.

—¿Hermana?

—Elena es la hermana de Rafael.

—¿Cómo? Esto tiene que ser broma.

En ese instante, Raúl salió por la puerta con gesto serio. Parecía cabreado, muy cabreado.

—¿Se te olvidó comentarme que Rafael es el hermano de Elena?

—No empieces Alana, no estoy de humor. Simplemente no me pareció importante. No es para tanto. ¿Ya estáis listas?

Alana agachó la cabeza y respiró hondo. ¿Qué más podía hacer? Asintió y se montó en el coche. Durante el trayecto estuvo en silencio, no le apetecía hablar y cuando llegaron al restaurante le dio un pico en los labios y salió del coche a toda prisa.

Entró derecha a la cocina y abrazó a Mike. Necesitaba a su amigo. Necesitaba que él le quitase todos los pensamientos que enmarañaban su mente.

—Ehh, ¿qué pasó, mi reina esmeralda? ¿Has discutido con Raúl?

Se separó y le contó la historia. Él la miraba atento y cuando acabó, se quedó mirándola callado.

—Vamos a ver, mi reina. ¿Tú eres feliz con él? —Alana asintió—. ¿Te

trata bien? ¿Te cuida? —Volvió a asentir—. Pues entonces olvídate de todo lo demás. Poco a poco te irá contando las cosas. Hay cosas que le costará más contarte y otras que le costará menos, pero tienes que empezar a confiar en alguien, no puedes apartar a todo el mundo que te abre su corazón, no es bueno para ti.

Alana le volvió a abrazar. Él sabía cómo hacer para que volviese a la realidad.

—Gracias, gracias. Era lo que necesitaba. ¿Por qué no vienes un día a cenar a casa? Se lo diré a Candela.

—Muy bien, mi reina. Esta semana, cena especial, de esas que tanto me gustan. Y ahora me voy a descansar un rato. Te veo luego... ¡y no pienses!

No fue un día muy ajetreado. Todo estuvo muy tranquilo. Su abuela llegó como un tsunami con todas sus amigas a echar una partida de cartas y el local se llenó de alegría. Cuando Candela llegó a las seis, salió pitando del restaurante y se fue a casa, se metió en la ducha y cuando se tumbó en la cama se quedó profundamente dormida.

Un fuerte dolor la despertó. Fue al baño y encontró el motivo de sus dolores. Marcó en el calendario qué día era, su periodo no era muy regular, así que tenía que asegurarse de apuntar las fechas.

Miró su teléfono y vio que tenía varias llamadas, dos mensajes de Raúl y uno de su amiga Miri. Se sentó y habló con su amiga durante media hora. Cuando colgó, leyó los mensajes de Raúl:

“Preciosa, cógeme el teléfono, por favor”.

Después de hablar con Mike estaba más tranquila. Ya no estaba cabreada, solo algo molesta, pero después de leer el último mensaje, todo su cabreo se disipó.

“Preciosa, ¿te tomas un café conmigo a medianoche? Por favor, dime que sí.

R”.

Un café a medianoche. Eso le recordó el día que lo había conocido, el día que se coló en su mente y en sus sueños.

Después de ducharse y arreglarse, se fue al trabajo. Llegó y vio a Candela hablando con Tony animadamente.

—Candi, esta noche vienen a cenar las chicas, reserva una mesa.

—Marchando, mi capitán, también he reservado una para los vecinitos y los arrogantes de sus amigos...

—Vale. Menuda noche nos espera...

Alana empezó a servir mesas, preparar comandas y de vez en cuando atendía en la barra. Estaba preparando unas Coca-Colas, cuando una voz la sorprendió.

—Perdona, ¿me pones un café?

La voz de Raúl era tranquila, dulce. Salió de la barra y le besó con efusividad. Le daba lo mismo que todo el mundo los viese. Quería que los vieran.

—No es un café, pero espero que te sirva. —Sonrió y le mordió el labio con cariño.

—Si pido otro café, ¿me vuelves a besar así?

Sonrió y le volvió a besar. Quería cerrarle el pico al pesado de su amigo.

—Ven, tengo que enseñarte una cosa.

Alana le acompañó hasta la mesa y saludó a Héctor y a los demás que charlaban animadamente. Raúl cogió a Samuel en brazos y le quitó el chupete. Se acercó a ella y le abrió la boca con cuidado. Ella se acercó un poco y vio cómo el principio de un diente despuntaba en la encía del pequeño.

—¡Ohhh! Su primer diente. Por eso estaba tan irritado estos días, ¡pobrecito!

—Sí, no deja de babear, pero el médico dice que es normal.

Durante unos minutos hablaron del pequeño, pero Alana no podía descuidar a los clientes. Les tomó nota rápidamente y se marchó para continuar con su trabajo. Cuando sus amigas entraron por la puerta, empezó el show. Candela y ella se rieron. Parecían tres lobas en busca de comida. Desde que Rocío había mandado a paseo a Luis era más feliz. Ahora vivía con Laura y con la pequeña Anya. Cuando sus amigas las saludaron y se fueron a sentar en su mesa, Héctor y Raúl las invitaron a acompañarlos. Ellas miraron sorprendidas, pero acabaron aceptando.

A las doce y media cuando todo el mundo había terminado de cenar, Alana y Martina desaparecieron en la cocina.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Martina mientras se ponía sus bonitos zapatos de tacón.

—Un poco, no sé si podré bailar con estos zapatos.

—Ya verás que sí. Vamos.

Martina le cogió de la mano y la sacó al salón, se apoyaron en la barra y empezaron a charlar. Vio a Candela hablando con Héctor, todo parecía tranquilo, nadie pedía nada, ni necesitaba que lo atendiesen. Empezó a sonar la música. le encantaba aquella canción: “Yo también” de Romeo Santos y Marc Anthony.

Sintió cómo Mike la cogía de las caderas y la sacaba a bailar. Vio a Martina acercarse a Tony.

Empezaron a bailar. Al principio la canción era más lenta, pausada, pero cuando el ritmo se aceleró, se dejó llevar. Martina le había enseñado algunas cosillas esos días y parecía que todo estaba saliendo bien. Varias parejas se sumaron y empezaron a bailar. Se sentía cómoda, estaba relajada, no se había tropezado, ni nada por el estilo. Disfrutó del baile, de la canción y, sobre todo, disfrutó de la cara de Raúl cuando la canción terminó.

Cuando Mike la soltó, vio a Martina sonreír. Le dio un abrazo en señal de agradecimiento y las dos se acercaron a la mesa de sus hermanos.

—¡Pero, chica! Tienes que enseñarme a bailar así, que ahora estoy soltera. —El comentario de Rocío la hizo reír.

—¿Tú cuándo has aprendido a bailar? —preguntó Tomás a Martina. La pregunta y, sobre todo, su cara, llamó la atención de todo el mundo.

—Cuando tú todavía me tratabas como una niña. Por esas fechas. Bueno, yo os dejó que Tony me ha propuesto llevarme a tomar algo y cómo me voy a negar si me lo pide ese morenazo.

Todas rieron, pero Alana vio cómo Tomás refunfuñaba algo por lo bajo. Ahí pasaba algo. Esos dos se traían cosas entre manos.

Se sentó en las rodillas de Raúl y sonrió al ver que Samuel dormía abrazado al peluche que ella le había comprado.

—Bueno, y a ti, ¿no te ha gustado?

—Sí, preciosa. Has estado muy bien, pero creo que no me gusta que otros vean cómo contoneas las caderas y menos de esa manera.

Le besó y sonrió al sentir la mano de Raúl en su muslo.

—¿Ya te ha venido a visitar tu amiga?

La pregunta de Candela llamó la atención de todos. Sus amigas que sí sabían por dónde iban los tiros, se rieron, pero los demás los miraban extrañados.

—Sí... esta tarde.

—¡Oh, pobrecita mía! ¿Por qué no te vas a casa? Mike se quedará hasta tarde y Miri me ha dicho que si hay mucho jaleo me echa una mano. —Miró a su amiga y vio que esta asentía.

Alana asintió y fue a por sus cosas. Cuando salió, vio a Raúl esperándola.

—No hace falta que me acompañes, quédate con tus amigos, de verdad.

—No. Es tarde y con lo mal que está durmiendo el pequeño granuja es mejor que me vaya a casa.

—Vale... vámonos.

De camino a casa él preguntó con curiosidad:

—¿A qué amiga se refería Candela antes?

Ella empezó a reír sin parar. Iba a matar a Candela, esa mujer no tenía punto intermedio.

—Cariño, me estaba preguntando si me había bajado la regla, pero ella es así de fina y de esa forma nadie, salvo nosotras, sabe de qué estamos hablando.

—Ajá, ya entiendo.

Cuando llegaron, Alana fue a su casa. Quería ver cómo estaba su abuela. Entró en casa y la vio dormida en el sofá. La ayudó a subir a la habitación y le dio sus pastillas.

—Mi niña, mañana viene tu tía. Nos marcharemos el jueves por la noche. ¡Ah!, y le he preparado a Raúl unos purés para el renacuajo.

—Vale, abuela. Iré a buscarla a la estación, no te preocupes. Ahora me llevo los potitos, le diré que son caseros.

Se despidió de su abuela y se quitó la ropa, esos zapatos la estaban matando...

Sin hacer ruido se metió en la cama, necesitaba descansar, desconectar de todo. Cogió su móvil, se puso los cascos y puso la reproducción aleatoria. En ese momento empezó a sonar *Frenar Enero* de Vanesa Martín, una canción que le encantaba y escuchando su letra se dejó envolver por los brazos de Morfeo.

*Que yo quiero encontrarme en tus ojos,
que me ganes y puedas perderme,
que me queden algunos antojos
y me dejes sabor al pensarte.*

*Y me crezca pintándote en rojo,
que me hables de vida y presienta...
que nací pa' vivirla contigo.
Que me toques la cara y me muera
cada vez que te arañe el destino.*

Raúl se encontraba en el salón leyendo. Esos momentos eran los únicos en los que podía descansar un poco. Adoraba a su hijo, pero su vida había cambiado bastante en apenas unos meses.

Dejó de leer y empezó a organizar el viaje que haría con Alana en pocas semanas. Podrían pasar unos días solos, conociéndose mejor y disfrutando el uno del otro.

Un ruido llamó su atención. Vio a Tomás entrar en el salón con una taza en las manos, saludó y se sentó en el sofá que había frente al que estaba sentado él.

—¿No puedes dormir?

—No... venir a este pueblo no ha beneficiado en nada a mis horas de sueño.

—¡No me digas! ¿Pensabas que después de tres años sin verla, la habrías olvidado?

La cara de Tomás se descompuso, no esperaba las palabras de su amigo y menos, la verdad que escondían.

—¿Lo sabías? Te juro que nunca pasó nada.

—Para no saberlo. Cada vez que la veías se te ponía una cara de lelo... y qué decir de los colores que le salían cada vez que tú te dirigías a ella.

—Tienes que creerme... nunca la toqué, nunca pasó nada, es tu hermana, nos llevamos algunos años... —La cara de Tomás estaba cada vez más blanca, si seguía aguantando la respiración se iba a ahogar.

—¡Y qué más da! Mi hermana es mayorcita para hacer y deshacer a su antojo y respecto al tema de la edad, ¿desde cuándo ha sido un impedimento para ti?

Tomás se quedó pensativo. Para él nunca había sido un problema que las chicas con las que se acostaba fueran más jóvenes que él.

—El problema está en que no pensaba en ella como un rollo pasajero... nunca pensé en ella como algo temporal. —Soltó un suspiro y miró al suelo. ¿Alguna vez conseguiría olvidar a esa bruja de ojos azules?—. Pero ya de nada sirve... por lo que se ve, ella sí ha rehecho su vida. —Se puso en pie y

se encaminó hacia la puerta.

—No todo es como parece, Tomás. Cuando quiere ocultar sus sentimientos y emociones es toda una artista, eso lo heredó de nuestra madre, recuérdalo.

Tomás asintió y se despidió. Cuando salió, Raúl sonrió. A ver si de una vez por todas aquellos dos se dejaban de tonterías. Estaba harto de ver a su hermana suspirar cada vez que Tomás salía en una conversación, pero el paso lo tenían que dar ellos.

Subió a su habitación y vio cómo el pequeño Samuel dormía abrazado a su peluche. Se acercó a la ventana y miró la casa de Alana. Todas las luces estaban apagadas. Todo estaba tranquilo. Todo salvo su corazón, que cada vez que pensaba en ella sentía cómo se estremecía y empezaba a latir con celeridad.

Empezó a pensar en todo lo que había pasado en el tiempo que llevaba en ese pequeño lugar... la felicidad que había encontrado. Aquel era su lugar. Aquel era su mundo. Ella era su mundo.

18

Alana se despertó sobresaltada. Hacía mucho tiempo que las pesadillas no perturbaban sus sueños.

Todavía podía oír sus palabras, sentir su aliento con olor a bourbon en el cuello y la cruz que llevaba colgada clavándose en su espalda.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Se levantó y fue al baño. Se mojó la cara y se miró al espejo. La imagen que le devolvió la mirada era la misma que había visto tres años atrás: un rostro triste, angustiado, con miedo... unos ojos vacíos, temerosos, apagados.

Miró el reloj. Eran las seis y media. Pensó en volver a la cama, pero supo que no conseguiría dormir nada. Bajó a la cocina y se preparó una buena taza de café, leyó la nota que le había dejado su abuela, tenía que ir a recoger a su tía a las once y media. Tenía ganas de verla, de abrazarla y de conversar con ella.

Tras terminar su café y preparar un par de cosas, subió y se metió en la ducha, una ducha que borrara todos los recuerdos que había traído consigo la pesadilla.

Estaba preparando el desayuno cuando su abuela entró en la cocina. La imagen de su abuela la hizo sonreír: llevaba el pijama rosa que le había regalado las navidades anteriores y las divertidas zapatillas de pingüinos que le había traído Mike de su viaje. A su abuela le encantaban esas chorradas.

Se acercó a ella y la abrazó, la abrazó esperando no tener que soltarla nunca. Cuando estaba con ella se sentía segura, por muy inútil que pareciese, pues a su abuela la tumbaría hasta una ráfaga de viento, pero sabía que, si algo le pasaba, ella lucharía con uñas y dientes por su bienestar.

—¿Estás bien, mi niña?

—Sí, abuela, no te preocupes, está todo bien. —Intentó poner buena cara, pero su abuela ya la conocía demasiado bien.

—Puedes decir lo que quieras, pero sabes que no me puedes engañar... no tienes color en la cara. ¿Volvieron las pesadillas?

Muchas veces pensaba que su abuela era medio bruja, porque de otra manera no podía explicarlo.

—Un mal sueño... nada más. No recuerdo ni lo que soñé. De verdad, estoy bien.

—De acuerdo, mi niña, tema zanjado entonces. —Concha sonrió tiernamente a su nieta para que esta pudiese respirar con normalidad otra vez —. Veamos qué magnífico desayuno me preparaste.

Después de hablar con su abuela un rato y disfrutar de sus chaladuras, recogió sus cosas y salió para ir a buscar a su tía.

—¡Alana, espera! —La voz de Candela la hizo detenerse.

Su amiga llegó hasta ella y se paró en seco, cerró la boca y la atrajo hacia sus brazos. Alana se dejó abrazar, su amiga la entendía a la perfección.

Cuando se separaron, Candela vio cómo una lágrima corría por la mejilla de su amiga.

—¿Han vuelto?

Alana asintió y tragó el nudo de emociones que había empezado a formarse en su garganta.

—¿Por qué me llamaste? ¿Qué querías decirme?

—Nada, tranquila... vete, no pasa nada. Luego hablamos, ¿vale?

No dijo nada. Solo asintió y le dio un beso en la mejilla, se montó en el coche y puso rumbo a la ciudad.

Llegó a la estación con bastante tiempo, paseó por las calles cercanas y compró algunas cosas que necesitaba. Vio un libro de arquitectura y lo ojeó. Vio cosas bastante curiosas en él y decidió comprarlo.

Cuando el reloj marcó las once y veinticinco fue a la estación y esperó mientras los viajeros bajaban de los trenes y se reunían con sus seres queridos.

Entonces, un huracán de pelo rizado al que ella llamaba tía, soltó la maleta y chillando como una loca se abalanzó sobre ella y la abrazó.

Esa era su tía Manuela, una mujer que apenas llegaba al metro sesenta, morena con el pelo rizado y los mismos ojos verdes de Alana.

—Mi niña, ya eres toda una mujer. ¿Cuánto ha pasado? ¿Por qué creciste? Eras una niña tan mona, tan graciosa, con tanto salero... pero mira qué mujer... por favor, los hombres se pelearán por ti, ¿verdad?

Otra cosa por destacar sobre su tía era que no callaba ni debajo del agua.

—Hola, tía, yo también me alegro de verte y siempre que me ves me dices lo mismo y no, no hacen cola por mí.

Manuela soltó una carcajada y fue a recoger la maleta que minutos atrás

había dejado tirada.

—¿Cómo está mi mamá? Pensé que vendría contigo.

—No, se quedó en casa preparándote la habitación. Está bien, como siempre, ya sabes que no hay quien la pare.

—Eso es verdad, ja, ja, pero no hacía falta que preparase nada, si solo estaremos aquí un día.

El trayecto hacia su casa fue entretenido. Su tía le contó el viaje, cómo estaban sus primos y sus tíos, también le contó lo contenta que estaba por ser abuela y lo mucho que las echaba de menos.

Cuando llegaron, todo fueron llantos. Su abuela no podía parar de llorar y su tía, tres cuartos de lo mismo.

Las dejó poniéndose al día y se marchó al restaurante. Cuando llegó, vio a Candela y a Mike en la barra, todo parecía muy tranquilo, se notaba que el frío empezaba a hacer acto de presencia.

—Hola, chicos.

—Hola, mi reina, ¿qué tal? ¿Ya llegó el huracán Manuela?

—Sííí... está con la abuela, ya sabéis, poniéndose al día. Tengo miedo de que me llamen porque se hayan intentado matar por el turno para hablar.

Los tres se echaron a reír. Si por algo se caracterizaban aquellas dos mujeres era por lo mucho que hablaban y en lo testarudas que eran.

Estaba atendiendo una mesa cuando su móvil vibró en su bolsillo.

“Preciosa, ¿comemos juntos? Tenemos que hablar de nuestro viaje, me muero de ganas.

R”.

Alana suspiró. Lo que menos le apetecía en aquel instante, era tener que viajar a Estocolmo. Por una parte, se moría de ganas de pasar un par de días a solas con Raúl, pero por otra, prefería meterse en la cama y no salir hasta que la calma se hubiese establecido de nuevo.

Contestó rápidamente y silenció el móvil.

“He quedado para comer con la abuela y mi tía. Nos vemos más tarde, ¿vale?”.

Cuando llegaron su abuela y su tía, Tony ya estaba en el restaurante, así que se pudo permitir sentarse con ellas.

Estaban comiendo tranquilamente cuando el vello de su nuca se erizó. No le hizo falta volverse para saber quién acababa de entrar en el bar.

—¡Mira tú qué casualidad! —Escuchó decir a su abuela con cierta sorna

—. Manuela, quiero presentarte a alguien.

—Abuela, no hace falta... —En ese momento, Alana quería ser un avestruz para poder enterrar la cabeza en la tierra.

—¡Uy! Claro que hace falta. Raúl hermoso, ven, acércate.

Cuando Raúl se acercó a la mesa, ella sonrió, se puso de pie y le dio un corto beso en los labios. Se agachó y empezó a hacerle carantoñas a Samuel.

—Manuela, este es Raúl, el novio de Alana.

—¡Pero qué me estás diciendo! Ven a mis brazos, hombretón. Ya era hora... sí señor, ya era hora.

Manuela se puso en pie y abrazó a Raúl, que no sabía qué hacer. Al final, abrazó a aquella mujer tan menuda y sonrió al ver cómo Alana negaba con la cabeza.

—Ya sé de dónde sacó Alana esos preciosos ojos verdes.

Manuela empezó a sonrojarse y a sonreír como una tonta y por primera vez en su vida se quedó sin palabras.

—Siéntate con nosotras, muchacho, no te quedes ahí de pie. —Concha acercó una silla para que él se sentara.

—No puedo, Concha, lo siento. Solo he venido para que Héctor le diese una cosa a Candela, nos tenemos que marchar. Los amigos que estaban visitándonos se despiden hoy.

Alana soltó un suspiro y su cuerpo se relajó por completo. El único que le había caído bien era Tomás, o por lo menos era el único que no era un borde con ella.

Raúl se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Nos vemos esta noche?

—¿Por qué no vienes a cenar esta noche a casa? —preguntó Concha.

Él miró a Alana y vio que esta sonrió ante la invitación de su abuela, aceptó encantado la invitación, se despidió y se marchó.

Después de comer, volvió al trabajo y desconectó de todo, centrándose en los clientes.

A las nueve menos cuarto llegó Candela. Parecía relajada y feliz. Cada día parecía más feliz.

Alana se despidió y se marchó a casa. Cuando entró, saludó y se escabulló a su habitación. Una vez allí cogió un cuaderno y escribió todo lo que sentía, todo lo que pasaba por su cabeza:

Si tú estuvieses aquí, todo sería diferente, todo sería distinto. Si tú estuvieses aquí, él nunca me habría tocado, nunca me habría mirado de aquella manera. Si no te hubieses marchado, mi corazón estaría completo. Pero no estás y yo cada día me siento más vacía por dentro.

Odio estar así, lo odio, porque me siento débil. Siento que él todavía tiene poder sobre mí. Siento que, a pesar de haber dejado toda mi vida, todo por su culpa, sigue siendo él el que marca los tiempos, todavía es quien me lleva en este baile.

Pero no le voy a dejar, no le dejé vencer hace tres años y no dejaré que mis miedos arruinen mi vida de nuevo. No voy a dejar que mi felicidad se esfume.

Porque ahora soy feliz, sí, soy feliz por primera vez después de muchos años. Empiezo a sentirme completa, todo me parece mejor y todo a mi alrededor tiene un color diferente.

Raúl me hace feliz, me hace sentirme bien, me cuida, me protege y yo le quiero.

Me lo he estado negando, pero le quiero. Espero que él sienta lo mismo porque si no... no sé qué voy a hacer.

Pero no quiero pensar en el futuro, quiero pensar en el ahora y es lo que voy a hacer. Haré caso a lo que siempre me decías y voy a disfrutar de cada momento, de cada risa y de cada beso.

Sé que estarías orgulloso de mí.

Te quiero, papá.

Cuando escribió la última línea, dobló el papel, se asomó a la ventana y lo quemó. Durante unos minutos contempló cómo el aire se llevaba las cenizas de la carta y soñó con que en algún sitio llegasen a su padre.

Entró a toda prisa en la habitación y puso la música a todo volumen. Se dio una rápida ducha, pero la tarea de elegir la ropa que se iba a poner no iba a ser tan sencilla. Al final se decantó por un bonito vestido azul oscuro. Era perfecto. Le llegaba por la mitad del muslo y le hacía un buen escote. Se calzó unos bonitos zapatos y se apresuró a peinarse y pintarse.

Cuando oyó la puerta, se miró por última vez al espejo. No estaba nada mal. Se había recogido el pelo y se había maquillado un poco, solo algo de color y un poco de lápiz de ojos.

Bajó casi corriendo las escaleras, pero en los últimos escalones frenó un

poco para que nadie se enterase de su pequeña carrera.

Cuando entró en la cocina vio a su abuela y a Raúl conversando, mientras su tía se encargaba de los fogones.

Estaba guapísimo. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca que se ceñía perfectamente a su pecho. Tenía barba de dos días y el pelo algo revuelto, dos cosas que hacían que estuviese más irresistible de lo normal.

Cuando llegó hasta él, le dio un beso en la mejilla y le sonrió.

Estuvieron un par de minutos hablando hasta que su abuela se puso de pie y sentenció con voz firme:

—Venga, fuera de la cocina, no vaya ser que os manchéis con lo guapos que os habéis puesto.

Ambos salieron de la cocina y se sentaron en el sofá. Alana tomó las manos de Raúl y este la miró.

—Perdóname por ser una borde contigo esta mañana. Lo siento.

Él vio que le miraba con los ojos vidriosos y eso no le gustó nada.

—¡Eh! Ven aquí. No pasa nada. No te preocupes. No quiero agobiarte. No tienes que pedir perdón por nada, nunca, ¿vale?

Alana asintió y se dejó abrazar un rato. Aquel era su lugar favorito. Enterró la cara en el hueco de su cuello y aspiró su aroma. Entre sus brazos se encontraba a gusto, segura, protegida. Poco después, su abuela salió de la cocina cargada con varios platos. Raúl la soltó, pero antes de levantarse le apretó la mano y le sonrió. Ella se sintió más tranquila sintiendo el poder que ejercía ese hombre sobre ella.

La cena fue amena y divertida. Su tía contó anécdotas con las que todos rieron. Concha le preguntó a Raúl sobre el pequeño, y sobre el viaje a Estocolmo y este contó que el pequeño estaba con su hermano y que se irían de viaje a finales de la semana siguiente.

Después de la sobremesa, su abuela insistió en que Alana se fuese con Raúl. Esa noche estaría Manuela y si pasase algo, ella les avisaría.

Cuando llegaron a la casa de Raúl, él la abrazó por detrás y la empezó a besar el cuello. Alana se relajó entre sus brazos.

—¿Te apetece un baño? —murmuró Raúl mientras se encaminaba hacia la escalera.

—Me parece perfecto.

Cuando llegaron a la habitación, Raúl fue al baño y abrió el grifo de la inmensa bañera.

—Voy a ver cómo está el pequeño. Ponte cómoda, que enseguida vuelvo.

Alana se desvistió y se envolvió en una mullida toalla que encontró en el baño. Estaba mirando la foto que descansaba en la cómoda de la habitación cuando él entró en la habitación.

—Es mi madre —susurró él mirando la foto.

—Era una mujer muy guapa. —Alana le miró y sonrió.

—Sí, lo era. Te habría caído bien.

Sin necesidad de decir nada más le cogió de la mano y la llevó hasta el baño.

Alana se acercó a la bañera y metió una mano en el agua, la temperatura era perfecta. Soltó la toalla que llevaba alrededor del cuerpo y se metió en la tina. Suspiró de placer al sentir cómo todos sus músculos se relajaban.

Sintió cómo unos ojos recorrían todo su cuerpo, abrió los suyos y vio que Raúl la contemplaba desnudo delante de la bañera. Aquel hombre no tenía desperdicio. Tenía un cuerpo musculado, pero no en exceso, lo justo y necesario para tener un cuerpo bonito, muy bonito.

—¿Me vas hacer un hueco o vas a seguir devorándome con la mirada?

—Si tengo opción, prefiero lo segundo —dijo Alana mientras se echaba hacia adelante y se reía.

Raúl se sentó detrás de ella y la atrajo hacia su pecho. Después de un rato de besos y caricias, Alana se acomodó sobre su cuerpo, cerró los ojos y se dejó llevar por los latidos de su corazón.

—Vamos a la cama preciosa, no vayas a coger frío. —El susurro de Raúl la devolvió a la realidad.

Él salió del agua y le tendió una mano. Una vez fuera, la envolvió en una mullida toalla y la llevó a la habitación donde le puso una camiseta suya y la llevó hasta la cama. Alana se dejó caer y cerró los ojos al sentir el tacto de las sábanas sobre su piel... sintió cómo el colchón se hundía y cómo Raúl la atraía hacia sus brazos.

—Descansa, pequeña —susurró Raúl mientras acariciaba suavemente su pelo.

—Raúl... Te quiero.

Alana no tuvo tiempo de escuchar si él contestaba, pues el sueño la venció. No sabía de donde habían salido esas dos palabras, pero no se arrepentía de haberlas dicho.

19

Te quiero. Dos palabras, ocho letras, que pueden hacerte la persona más afortunada del mundo o la más desgraciada si tú no profesas los mismos sentimientos que la persona que te las dice.

Pero en el caso de Raúl, sí compartía los sentimientos de Alana, aunque no estaba preparado para decírselo todavía.

Mientras ella dormía, él contempló su respiración tranquila, el movimiento de su pecho cada vez que el aire entraba en sus pulmones, los pequeños sonidos que emitía en sueños. Nunca pensó que podría volver a sentir aquello. Nunca pensó que podría volver a amar. Cuando él ya se había dado por vencido y no quería nada del amor, llegó aquella menuda mujer y desbarató todos sus planes.

Dejando a un lado todos los pensamientos que rondaban en su cabeza, atrajo a Alana a su pecho y cerró los ojos. Estaba a punto de quedarse dormido, cuando ella empezó a revolverse entre sus brazos y a llorar en sueños.

Intentó despertarla, la llamó, la zarandeó con suavidad, pero nada conseguía sacarla de su pesadilla.

Un grito desgarrador que asustó hasta al propio Raúl, surgió de la garganta de Alana que un poco desorientada y con los ojos llenos de lágrimas, empezaba a escapar de las garras de aquel horrible sueño.

Raúl no sabía qué hacer. No quería asustarla. Se sentó en la cama y la miró, esperando una señal que le confirmase que ella estaba bien. Después de unos minutos, fue hasta el baño y llenó un vaso con agua. Cuando volvió a la habitación, encontró a Alana vistiéndose.

—¡Eh! ¿Dónde vas? ¿Estás bien?

—Tengo que irme... —Alana cabeceó y dejó escapar un largo suspiro.

Raúl se sentó en la cama y la llamó. Ella se acercó despacio y se situó en el hueco de sus piernas. Permanecieron unos minutos callados mirándose el uno al otro, hasta que Raúl tiró de su mano y cuando estaba sentada encima de él, la abrazó con fuerza.

Alana se relajó contra la curva de su cuello y empezó a llorar en silencio.

—¡Shhh! Tranquila... nadie puede hacerte daño. Yo no se lo permitiría, ¿vale? —Ella asintió mientras hipaba por el llanto—. No dejaré que nadie te vuelva a hacer sufrir. ¡Te lo juro!

Esa promesa hizo que Alana levantase la cabeza y le mirase fijamente. La sinceridad que encontró en sus ojos no la había visto antes en ninguna otra persona.

Se acercó despacio a sus labios y le besó... primero despacio, sin prisa, saboreando cada recoveco de su boca y después con pasión, fervor... intentando borrar el lúgubre recuerdo que había dejado la pesadilla.

Cuando volvieron a tumbarse en la cama, Raúl la abrazó y susurró palabras bonitas en su oído hasta que ella se durmió. Después, permaneció despierto hasta que estuvo seguro de que ella estaría bien.

20

Alana se despertó algo desorientada. La claridad del día entraba a través de las cortinas. Tenía calor, mucho calor y unas insistentes ganas de ir al baño.

Intentó escabullirse, pero los brazos de Raúl eran dos columnas que no se movían de su posición. Forcejeó un poco y le oyó gruñir, pero insistió hasta que al final la soltó.

Una vez atendidas sus necesidades, volvió a la habitación donde Raúl dormía plácidamente. En ese instante el monitor que conectaba la habitación con el cuarto de Sam, empezó a sonar. Alana se acercó y lo apagó.

Salió de la habitación sin hacer ruido y fue hasta la del bebé, que ya se encontraba despierto y preparado para empezar un nuevo día.

Una vez le hubo cambiado, le cogió en brazos y se dirigió a la habitación de Raúl. Cuando entró a la habitación le vio desperezarse frotándose los ojos, en ese momento la miró y sonrió, se sentó en la cama y esperó a que ella se acercase.

—¿Has conseguido dormir? —preguntó Raúl mientras acariciaba su cuello.

—Sí, al final he conseguido dormir algo. ¿Te apetece que salgamos a dar un paseo?

—Me parece una idea magnífica. ¿Por qué no te vas preparando y yo hago el desayuno?

Alana asintió y le puso al pequeño en sus brazos. Parecía mentira lo mucho que había cambiado desde que le había conocido. Raúl salió de la habitación dejándola sola con sus pensamientos. Sin perder tiempo, se aseó y se puso la ropa que había cogido. Cuando bajó al salón, Raúl estaba terminando de desayunar y ya lo tenía todo preparado.

—¿Te quedas con él mientras yo me visto?

—Corre a vestirte superpapá. —Sonrió al ver cómo él se reía por cómo le había llamado. Se acercó a ella y le dio un beso en los labios antes de salir de la cocina.

Media hora más tarde, salieron de casa, pasearon por el pueblo, recorrieron las calles, las pequeñas tiendas casi ocultas, mientras que Alana le

iba contando la historia de cada lugar. Disfrutaron de la mañana.

Cuando volvieron, cada uno fue a su casa. Alana quería pasar tiempo con su abuela y con su tía antes de que se marcharan y Raúl tampoco quería agobiarla.

Pasó una tarde animada con su familia, pero cuando llegó la hora de despedirse, casi se derrumbó ante ellas. Sacando fuerzas de lo más profundo de su ser, contuvo las lágrimas antes de salir de casa. Una vez llegó al restaurante, se centró como todos los días en su trabajo. Allí no se permitía pensar en nada más y en realidad, eso era un alivio para ella.

La noche pasó deprisa. Unas cuantas cenas, algunos amigos pasándolo bien... pero ya se empezaba a notar que pronto llegaría noviembre y con él, el frío.

Cuando Alana llegó a casa, se metió en la cama y no se despertó hasta que el timbre de la puerta sonó casi a mediodía. Por una parte, se sintió aliviada ya que esa noche ninguna pesadilla la había despertado, pero el sonido del timbre no la dejó disfrutar de su alegría. Bajó rápidamente las escaleras y a través del cristal de la puerta vio a Raúl con el pequeño Samuel en la mochila portabebés.

—Buenos días, bella durmiente —dijo él mientras se acercaba para besarla.

—Buenos días, hombretones —contestó ella tocando el moflete de Samuel.

—Como hoy es tu día libre quería proponerte pasar el día juntos. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea magnífica. —Miró al cielo y vio las nubes negras que despuntaban a lo lejos—. Pero creo que pasaremos la tarde en casa, esas nubes no tardarán en llegar y tienen pinta de traer agua. —Raúl la miraba embobado asintiendo a cada cosa que ella decía—. Pasa y espérame. mientras me preparo.

Disfrutaron de un día tranquilo en casa de Raúl. Prepararon la comida los dos juntos, vieron películas infantiles con las que Sam se quedaba embobado, jugaron con él, y cada vez que Raúl oía la risa de su hijo por las carantoñas que Alana le hacía, su corazón latía desbocado.

—¿Me ayudas a preparar la papilla de Sam? Luego vendrá Martina y me ha dicho que se quedará con él, así podremos disfrutar un poco los dos solos.

—Me encanta la idea. Veamos qué le preparamos a este pequeño granuja

—dijo Alana mientras hacía cosquillas al pequeño que no paraba de reír.

Alana contemplaba a Raúl mientras esta le daba de comer al pequeño. Llamaron a la puerta y Raúl se levantó. Ella continuó dando de comer al pequeño.

Tras unos minutos, Raúl apareció en la cocina con el semblante serio, muy serio.

—¿Puedes encargarte de Samuel? Mi madre ha venido y quiere que hablemos. ¿Te importa?

—Tranquilo, no pasa nada. Yo termino de darle la papilla —contestó ella mientras le cogía la mano intentando darle fuerzas.

Él sonrió sin ganas y salió de la cocina.

Durante unos minutos la cosa estuvo tranquila, pero transcurrido un tiempo la conversación empezó a cambiar de tono hasta llegar a ser una discusión en toda regla.

Alana terminó de dar la cena al pequeño, jugó con él y le hizo carantoñas, pero cuando oyó que las cosas empezaban a descarrilar en el salón, cogió en brazos a Samuel y fue hacia el lugar del que provenían las voces.

Cuando llegó a la entrada del salón, vio a Raúl de pie paseándose de un lado al otro y a su madre perfectamente sentada en uno de los sofás individuales.

—... ¿Es que no te das cuenta de que ese niño puede arruinar tu vida, tu carrera, tu futuro, todo por lo que hemos trabajado, todo lo que hemos hecho por ti? —La voz de Isabel estaba cargada de rencor y desprecio.

Cuando Raúl fue a contestar, Alana se le adelantó:

—No debería de hablar así de su nieto. No creo que un bebé pueda determinar la vida de nadie y usted debería saberlo mejor que nadie.

Isabel la miró de arriba abajo y sonrió fríamente, se atuso el pelo y cruzó las piernas antes de empezar a hablar:

—Anda mira, ahora te traes a las camareras para que cuiden al mocosito.

—No le llame así... —Alana empezó a cabrearse al ver el desprecio con el que Isabel se dirigía al pequeño, pero no pudo continuar, pues la voz de Raúl resonó en todo el salón.

—Alana, por favor, cállate y no te metas, no eres su... —No acabó la frase, pero Alana sabía perfectamente lo que quería decir.

Sin dejarle continuar, le asesinó con la mirada, se dio la vuelta y salió del

salón. Se quedó plantada en el pasillo durante un minuto, pero cuando vio a Martina entrar por la puerta, vio el cielo abierto.

—Martina, ¿te puedes quedar con Samuel?

—Sí, claro. Ya le había dicho a mi hermano que me quedaría con él para que vosotros os pudieseis ir.

—Si... bueno las cosas se han torcido un poco. Yo que tú no pasaría al salón.

Martina la miró sin entender nada, pero tampoco preguntó. Cogió al pequeño y se despidió de ella.

Cuando Alana llegó a casa, se sirvió una copa de vino y se tumbó en la cama.

No entendía por qué Raúl había dicho esa frase, ella sabía perfectamente que no era la madre de Samuel, solo quería ayudar y al final la perjudicada había sido ella.

Miró su teléfono que empezaba a vibrar por décima vez y no se sorprendió al ver que tenía dieciséis mensajes de Raúl y diez llamadas, pero en vez de contestar o coger sus llamadas, optó por apagar el móvil. Si hablaba con él en esos momentos sería capaz de decirle de todo menos bonito.

Se levantó de la cama y empezó a deambular por la habitación. Colocó las estanterías, el armario, e iba a empezar con los zapatos cuando el timbre de la puerta empezó a sonar.

Se sentó en la cama y refunfuñó. Sabía perfectamente quién era y no tenía intención de hacer caso a su llamada. Se levantó, se quitó la ropa que llevaba y se puso un cómodo y calentito pijama de *Snobby*. Intentó ignorar el sonido del timbre, pero después de diez minutos, este empezaba a desquiciarla. Decidió acabar con aquello. Bajó la escalera con pasó decidido y cuando llegó a la puerta vio a Raúl empapado mirándola a través del cristal. Ella se acercó y le miró con ojos fríos, cargados de dolor y de ira.

Pero en vez de abrir la puerta se estiró y desconectó el maldito timbre para que no sonase más.

Sin más, se dio la vuelta y volvió a su habitación. En esos momentos lo que menos la apetecía era verle y menos aún oírle, porque sabía que, si estaba en la misma habitación que él, acabaría sucumbiendo a sus encantos y no quería. La había hecho daño con sus palabras y empezaba a replantearse todo lo que había pasado en esos meses.

21

Habían pasado dos días desde que las desafortunadas palabras de Raúl le hicieran plantearse todo lo que había vivido en esos meses.

Raúl había intentado hablar con ella, pero cada vez que lo intentaba, Alana le ignoraba fríamente. Se lo merecía.

Parecía que había surgido efecto, pues no la había vuelto a llamar ni había aparecido por el restaurante. En su lugar, había mandado a Héctor para que estuviese pendiente de ella, cosa que empezaba a desquiciarla.

—Alana, ¿me puedes traer otro café?

—Claro, marchando un *caramel macchiato* con doble de caramelo y de espuma, bien calentito a ver si te quemas y me dejas de una vez en paz.

—Bueno, bueno... tranquila... no atentes contra mi vida, yo solo cumplo órdenes.

—Pues le puedes decir al pesado de Raúl que no hace falta que te mande de perro guardián. Me he cuidado solita tres años y no me ha hecho ninguna falta.

—Lo sé, lo sé... no lo pagues conmigo. Pero él se queda más tranquilo si sabe que estés bien. Además, se dio cuenta de que estos días estabas más nerviosa de lo habitual.

Alana miró al techo esperando que algún ente celestial le otorgara un poco de paciencia.

—Normal que esté nerviosa... pero si no me dejáis ni a sol ni a sombra —contestó exasperada mientras se dirigía a la barra.

Continuó con su trabajo hasta que dieron las siete de la tarde. En ese momento, vio entrar por la puerta a Candela y a Martina, y con ellas, la libertad y tranquilidad que necesitaba.

Dejó su cuaderno en la barra y se dispuso a marcharse, pero antes de hacerlo, Candela la frenó.

—Bueno, ¿vamos a seguir así?

Ella la miró sin entender a qué se refería

—Tú sin hablar del tema, carcomiéndote por dentro y yo sin preguntar por miedo a tu reacción —aclaró rápidamente su amiga.

—Lo siento, Candela. Necesito pensar. Necesito tranquilidad...

—Vale, lo entiendo. Pero si necesitas un hombro sobre el que llorar o si necesitas a alguien que te ayude a deshacerte del cuerpo de Raúl... llámame e iré volando.

Las palabras de su amiga la hicieron reír. Era su forma de ayudarla a pasar por ese bache y en cierta forma se lo agradecía.

—Me voy a casa. Quiero descansar. Espero no encontrarte en mi cama sentado cuando salga de la ducha —dijo, mientras miraba a Héctor fijamente. Este suspiró y cabeceó al oírla.

Fue paseando hasta su casa. El aire frío le daba en la cara, siendo un recordatorio constante de que en menos de cinco días tendría que irse a Estocolmo con Raúl. Todavía no había decidido si quería hacer ese viaje y menos según estaba la situación en ese instante.

Estaba llegando a su calle cuando se cruzó con una mamá con un carrito de bebé. Al mirar al pequeño que dormía en la silla se acordó de Sam. En tan poco tiempo le había cogido mucho cariño a ese pequeño glotón, pero sabía que desde el jueves las cosas habían cambiado y si no era así, ella se iba a encargar de que cambiasen.

Llegó a su casa y lo primero que hizo fue servirse una generosa copa de vino. Subió a su habitación y se dio una larga ducha caliente. Después de un rato de pensar y pensar, le mandó un mensaje a su abuela para hacerle saber que estaba bien. Esa mañana, al hablar con ella, su abuela había insistido en volver si ella lo necesitaba, pero no era así. Necesitaba estar sola y aclarar su mente.

Se sentó en la mesa de la cocina y mientras removía la ensalada que se había preparado, llamó a Raúl. Había llegado el momento de hablar y aunque no estuviese del todo preparada no se iba a esconder más.

Al segundo toque, él contestó al teléfono. Su voz sonaba angustiada y algo triste.

—Alana... —El silencio se hizo a través de la línea. De repente, no le salían las palabras—. ¿Alana estás ahí?

—Sí, sí... Raúl, ¿podrías venir a mi casa un momento? Creo que tenemos que hablar —dijo con voz fría y calmada.

—Sí, claro... dame un minuto y estoy ahí.

—Vale. —Sin esperar contestación cortó la llamada y dejó el teléfono con las manos temblorosas.

En menos de dos minutos el timbre de la puerta sonó. Al oírlo fue a abrir, pero al verlo a través del cristal su corazón se desbocó haciéndola tener sentimientos y emociones contradictorias. Ahí estaba él, mirándola con amor y culpa, con su pelo despeinado y su barba incipiente. Tomando aire y sosegándose abrió la puerta y le dejó pasar.

—Hola. Estás muy guapa.

—Hola. No hace falta que mientas, estoy horrible.

Y era cierto. Llevaba dos días sin pegar ojo y sus pronunciadas ojeras su aspecto desaliñado y en pijama no ayudaban mucho.

—Para mí estás guapa... siempre estás preciosa —contestó él rozándole los dedos.

Alana al sentir el contacto se apartó como si quemase. Sabía que si la tocaba se derrumbaría y no quería ser débil, no podía.

—¿Te parece que nos sentemos? —propuso ella mientras se sentaba en un extremo del sillón.

Él asintió con la cabeza. Mientras se sentaba al lado de ella, podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo, ver cómo su pecho se hinchaba cada vez que tomaba aire y ver aquella pecaminosa lengua recorrer sus carnosos labios cada vez que los humedecía.

—Quiero pedirte disculpas Alana... —empezó a decir él muy despacio mientras la miraba—. No sé qué me pasó... tener allí a mi madre diciendo todas esas barbaridades me hizo explotar y sin quererlo lo pagué contigo.

—Ya... pero no era conmigo con quien lo tenías que pagar. Desde el principio te dije que no quería el puesto de ser la madre de Sam... que no me adjudicaría ese título, que solo te ayudaría y apoyaría en lo que me fuese posible —dijo, mientras se levantaba y caminaba de un lado a otro empezando a perder la paciencia—, y te recuerdo que tú aceptaste. Todo iba bien. En ningún momento me apartaste de Sam. No te importaba cuándo le daba de comer o cuándo te ayudaba a cambiarle o cuándo era la única que conseguía calmar sus rabietas. ¿Qué he sido todo este tiempo? ¿Una niñera a la que te tirabas? ¿Eso es lo que he sido?

—Por favor, Alana, no digas eso. Sabes que no es así —dijo él mientras se levantaba e iba hacia ella.

—Si no es así, ¿por qué en ese momento dijiste esa frase? ¿Por qué?

Aunque no la acabaste, los dos sabíamos lo que ibas a decir.

—Lo siento. No quería meterte en esa discusión. No quería que mi madre te atacase. Lo dije sin pensar... tienes que creerme.

—¡Joder, Raúl! pero ¿no te das cuenta de que yo sí quería meterme? Quería defenderte a ti y a Sam, porque te quiero, joder, os quiero a los dos y sé que te lo dije el otro día y entiendo que tú no estés preparado, pero me has hecho daño, mucho daño... —Las lágrimas habían empezado a correr por sus mejillas de manera descontrolada—. ¿No ves cómo estoy? Estoy hecha una mierda por ti, porque no consigo sacarte de mi cabeza, llevo dos días sin dormir, sin apenas comer, sin ser yo misma, solo soy un zombi que va y viene sin rumbo fijo.

—No me digas eso, mi preciosa niña —dijo él mientras se acercaba para abrazarla, pero ella retrocedió un paso hacia atrás—. No huyas de mí, por favor, no lo hagas.

Alana le miró. Por un lado, quería sentir su abrazo, pero por otro, quería pedirle que se marchase.

—¿Si me vuelvo a acercar te alejarás? —preguntó, mientras se acercaba a ella.

Alana negó con la cabeza mientras se dejaba abrazar. Enterró la cabeza en su cuello y dejó que las lágrimas salieran sin temor alguno. Sintió cómo él se sentaba en el sofá arrastrándola consigo, abrazándola con fuerza mientras le besaba el pelo.

Después de un rato, sintió cómo el sueño empezaba a vencerla. Odiaba sentirse tan segura estando con él después de lo que había pasado.

Empezó a removerse entre sus brazos para alejarse, pero él se lo impidió.

—¡Shhh! Estate quieta... no te resistas. Duerme un poco... descansa, no pasa nada.

—No. Déjame. Necesito respirar.

Se apartó de ella un poco dejándola que se incorporase despacio.

—Tenemos que seguir hablando.

—Sí, lo sé. Solo quería que estuvieses bien —repuso él, recorriéndola con la mirada.

—Te he desvelado mis sentimientos, me he abierto en canal ante ti mostrándote lo bonito y lo feo, mi pasado y mi presente... sé que tú... puede que no estés preparado, lo sé y lo entiendo. —Le miró de arriba abajo una vez más antes de continuar—: Pero si vuelves a hacerme daño, te olvidaré. ¡Lo

juro! Reconstruiré mi vida como hace tres años y no habrá vuelta atrás.

Raúl asintió despacio y cuando vio que ella le seguía mirando con los brazos en jarras, se levantó y sin dejarla reaccionar, la besó. Fue un beso furtivo, cargado de necesidad y perdón, un beso que ambos necesitaban.

—Para, para... —murmuró Alana, poniendo las manos en su pecho para alejarle—. Tenemos que hablar de otra cosa.

Él la miró extrañado y dándole un último beso se dejó caer en el sofá. Alana le siguió mirando intentando encontrar las palabras adecuadas.

—A partir de ahora, las cosas serán diferentes. — Raúl la miró extrañado.

—¿Diferentes?

—Sí, muy diferentes. Iremos despacio, sin prisa, conociéndonos mejor y al mismo ritmo, porque si no, nos acabaremos destruyendo el uno al otro.

—Me parece bien, si es lo que tú quieres. —Intentó ponerle ojitos, pero no sirvió de nada.

—Es lo que yo quiero.

—De acuerdo. ¿Has pensado en el viaje?

—Sí. Iré contigo. —La cara de Raúl se iluminó por un momento—. Pero todavía no he decidido si quiero que compartamos habitación. —En ese momento Raúl se quedó blanco como el papel. No podía creer lo que acababa de decir.

—Reservaré la suite. Tiene dos habitaciones... así podrás elegir llegado el momento.

—Me parece bien. —No podía creer lo bien que se había tomado la noticia y lo rápido que había solucionado el problema—. Creo que deberías irte. Es tarde y me quiero acostar.

Sin decir más, se encaminó hacia la puerta, girándose para ver si él la seguía. Al ver que así era se sintió un poco decepcionada, pero no dejaría que él lo supiera.

—Sí... será mejor que me vaya. ¿Mañana te veré? —preguntó mientras le cogía una mano y pasaba los dedos por los nudillos.

—No lo sé. Te avisaré durante el día —contestó Alana antes de ponerse de puntillas y darle un beso en la comisura de los labios.

Le vio salir cabizbajo y callado. Una parte de su interior quería llamarle para que volviese y poder besarle por todo el cuerpo... pero su parte sensata sabía que no era buena idea.

Cuando salió de casa de Alana, sintió cómo su mente y todos los pensamientos que la surcaban se desbordaban hasta rozar la locura.

Por un lado, quería volver a su casa para decirle que la amaba y que no había amado a nadie como a ella y que jamás lo haría. Quería decirle tantas cosas...

Pero, por otro lado, sabía que sus miedos eran más fuertes que sus sentimientos y que mientras fueran ellos quienes le dominasen, no podría confesarle su amor.

Después de las duras palabras que le había dedicado Alana, sabía que no podía correr. Tenía que hacer las cosas bien. Ella se merecía que hiciera las cosas bien por una vez en su vida.

Ahora ya no solo tenía que luchar por Sam. Ahora también debía luchar por ella.

El abandono de su padre y la temprana muerte de su madre le habían hecho creer que no era digno de amar ni de ser amado, pues a las dos personas a las que había amado incondicionalmente le habían abandonado dejándole solo, sin nadie que le protegiese del mundo que se abría ante él.

No se había permitido amar... no lo merecía... o eso pensaba hasta que conoció a Alana, la mujer que volvió a despertar en su interior la fuerza del amor más puro y verdadero que había sentido jamás.

Cuando volvió a su casa, vio a Sam dormido plácidamente en su cuna. Cogió el peluche de Perdigón que Alana le había regalado y aspiró su aroma. Olía a su colonia, tenía impregnado su olor... Volvió a dejar el peluche en la cuna y se acostó, pero no consiguió dormir ni un solo minuto. Solo podía pensar en la forma de volver a conquistar a esa testaruda y cabezota mujer que vivía en la casa de enfrente.

Haría todo lo que estuviese en su mano para hacerla suya. Nadie podría entrometerse entre ellos. No lo permitiría.

23

Cuando sonó el despertador a las siete y media, Alana se dispuso a prepararse para ir a trabajar, pero nada más poner los pies en el suelo vio cómo su cuerpo se desvanecía nuevamente en la cama. Se sentía fatal, mareada y con un terrible dolor de cabeza.

Mientras esperaba que Candela cogiese el móvil, miró la pulsera que le había regalado Raúl. Se la había quitado el día anterior para ducharse y había decidido no ponérsela hasta no haber aclarado la situación en que se encontraban. No quería nada que la atase a él.

—Buenos días, florecilla del campo. —El alegre sonido de su amiga casi la hace sonreír, pero se encontraba demasiado mal para ello.

—Hola, Candy. Tengo que pedirte un favor. —Su voz sonaba ronca y apagada.

—¿Qué te pasa, Aly?

—Estoy malísima, me encuentro fatal, no creo que pueda ir hoy a trabajar —contestó, mientras reprimía un sollozo lastimero.

—¡Eh! No pasa nada. ¿Por qué no te tomas dos semanas de vacaciones? No has tenido vacaciones en tres años y ya va siendo hora —sentenció su amiga con voz firme

—¿No te importa?, ¿de verdad? No quiero dejarte tirada.

—Tranquila. Con el invierno sabes que los clientes son menos y entre los cuatro nos apañaremos bien. Además, te vas en unos días de viaje y tienes que estar recuperada.

—No me lo recuerdes que me pongo peor —se quejó, al pensar en el viaje a Estocolmo para el que solo quedaban cuatro días.

—Anda, no seas tonta. Tómate estos días para ti, de verdad, no te preocupes.

—Gracias, Candy. Necesito descansar, estoy agotada. ¿Te veré antes de irme?

—¡Claro que sí, tontorrón! ¡Y ya me puedes traer algo bonito a la vuelta!

Se despidió de su amiga y volvió a dejarse caer en la cama. Decidió que

ese día sería lo único que haría: dormir y descansar... y así lo hizo hasta que a las seis de la tarde el timbre empezó a sonar.

Bajó lentamente la escalera, y cuando llegó a la puerta vio que Raúl la miraba alarmado a través del cristal. Abrió y se apoyó en ella para no caerse.

—Pero ¿qué te pasa?, ¿estás bien?

Ella negó con la cabeza mientras se apartaba para dejarle pasar.

—No quería agobiarte, pero Candela me dijo que no te encontrabas bien y te he traído una sopa.

—Déjala en la cocina. Te lo agradezco, pero no creo que mi estómago aguante ningún tipo de comida —dijo, mientras su cara se contraía al pensar en la comida.

—Ven, anda —murmuró él mientras la llevaba al salón.

Se sentó en el sofá y tiró de Alana hasta que quedó encima de él, la abrazó y comprobó que no estuviese muy caliente. Cuando Alana empezó a forcejear, él la sostuvo con fuerza para que parase.

—Para Alana... para de una vez. Necesitas descansar y yo me voy a encargar de ello.

—No, no quiero, no quiero...

—¡Shh! Tranquila, esto no significa nada. Tranquila preciosa, solo descansa.

Se dio por vencida, dejó que sus brazos la abrazaran y se acomodó sobre él. En pocos minutos estaba dormida plácidamente.

Después de unos veinte minutos de sueño, Raúl se levantó con ella en brazos y la llevó hasta su dormitorio. Cuando entró se quedó unos minutos observando el entorno. Era la primera vez que veía su habitación. Era muy espartana: una cama de forja blanca, una mesilla a cada lado, una de ellas repleta de libros y otra con una simple lamparita de noche, un armario junto a una estantería llena de libros y fotos y un banco al lado de la ventana. No había nada más.

La dejó sobre la cama y la tapó con la sábana. Después se dirigió al baño y puso a llenar la tina, echó un poco de gel y comprobó que el agua estaba a la temperatura adecuada.

Se sentó en la cama y vio cómo ella dormía plácidamente. Observó con más detenimiento la habitación: había varias fotos en la estantería, una con

los que debían de ser sus padres, varias con Candela, una de sus abuelos y varias de un niño pequeño. Siguió mirando hasta que uno de los libros que había en la mesilla llamó su atención. Era un libro de arquitectura y por su estado era nuevo en comparación con los demás que había a su alrededor. Lo estuvo ojeando un rato hasta que sintió que unos ojos le observaban.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, mientras pasaba suavemente la mano por su cara.

—Estoy mejor, gracias.

—He llenado la bañera. Te sentirás mejor después de un baño.

Ella asintió e hizo un intento por levantarse, pero sus piernas no acompañaban al resto del cuerpo. Frustrada, refunfuñó y se dejó caer hacia atrás.

Segundos después, Raúl la llevó hasta el baño dejándola en la banqueta del tocador. Cuando empezó a desnudarla, ella abrió los ojos rápidamente y le miró con desdén.

—Tranquila fierecilla, que no me voy a aprovechar de ti. Solo quiero ayudar.

Ella suspiró y se dejó desnudar por aquellas grandes manos que despertaban su deseo.

Una vez dentro de la bañera, dejó que el agua la abrazase y suspiró relajada.

—Voy a calentar la sopa. Necesitas comer algo para coger fuerzas. —Sin esperar a que contestase, le besó el pelo y se marchó dejándola sola con sus pensamientos.

Alana cerró los ojos y dejó que el calor del agua envolviese por completo su maltrecho cuerpo. Perdió la noción del tiempo hasta que sintió que unos ojos la recorrían. Se desperezó y vio a Raúl apoyado en el lavabo con una pequeña y pícaro sonrisa dibujada en el rostro.

Se acercó a ella y empezó a lavarle el pelo. Una vez concluyó la tarea, la ayudó a salir de la bañera, llevándola hasta el dormitorio, la ayudó a vestirse y se encargó de que se comiese toda la sopa.

—De verdad, no tienes que hacer esto... es tarde... tienes que irte —dijo ella mientras se acomodaba en el sinfín de almohadas que había sobre su cama.

—No pienso moverme de aquí. Martina está con Sam y yo me voy a quedar contigo hasta que esté seguro de que vas a estar bien.

—No voy a insistir, no tengo fuerzas... pero si te vas a quedar — murmuró mientras apartaba la vista de su cuerpo— cena algo y dúchate. Estarás cansado.

Raúl asintió y salió de la habitación, no sin antes asegurarse de que ella tenía todo lo que necesitaba.

Después de cenar y de darse una ducha, entró en la habitación de Alana vestido solo con un pantalón negro de chándal y una fina camiseta blanca que marcaba su torso perfectamente definido y sus fuertes brazos.

Al verlo, Alana tuvo que hacer acopio de las fuerzas que le quedaban para no lanzarse a sus brazos para que la cuidase para siempre. Le vio caminar y sentarse en el banco que había al lado de la ventana. La miró y sonrió.

—¿Se puede saber por qué sonríes? —preguntó, intentando peinar su cabello desaliñado.

—Vuelves a ser tú. Ha vuelto el color a tus mejillas y veo que tu mal humor también ha vuelto.

—Ja, ja, qué gracioso eres. Sí, estoy mejor. Gracias por cuidarme. —No podía parar de mirarle. Su pelo mojado, sus ojos oscuros mirándola como si fuera una diosa a la que adorar... pese a estar enferma y desastrosa, aquel hombre la desconcertaba de una manera asombrosa.

—No es nada. Ahora intenta dormir.

Alana se tapó e intentó conciliar el sueño. Lo consiguió hasta que sintió que unos brazos la rodeaban. Abrió los ojos y se desperezó, y al girarse vio que Raúl la miraba con ojos somnolientos.

—No quería despertarte, pero ese banco es muy incómodo. —Le besó el pelo y acarició su mejilla—. Si quieres, me voy al salón.

Alana negó con la cabeza y se apoyó sobre su pecho. No sabía dónde iba a acabar su relación con Raúl. No sabía siquiera si había una relación, pero pensaba aprovechar lo que tenían al máximo, durase lo que durase y luego ya decidiría.

Había llegado el día que tanto temía. Ese día saldrían con dirección a Estocolmo, algo que la aterraba.

Eran las seis de la mañana y estaba plantada en su habitación mirando la única maleta que llevaba. Intentaba repasar mentalmente todas las cosas que había metido, pero su mente solo podía recordar los días que Raúl había pasado cuidándola y todo lo que le había dicho con una sola mirada o con una caricia y todo lo que los dos callaban a gritos, por miedo a decirlo en voz alta...

En ese momento, sonó el timbre sacándola de sus pensamientos. Ya no había vuelta atrás. Cogió la maleta, su bolso y bajó la escalera. Cuando llegó a la puerta y vio a Raúl, sintió un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza. Estaba guapísimo vestido con unos vaqueros desgastados, una camiseta burdeos y una chaqueta de cuero.

—Buenos días, preciosa. Te has quedado embobada —dijo él mientras cogía su maleta y sonreía con picardía.

—Eh... buenos días. Sí, estaba pensando si se me olvidaba algo —contestó mientras se sonrojaba.

Raúl asintió mientras guardaba las maletas en el maletero. De camino al aeropuerto ninguno de los dos habló, cada uno iba centrado en sus cosas. Ella, en cómo apaciguar todos los sentimientos que luchaban por salir a la luz y él pensando en cómo hacer que Alana viviese el fin de semana de sus sueños.

Tras dos horas de espera, embarcaron y despegaron rumbo a Estocolmo. Media hora después, Alana estaba profundamente dormida. Apenas había dormido aquella noche y necesitaba descansar.

Cuando aterrizaron, Raúl la despertó cariñosamente. En cuanto que Alana puso un pie en aquella ciudad, sintió cómo todos sus recuerdos volvían a su mente como una fuerte bofetada... su madre, su hermano... y desgraciadamente también, Ernesto estaba en esos recuerdos.

Llegaron al hotel en menos de diez minutos. Cuando salieron, hacía

bastante frío. Allí la temperatura era mucho más baja que en España y pese a que iban abrigados, el frío hacía mella en sus cuerpos.

Mientras Raúl hablaba con la recepcionista, ella miró con detenimiento el vestíbulo. Era amplio, con suelos de mármol y paredes claras, tenía una enorme cristalera que daba a una calle transitada, una zona con unos cómodos sofás de cuero y muebles de madera y en la pared de enfrente se alzaba una gran escalera de mármol que daba a dos pasillos diferentes.

—Vamos. —La voz de Raúl la sacó de su ensimismamiento.

Llegaron a uno de los ascensores y subieron hasta el quinto y último piso. Cuando llegaron al pasillo, Raúl la guio hasta la última puerta y nada más abrirla, Alana se quedó boquiabierta. Tenía ante ella una preciosa habitación. Era un íntimo salón con suelos de madera noble, paredes en beige y burdeos y un cómodo sofá color crema frente a una chimenea con el fuego encendido.

En cada lateral del salón había una puerta. Alana intuyó que serían las habitaciones.

—La de la izquierda es la tuya —susurró él pegado a su oído.

—Vale... voy a dejar mis cosas y a darme una ducha.

—Yo también. Pediré algo de comer antes ir a la reunión. ¿Te parece bien?

Ella asintió y se dirigió a su habitación. Cuando entró, creyó entrar en un mundo paralelo. Una habitación cálida, coronada por una gran cama de madera oscura con dosel, vestida con sábanas de seda. A cada lado, una mesilla, en una de ellas un jarrón con una rosa amarilla y una nota. Se acercó rápidamente y la cogió para leerla.

Gracias por acompañarme en este viaje, espero que para ti sea tan mágico como lo será para mí.

R.

Sin pensarlo dos veces, salió corriendo hasta entrar en la habitación en la que se encontraba él. Le encontró sentado en la cama mirando por el ventanal que había enfrente. Llegó hasta él y le besó... le besó como deseaba hacerlo desde hacía días, deseando que aquel beso le transmitiera todo lo que sentía.

Raúl respondió al beso con su mismo entusiasmo, sujetándola con fuerza como si temiese que se pudiera escapar.

Cuando ambos se separaron, estaban sin aliento. Alana no dijo nada. Solo sonrió y se fue a su habitación dejando a Raúl totalmente descolocado y feliz.

Cuando cerró la puerta tras ella, empezó a saltar por la habitación como una adolescente, tirándose encima de la cama y dejándose abrazar por la calidez que esta le aportaba. Tras unos minutos mirando al techo, se puso de pie y se dirigió al baño que había en la habitación. Era un baño enorme, todo de mármol con una gran bañera y una ducha justo al lado. Completaba la estancia un lavabo doble con dos grandes espejos con un precioso marco dorado de estilo barroco.

Se desvistió y se metió en la ducha. Puso el agua tan caliente como pudo, esperando que el calor le quitase el entumecimiento que sentía en todo el cuerpo.

Una vez fuera, colocó su ropa entre la cómoda y el armario de la habitación, ambos de estilo barroco, de madera tallada, antiguos y enormes. En ellos podría guardar toda la ropa que tenía y sobraría espacio....

Una vez terminó de prepararse, se miró detenidamente en el espejo. Había escogido un vestido color vino, entallado y largo hasta la rodilla con escote cuadrado y media manga que se ceñía a la perfección a su cuerpo. Se recogió el pelo en un moño bajo que sujetó con un pasador que le había regalado su abuelo. Siempre le había dado suerte y ese día lo necesitaba. Terminó poniéndose unos zapatos negros de tacón.

Cuando salió de la habitación, Raúl se quedó pasmado mirándola.

—¿Qué tal voy? —preguntó, sintiéndose el centro de atención de todas las miradas, pese a que estaban solos.

—Perfecta, estás perfecta.

Ella sonrió y se sentó junto a él. La mesa estaba llena de comida: fruta, diferentes tipos de galletas y dulces típicos, una gran fuente con Kanelbullar, unos deliciosos bollos de canela típicos de Suecia que siempre habían sido sus favoritos. También había varias jarras con diferentes zumos y cafés.

Después de desayunar, se dirigieron a la reunión. Sería la primera de las dos a las que asistirían en ese viaje. Alana estaba nerviosa y en la media hora de trayecto no dejó de temblar.

—Respira, te estás empezando a poner azul. Todo va a ir bien —dijo Raúl mientras le cogía la mano y entrelazaba sus dedos.

—¿Y si meto la pata y no sale bien? No he hecho esto nunca...

—Solo tienes que traducir lo que yo diga, nada más. Todo va a ir sobre ruedas, ya verás. Lo harás muy bien y cuando salgas del coche lo harás con la cabeza alta, sin miedo, creyendo en ti misma, porque yo creo en ti y tengo la certeza de que nadie lo haría mejor que tú.

Los ojos de Alana se llenaron de lágrimas. Nadie le había aportado tanta seguridad como la que le habían transmitido las palabras de Raúl y sabía que no se refería solo a la reunión.

—Ya hemos llegado. Recuerda: yo creo en ti. —Le apretó fuerte la mano y le dio un suave beso en la mejilla.

Salió del coche decidida, sintiéndose una mujer poderosa y segura de sí misma.

Tras dos horas y media, salieron por la puerta dejando atrás el edificio donde había tenido lugar el encuentro. Todo había ido bien. Bien no: perfecto. El inversor del proyecto estaba encantado con la idea de Raúl y no había puesto ningún impedimento, solo quería resolver algunas dudas.

Iba a subir al coche cuando Raúl tiró de su mano, la atrajo hacia su cuerpo y la besó como no la habían besado nunca. Fue un beso pasional, pero muy tierno. Un beso que la dejó sin aliento y temblando por completo. Sentir sus labios, su respiración, sus manos sujetándola... era todo lo que necesitaba para saber que Raúl era la persona que llevaba esperando mucho tiempo.

Llegaron a la habitación del hotel entre besos y caricias. Entraron, cerraron la puerta y se fueron deshaciendo de todas las prendas que llevaban. Cuando llegaron a la cama solo les quedaba la ropa interior.

Alana recorrió el cuerpo de Raúl con la vista, deteniéndose en su torso marcado y en la forma de sus piernas, unas piernas fuertes y tonificadas.

De repente, se sintió entre sus brazos, entrelazó las piernas alrededor de su cadera y sintió el frío de la pared contra la espalda.

—No puedo esperar más, preciosa. Llevo días deseando este momento.

Ella solo pudo asentir antes de sentir cómo la embestía. Se agarró a sus hombros y se dejó llevar, era todo lo que necesitaba.

Llevó sus manos desde sus hombros hasta su pelo, enterrándolas allí antes de besarlo con fervor. Ambos estaban a punto de estallar de placer, pero poco a poco, Raúl fue deteniendo el ritmo de sus embestidas. La llevó hasta la cama dejándola tumbada, la miró durante unos segundos antes de cernirse

sobre ella, besó su cuello despacio bajando hacia sus pechos dejando un reguero de besos a su paso, se metió uno de sus pezones en la boca al mismo tiempo que se adentraba otra vez en ella. Alana gimió de placer al sentir que la llenaba por completo. Él la sujeto las manos encima de la cabeza mientras entraba y salía de ella.

Alana fue la primera en dejarse caer por ese precipicio de sensaciones. Se agarró como pudo a sus manos y enterró la cabeza en la curva de su cuello. Unos instantes después, fue Raúl el que se dejaba arrastrar, mientras mordía su cuello y se dejaba caer encima de ella.

Una vez le soltó las manos, estas viajaron a su espalda recorriéndola con suaves caricias.

Así estuvieron durante unos minutos, hasta que Raúl se dio la vuelta y dejó que ella se acomodase encima de ella. Alana le miró somnolienta antes de acomodarse en su pecho y dejarse atrapar por los acolchados brazos de Morfeo.

Alana se despertó sobresaltada, empapada en sudor y sin aire en los pulmones. Todavía sentía el peso de la pesadilla sobre su cuerpo. Miró hacia el otro lado de la cama y la encontró vacía. En ese momento se percató del ruido de la ducha que provenía del baño. Se levantó y fue hasta él. Allí encontró a Raúl bajo el chorro del agua. Despacio y sin hacer ruido, abrió la puerta de cristal de la ducha y abrazó por detrás a un mojado y resbaladizo Raúl que la recibió con los brazos abiertos entre besos y caricias.

—No quería despertarte... se te veía tan tranquila.

—Venía a enjabonarte la espalda... si me dejas —dijo, forzando una sonrisa pícaro. Lo que menos quería era alarmar a Raúl con sus frecuentes pesadillas.

—Mmm, eso no se pregunta. Me tienes aquí a tu entera disposición —contestó él mientras le echaba jabón en la palma de la mano.

Fue una ducha tranquila, llena de besos, caricias, susurros y gemidos que se arrancaron el uno al otro.

Cuando salieron de la ducha, Raúl propuso salir a cenar fuera y a ella le pareció una fantástica idea, pero insistió en vestirse en su habitación. Quería sorprenderle.

—Venga, suéltame... sabes que, si no lo haces, ninguno de los dos saldrá

de esta habitación —dijo ella entre risas mientras intentaba zafarse de sus brazos.

—No es justo. Me privas de lo que más me gusta —murmuraba él con voz lastimera mientras la besaba en el cuello.

—Suéltame o esta noche dormirás solo. Y sabes que soy capaz —sentenció Alana con voz firme, pero con una sonrisa en los labios.

—Me siento frustrado, como cuando mi madre no me dejaba comer dulces de pequeño y tú, jovencita, eres un caramelito muy apetecible —dijo Raúl con una sonrisa pícaro en los labios.

Al final, Raúl claudicó y la dejó salir de la habitación. Sabía que ella tenía razón. O la dejaba ir a cambiarse o ninguno de los dos saldría de aquella habitación.

Cuando Alana entró en su habitación se sentía nerviosa, era como volver a tener una primera cita con él. Estaban empezando desde cero y ambos querían que las cosas saliesen bien.

Se plantó delante del gran armario y miró toda la ropa que había guardado en él. Después de descartar vestidos y diferentes conjuntos, se decantó por unos pantalones negros sueltos, una blusa roja que le quedaba realmente bien y unos zapatos de tacón del mismo color. El tiempo que hacía en Estocolmo no le permitía ponerse uno de los bonitos vestidos que había llevado, pero al final le gustaba el resultado. Se recogió el pelo con su pasador y se puso un poco de maquillaje. Cuando salió de la habitación, vio a Raúl mirando por el ventanal mientras hablaba por el móvil. Se quedó unos segundos observándole: pantalón de traje negro y una camisa del mismo color que parecía que le habían cosido a la piel. Estaba guapísimo. Llevaba barba de un par de días, algo que hacía resaltar más sus facciones y algo que a ella le encantaba. Lentamente se acercó a él y le abrazó por detrás apoyando la barbilla en su hombro. Él, al sentir su contacto, terminó la llamada y se giró para mirarla. Se desplazó unos pasos hacia atrás para poder contemplarla por completo, la hizo girar sobre sí misma y sin decir nada, la atrajo hasta sus brazos y depositó un beso en su cuello.

—Estás guapísima. Siempre lo eres, pero hoy lo estás todavía más. — Las palabras que Raúl dijo cerca de su oído hicieron que ella se sonrojara.

Cuando se separaron de su abrazo, Alana le miró de arriba a abajo otra

vez.

—Tú también estás muy guapo. ¿Qué se supone que celebramos hoy?

Él volvió a tomarla por la cintura y antes de besarla dijo:

—Que empezamos un libro nuevo... que empezamos de cero.

La cena transcurrió tranquila. Pasearon por Gamla Stan, la ciudad vieja. Pasearon por sus calles de piedra rodeadas de edificios y casas antiguas pintadas en colores granates y amarillos. Hacía frío, pero aquella noche nada de eso importaba. Continuaron con su paseo hasta llegar a la catedral de San Nicolás, iluminada únicamente por las farolas que rodeaban la plaza. Mientras paseaban, Alana le contó cómo en un principio la catedral había sido de estilo gótico y cómo posteriormente había sido remodelada dándole el toque barroco que ahora la caracterizaba.

Llegaron al hotel pasada la medianoche, pero no les importó. Esa noche las caricias y la pasión fueron los principales protagonistas y ninguno de ellos durmió hasta que empezaba a amanecer.

Mientras Alana dormía, Raúl se había despertado temprano para planificar un día entero para poder visitar la ciudad. Era domingo y ese día no tenían ninguna reunión, así que disfrutarían todo el día de lo que Estocolmo les podía dar.

Mientras miraba sitios a los que ir, seguía recordando la noche que habían pasado juntos. Los dos dejaron que la pasión hablase por ellos y en cierta medida en ese viaje estaba descubriendo a una Alana que no conocía.

Estaba abstraído en sus pensamientos, cuando su teléfono sonó. Era su hermano Héctor:

—¿Qué tal todo, mi pequeño Willy Fog? ¿Cómo va esa escapada romántica?

—Hola, hermano. Bien, va todo bien y sabes que no es una escapada romántica. Es un viaje de negocios.

—Sí, claro, y yo voy y me lo creo. Sabes perfectamente que podías haber hablado con el inversor por teléfono y mandarle todos los planos y documentos, pero no pienses que te juzgo, está bien que luches por conquistar a tu chica.

—Anda deja de decir tonterías y dime cómo está Sam.

—Está bien. Algo intranquilo por las noches, pero Martina y Candela creen que es por los dientes.

—Bueno, si ves que le molesta mucho dale lo que nos dio el médico la última vez, así por lo menos dormirá tranquilo.

—A sus órdenes, mi capitán. Por cierto, ¿a qué hora llegáis el lunes?

—Cogemos el avión a las diez de la noche, así que sobre las cuatro de la mañana estaremos allí.

—Iré a buscaros, así no tendréis que coger un taxi y podrás contarme todos los detallitos del viaje.

Después de un rato escuchando las sandeces, algunas ciertas, que decía su hermano y de hablar un poco con Sam, todo lo que se podía hablar con un bebé de ocho meses... colgó la llamada.

Era la primera vez que se separaba de Sam en esos ocho meses que

llevaban juntos y la verdad es que había sido más duro de lo que pensaba.

En ese momento, Alana salió de la habitación. Llevaba un camisón de satén en un color rosa pálido que le sentaba como un guante ya que marcaba cada una de las curvas que su cuerpo tenía.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Qué tal dormiste?

—Buenos días. Después de que alguien me dejase dormir, lo hice de maravilla —dijo, levantando las cejas mientras se aproximaba hacía Raúl—. ¿Qué es todo esto que tienes aquí? —dijo, señalando los papeles y el ordenador que había sobre la mesa.

Raúl se había quedado embobado mirándola y tardó unos segundos en contestar a su pregunta.

—He pensado que como hoy no tenemos ninguna reunión, podríamos ir a dar una vuelta por la ciudad... si quieres.

—Me parece una idea fantástica, pero creo que antes me voy a dar una ducha —contestó ella mientras se levantaba e iba hacia la habitación. Justo antes de entrar en ella, se giró y dejó que los tirantes y el resto del camisón resbalaran por su cuerpo—. ¿Me enjabonas la espalda, cariño?

Alana no tuvo que decir más para que Raúl dejase todos los papeles y saliese corriendo tras ella. Esa mujer lograría volverlo loco, si es que no lo estaba ya... sí, seguro que ya lo estaba... loco por ella.

26

El domingo pasó tranquilo, visitaron la ciudad, recorrieron sus calles... Alana le llevó a sitios preciosos que no salían en las guías. Esa noche cenaron en el hotel. Entre caricias y besos pasaron un día que recordarían siempre.

Llegó el lunes. Ese día tenían dos reuniones a las que asistir. Una, a primera hora de la mañana, y la otra, casi a última hora de la tarde.

Esa mañana había escogido un vestido azul oscuro y unos zapatos color camel con un pequeño borde en el mismo azul del vestido. Se hizo una coleta alta y salió de la habitación, después de haberse maquillado un poco.

Encontró a Raúl preparando las últimas cosas para la reunión. Cuando la vio se quedó embobado mirándola, como siempre, haciéndola sentir la mujer más bonita del mundo.

La reunión transcurrió con normalidad. Después de hora y media salieron de las instalaciones donde se habían reunido con el inversor.

—¿Te apetece que vayamos a comer algo o prefieres regresar para terminar de hacer el equipaje? —La pregunta de Raúl la trajo de vuelta a la realidad. Durante el tiempo que había durado la reunión había estado intentando reunir el valor que necesitaba para llevar a cabo lo que quería hacer.

—¿Qué te parece si tú vas yendo al hotel y mientras yo voy a comprar algunas cosas que quiero llevarme? Así iremos más rápido, ¿vale?

No le dio tiempo a responder, le dio un suave beso en los labios y se montó en uno de los taxis que esperaban en la puerta del edificio.

Cuando llegaron a su destino, Alana temblaba por completo. Tomó aire y se puso las gafas de sol antes de salir del taxi, no sin antes decirle al taxista que la esperara, que no se demoraría mucho.

Cuando salió, contempló la fachada del colegio. Seguía siendo como la recordaba. Por la puerta empezaban a salir un grupo de chicos y chicas que estudiaban en él. En cuanto le vio su corazón se paró... ahí estaba él, su hermano al que no veía desde hacía tantos años... al que echaba de menos

cada día, cada instante. Ahí estaba él. Se parecía a ella, tenía su misma nariz y sus mismos ojos, pero los de él eran de un verde más claro.

Después de unos minutos observándole, empezó a sentirse incómoda. Un escalofrío le recorrió desde la cabeza hasta los pies. Sentía una sensación rara... como si alguien la estuviese observando. Con disimulo se giró, pero no vio a nadie. Se abrazó a sí misma y volvió a centrar la atención en su hermano por última vez. Una lágrima resbaló por su mejilla y sin más se subió al taxi y partió rumbo al hotel. Sabía que si se quedaba más tiempo sus fuerzas flaquearían e iría corriendo a abrazar a su hermano y aquello no podía ser. Lo que había hecho era lo mejor para los dos.

El resto de la tarde pasó con normalidad. Raúl le preguntó varias veces si le pasaba algo porque estaba muy callada, pero ella siempre esquivaba sus preguntas y le decía que no era nada, solo una leve jaqueca.

—He cancelado la reunión de esta tarde y he adelantado el vuelo. Ya he avisado a Héctor. —Las palabras de Raúl la sorprendieron.

—¿Por qué la has cancelado? Te he dicho que estaba bien. No tenías que haberlo hecho.

—No tienes buena cara... además, es solo el visto bueno de los últimos planos. Puedo mandárselos y hablar con ellos en otra ocasión. No te preocupes. —Raúl la abrazó y sintió cómo todo su cuerpo temblaba. No sabía por qué, pero tampoco la presionaría para que se lo contase.

—Bueno. Si has adelantado el vuelo será mejor que terminemos de recoger. —Alana se separó de él y siguió guardando cosas en su maleta.

Después de un vuelo de cuatro horas y de largas esperas hasta que llegaron sus maletas, salieron del aeropuerto. Era la una de la madrugada y hacía bastante viento. Alana se resguardó bajo su bufanda y continuó andando hasta que vio a Héctor y a Candela esperándoles a la salida de la terminal. Ella no sabía que fueran a ir a buscarlos, y sin perder tiempo, se soltó de la mano de Raúl y corrió a los brazos de su amiga. Esta la recibió con los brazos abiertos, pero enseguida supo que le pasaba algo... algo que luego tendría que contarle.

—Bueno, bueno... ya veo que me has echado de menos. Yo a ti también —dijo Candela intentando que su amiga recuperara la compostura.

—Hermanito, ¿qué hay de mi abrazo? —Rio Héctor en tono guasón. Lo

más sorprendente fue que su hermano dejó las maletas y le abrazó.

—Gracias por cuidar de mi pequeño estos días.

—No tienes que darme las gracias por nada. Es mi pequeñajo también, ya lo sabes.

Después de la emotiva bienvenida, los cuatro subieron al coche de Héctor. Mientras los hermanos hablaban en la parte delantera sobre el proyecto y las reuniones, en la parte trasera Alana le contaba a Candela cómo había ido el viaje, todo lo que habían visitado y los sitios que le había enseñado a Raúl.

Cuando llegaron al pueblo, Alana insistió en dormir en su casa. Necesitaba ver a su abuela y tener algo de tranquilidad.

A la mañana siguiente, cuando Alana bajó a la cocina de su casa, vio a su abuela desayunando y pese a que la noche anterior, cuando llegó a casa estuvieron hablando, nada más verla esa mañana la abrazó y fue cuando se sentó y habló con su abuela del momento en el que había visto a su hermano.

—¡Está tan mayor! ¡Ha cambiado tanto! ¡Me dolió bastante tener que irme otra vez, otra vez sin darle una explicación!

—Mi niña, tú no te puedes culpar por lo que pasó... no fue tu culpa. No podías hacer otra cosa y... no deberías haber ido. Ya sé que te morías de ganas, pero mira cómo estás... y, sobre todo, quién lo está pagando. —Nada más decir esto, su abuela recogió su taza del desayuno y después de dejarla en la pila la dejó sola en la cocina sumida en sus pensamientos.

Eran las doce de la mañana cuando el timbre de la puerta sonó, tras él una Candela alegre y jovial apareció en su salón con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola! ¿Cómo están mis dos chicas favoritas?

Concha y Alana se echaron a reír.

—Pues mira, aquí estamos. Viendo "amigas y conocidas" y emparejando calcetines, ¿quieres sumarte a la diversión? —La ironía de la pregunta de Alana hizo que su amiga estallase en carcajadas.

—No, creo que no. Vengo a deciros una cosa y me voy a trabajar que Mike al final me va a matar.

—¿Qué es eso que nos tienes que contar? No me des disgustos que ya sabes que bajo esta fachada de jovencuela se esconde una señora de setenta y

tres años.

—Tranquila Concha, que creo que mi noticia te va a hacer muy feliz. —
Abuela y nieta se miraron intentando adivinar qué era lo que Candela les iba a decir.

—Héctor me ha pedido que me vaya a vivir con él y antes de que digáis nada, le he dicho que no, que yo no iba a dejar mi casa, mi pueblo, mi gente. —Las caras de Alana y de su abuela eran un poema—. Así que hemos decidido que él se vendrá a vivir conmigo.

En ese momento las tres empezaron a reír. Esa era Candela. Después de hablar un rato se marchó y Alana la acompañó, le apetecía trabajar, volver a la rutina.

El regreso (Alana)

Desde su vuelta de Estocolmo, había pasado casi una semana. Su relación con Raúl volvía a ser la que era. Estaban felices por el paso que iban a dar Héctor y Candela y ella cada día veía más sólida su relación con Raúl. No podía pedir nada más.

Era domingo, un domingo frío y gris. Uno de esos días en los que no apetece salir de casa.

Alana se encontraba sentada en la mullida alfombra del salón jugando con el pequeño Sam, que con su ayuda intentaba mantenerse en pie aferrándose a sus manos, mientras que Raúl capturaba cada momento con su cámara de fotos. Le encantaba ver cómo ella se reía y cómo Sam en el poco tiempo que había pasado con ella, le había hecho un hueco en su corazón.

En ese instante, padre e hijo babeaban por la misma mujer. Cada vez que Sam oía su voz la buscaba por todas partes y desde que le había regalado aquel tierno peluche no había quien le separase de él. Sin embargo, para Raúl era diferente. Cada vez que oía su voz, su corazón latía desbocado. Había ocasiones en las que pensaba que acabaría por detenerse.

De pronto, la tranquila tarde se vio turbada por el sonido del timbre de la puerta.

—Espera, no te levantes. Quédate con Sam —dijo Raúl mientras se ponía en pie y se encamina hacia la puerta principal.

Alana le sonrió y siguió jugando con el pequeño, pero de repente, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y sintió cómo algo se rompía en su interior.

Cogió al pequeño Sam y le dejó en el parque con unos cuantos juguetes y se encaminó hacia la puerta principal. Hasta que no se hubo acercado hasta la puerta, no pudo ver con quien estaba hablando Raúl. Su sangre se heló por completo. Su cara palideció y sintió cómo el suelo se abría bajo sus pies.

—¡Pero mira a quien tenemos aquí! Si es mi preciosa hijastra. —Esa voz ronca, con ese deje prepotente que ella siempre había odiado tanto.

¡Y allí se encontraba él! La persona que había sido el producto de sus

pesadillas durante tantos años... la persona que le había forzado a hacer las maletas y desprenderse de todo lo que tenía. Allí estaba él: Ernesto.

—No entiendo nada. ¿Hijastra? —La voz de Raúl le trajo de vuelta a la realidad. Le miró con los ojos llenos de lágrimas, intentando tragarse el nudo de emociones que se había formado en su garganta.

—¡Ah! ¿Que no se lo has dicho, Alana? ¿Qué pasa? ¿Cómo no lograste seducirme a mí, ahora lo has intentado con mi hijo?, y veo que con él te ha funcionado mejor.

Esas palabras fueron como un cubo de agua fría. Alana tragó saliva y vio la cruz que colgaba del cuello de Ernesto. Era igual que la que Raúl tenía encima de la cómoda de su habitación. En ese momento, todo empezó a tener algo de sentido. Faltaban muchas piezas, pero algunas de ellas empezaban a encajar.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? —La voz de Alana sonaba fuerte, pero solo era apariencia. Por dentro, seguía siendo esa chica asustada que huyó de todo por culpa de las mentiras de aquel horrible hombre.

—Fuiste muy ilusa al ir a ver a tu hermano a la salida del colegio. Sabes que siempre te reconocería, aunque me lo pusieses muy difícil, siempre te acabaría encontrando... pero bueno, veo que huiste para buscar a mi hijo e intentar con él lo que conmigo no pudiste hacer y debo de reconocer que tiene su mérito.

—¿Qué está queriendo decir, Alana? ¿Tú sabías que era mi padre? —La voz de Raúl resonó fuertemente en el pasillo.

—¡No! ¡Claro que no! ¿Cómo iba a saber que él era tu padre? Sabes que nunca te haría eso. Sabes por lo que he pasado. — Alana no podía creer lo que estaba escuchando. ¿De verdad Raúl estaba dudando de lo que le había contado?

—Ya te fue con el cuento de que intenté abusar de ella, ¿no? Pero no te contó cómo durante años me provocaba y cuando la rechacé, fue con esa mentira a su madre para hacernos daño a los dos.

—¡Sabes que eso no es verdad! ¡Eres un jodido mentiroso! Siempre lo has sido. —La voz de Alana cada vez era más elevada y sus nudillos cada vez estaban más blancos de la fuerza con la que apretaba las manos.

Alana miró a Raúl intentando averiguar qué pasaba por su mente, pero su cara no le desvelaba nada, su rostro estaba serio, pero sus ojos transmitían mil

cosas: odio, rabia, dolor...

—Creo que será mejor que te marches —dijo Raúl—. No creo que tengamos nada de qué hablar. —La voz de Raúl fue cortante. Más que una petición era una orden.

—Pero eres mi hijo y quiero poder explicarte todo lo que pasó, por qué hice lo que hice, por qué me fui... no creas ni una palabra de lo que te diga esta gata de ojos verdes, solo sabe mentir y embaucar... —Las últimas palabras de Ernesto casi ni fueron escuchadas por Raúl, que mientras este hablaba, había cerrado la puerta.

Fue hasta la cocina y cogió un vaso de agua. Necesitaba ordenar su mente, necesitaba procesar todo lo que acababa de pasar. Alana le seguía como una autómatas. Se quedó apoyada en el quicio de la puerta viendo cómo él miraba fijamente la encimera de la cocina. El llanto de Samuel fue como un salvavidas. Fue corriendo hasta el salón y cogió al pequeño entre sus brazos. Para ella fue como un bálsamo.

Sintió la presencia de Raúl a su espalda. Se giró para mirarle, pero no le gustó lo que vio. La frialdad de sus ojos y la rabia que veía en ellos, no eran buenas señales.

Sin decir nada, Raúl cogió a Sam en sus brazos, no sin que este, protestara.

—Creo que deberías irte. Esto ha sido demasiado para los dos y necesitamos pensar con tranquilidad.

—¿De verdad puedes creer lo que él ha dicho...? —La voz de Alana se fue rompiendo poco a poco.

—Ahora mismo no sé qué creer... —Raúl se dejó caer en el sofá dándole la espalda, lo último que oyó fue la puerta cerrándose tras los pasos de Alana.

El regreso (Raúl)

Cada día que pasaba a su lado, sentía que sus sentimientos se hacían más fuertes. Después del viaje a Estocolmo, Alana le había contado que había ido a ver a su hermano y que ese era el motivo por el que estaba tan rara desde que habían vuelto. Verle había supuesto un duro golpe para ella... un golpe que él le ayudó a afrontar.

Y ahí estaba él, armado con su cámara de fotos, disparando una tras otra,

sin tan siquiera mirar el resultado. Alana estaba sentada en la alfombra del salón jugando con Sam, el cual cada vez la quería más. No sabía si estaba bien dejar que entre ellos se crease ese vínculo, pero sus sentimientos por ella eran demasiado fuertes. Además, sabía que Alana nunca le haría daño.

Se había quedado embobado, cuando de repente oyó el timbre de la puerta. Vio cómo Alana se iba a levantar para abrir, pero él se adelantó.

—Espera no te levantes, quédate con Sam —dijo él, mientras se levantaba y salía del salón, no sin antes girarse y contemplar cómo Alana le hacía pedorretas a su pequeño y cómo este reía a carcajadas.

Cuando abrió la puerta se encontró con un hombre de unos cincuenta años, pelo cano y ojos oscuros. Algo en él le resultaba familiar, pero no sabía qué era.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Claro que puedes, hijo. —En ese momento, el hombre abrió el abrigo que llevaba y dejó al descubierto la cruz que colgaba de su cuello... una cruz igual que la que él tenía.

—¡No puede ser! Esto tiene que ser una broma. —Raúl no podía creer lo que estaba viendo. ¿Realmente aquel hombre era su padre? ¿Ese padre que le había abandonado hacía tantos años?

—Claro que puede ser, hijo mío... quiero que me dejes explicarte por qué me fui, por qué os dejé a tu madre y a ti.

—No quiero que me expliques nada. Nos dejaste... te fuiste sin decir nada, de un día para otro... le destrozaste la vida.

Su mente retrocedió a su infancia. Recordaba cómo su madre había cambiado desde que él les abandonó. Ya no era la misma... ya no sonreía. Perdió la vitalidad y también la vida.

En ese momento, sintió cómo alguien se acercaba por el pasillo. Sabía perfectamente que era Alana y precisamente ella era la persona a la que más necesitaba en ese momento. Necesitaba refugiarse en ella y poder asimilar todo lo que ese hombre decía, pero cuando él la vio aparecer, el mundo de Raúl se derrumbó a su alrededor.

—¡Pero mira a quien tenemos aquí! Si es mi preciosa hijastra.

—No entiendo nada. ¿Hijastra? —Miró a Alana y vio cómo esta intentaba contener las lágrimas.

Las palabras de aquel hombre fueron la gota que colmaba el vaso. Raúl empezó a recordar todo lo que Alana le había contado de su padastro... la

forma en la que había tenido que huir dejando toda su vida atrás. La rabia le invadía. Aquel hombre había hecho daño a las dos mujeres a las que había querido. Sí, querido. En ese momento se dio cuenta de cuánto la quería.

—¡Ah! ¿Que no se lo has dicho, Alana? ¿Qué pasa? ¿Cómo no lograste seducirme a mí, ahora lo has intentado con mi hijo?, y veo que con él te ha funcionado mejor.

No podía creerlo. ¿De verdad estaba insinuando que Alana sabía que era su hijo? No podía ser. Todo aquello le superaba... todos esos sentimientos y emociones eran demasiado.

El resto de la conversación la oyó a lo lejos, encerrado en sus pensamientos. Sentía que tenía que hacer algo. Alana cada vez estaba más nerviosa, pero no podía... no sabía qué hacer.

Pero algo de lo que dijo aquel hombre que decía ser su padre le trajo de vuelta a la realidad:

— ... pero bueno, veo que huiste para buscar a mi hijo e intentar con él lo que conmigo no pudiste hacer y debo de reconocer que tiene su mérito.

—¿Qué está queriendo decir, Alana? ¿Tú sabías que era mi padre? —Ni el mismo reconocía su voz, no podía más con aquella situación.

—¡No! ¡Claro que no! ¿Cómo iba a saber que él era tu padre? Sabes que nunca te haría eso. Sabes por lo que he pasado. — Ella cada vez estaba más pálida y sus ojos cada vez más empañados por las lágrimas.

—Ya te fue con el cuento de que intenté abusar de ella, ¿no? Pero no te contó cómo durante años me provocaba y cuando la rechacé, fue con esa mentira a su madre para hacernos daño a los dos.

En ese momento recordó todo lo que Alana le contó. Por un instante pensó que lo que decía aquel hombre podía ser verdad, pero la lucidez volvió a su mente y supo que era mentira. La forma en la que Alana le había contado su historia... él mismo había presenciado sus pesadillas... era un idiota dudando de ella.

Quería que todo aquello acabara, quería que ella volviese a ser la que era, retroceder en el tiempo y volver a escuchar su risa.

Tomó aire lentamente y decidió dar por terminada la conversación.

—Creo que será mejor que te marches —dijo Raúl—. No creo que tengamos nada que hablar. —Intentaba sonar calmado, pero sabía que no era así.

Aquel que decía ser su padre, intentó que entrara en razón, pero él ni

siquiera se molestó en escucharle. Cerró la puerta y todo lo que ocurrió después fue como si una especie de neblina lo envolviera. No sabía qué hacer... qué pensar. Quería consolar a Alana, pero no sabía si sería capaz.

El llanto de Samuel le trajo de nuevo a la realidad. Vio a Alana salir casi corriendo de la cocina y cuando llegó al salón se encontró a aquella mujer que aparentaba fortaleza, rota en mil pedazos, abrazada a su hijo. En ese momento, no sabía quién consolaba a quién, lo único que sabía era que necesitaba poner en orden sus ideas.

Tomó al pequeño en sus brazos y le dijo a Alana que necesitaba pensar, que no quería creer lo que ese hombre decía... pero que había conseguido hacer que dudase.

—¿De verdad puedes creer lo que él ha dicho...? —La voz de Alana sonó triste, al borde del llanto.

—Ahora mismo no sé qué creer...

Lo único que escuchó después, fue la puerta cerrarse...

Después de horas pensando, intentando poner su cabeza en orden, había llegado a dos conclusiones: la primera era que Alana no mentía, ella siempre le había sido sincera y la segunda, que debía decirle todo lo que sentía por ella antes de que fuese demasiado tarde.

Cuando llegó a casa de su abuela y entró en el salón, reconoció el perfume que inundaba la estancia... ese olor a flores... ese perfume con un olor tan dulce que su madre siempre había usado.

Su abuela levantó la cabeza.

—Ha estado aquí, ¿verdad? —preguntó Alana sabiendo la respuesta de antemano.

Concha asintió y fue corriendo a abrazarla. No necesitaba saber mucho, con ver su cara sabía que algo no iba bien, e intuía que la visita de su madre iba a echar leña al fuego.

Después una larga conversación, Alana tomó una decisión. Una decisión que no sabía si sería la acertada, pero después de todo lo que había visto en Raúl, no sabía qué hacer. Lo que sí sabía, era que Ernesto no la dejaría en paz hasta que no acabase con ella. Por otro lado, no quería saber nada de lo que quería su madre, había tenido mucho tiempo para recuperar el tiempo perdido e intentar hablar con ella y nunca lo había hecho.

—Abuela, necesito que me des media hora. Después seré toda tuya, pero antes tengo que hacer una cosa.

Su abuela asintió y ella, cogiendo los dos sobres que había dejado encima de la mesa, se encaminó hacia la puerta.

Cuando Candela abrió la puerta de su casa se quedó totalmente sorprendida. Era más de medianoche y ahí estaba su amiga. Se le notaba triste, pero intentaba forzar una sonrisa.

—Hola, tesoro. ¿Pasa algo? ¿Le ha pasado algo a tu abuela?

—No, no, tranquila Candy, no pasa nada. Solo vengo a darte una cosa y a pedirte un favor.

—Claro. Sabes que me puedes pedir lo que quieras. ¿Qué necesitas?

Alana sacó de su bolso los dos sobres y se los tendió a su amiga.

—Este es para ti, pero me tienes que prometer que no lo abrirás hasta mañana por la mañana. ¿Me lo prometes?

—Claro. No lo abriré hasta mañana, prometido. —Ella sabía que cuando su amiga prometía algo, siempre lo cumplía.

—Y este es para que se lo des a Raúl...

—¡Anda, tonta! ¿Y por qué no se la das tú? Si os pasáis el día juntos.

—Mañana no creo que le vea y es urgente que lea esta carta. ¿Me harás el favor de dársela?

—Claro que sí. Mañana cuando le vea se la doy. No te preocupes.

Antes de irse, Alana abrazó con todas sus fuerzas a su querida amiga y cuando la puerta de esta se cerró, susurró un "lo siento" que solo ella pudo escuchar.

Después de recomponerse, se reunió con su abuela que ya lo había preparado todo. A partir de ese día, su vida estaría incompleta y sin rumbo, pero quería demasiado a Raúl como para hacerle daño.

A la mañana siguiente, cuando Raúl entró con Sam en la terraza como cada mañana, esperaba encontrarse con Alana y poder hablar con ella, decirle que la quería y que le daba igual todo, que lo único que quería era estar a su lado. Pero en vez de encontrarse con ella se encontró con una Candela que lloraba desconsolada. Su hermano intentaba consolarla sin mucho éxito. Se acercó para saber qué pasaba, pero Candela no podía hablar y entre hipidos le tendió una carta. Algo dentro de él se removió. Su hermano cogió al pequeño y le dejó su asiento para que se sentase.

Sin demora, abrió el sobre y sacó la carta:

Hola Raúl:

No sé muy bien cómo escribir esta carta. Sin duda ha sido lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida, pero no puedo quedarme ahí. Si lo hago, él no parará hasta haberme destruido y también te destruirá a ti.

Sé que no te parecerá justo, pero espero que lo entiendas. No quiero que pienses que no te quiero, pues todo esto lo hago porque eres la persona a la que más quiero y a la que más querré en toda mi vida.

Doy gracias a la vida por haberos puesto en mi camino, porque aparte de ti, ese pequeñajo es la casualidad más bonita que la vida me ha podido regalar. Necesito que entiendas que como os quiero tanto, no puedo dejar que os hagan daño, ni ser el motivo para que no seáis felices.

Espero que no me odies por esta decisión y que, si lo haces, por lo menos recuerdes los buenos momentos que pasamos juntos.

Te quiero y siempre te querré. Pase el tiempo que pase, siempre seré tuya.

Alana.

¡No podía ser! ¡No se podía haber ido! Se había marchado por su culpa, por no haberle dicho todo lo que sentía por ella y que por miedo había callado durante tantos meses... y ahora por su culpa todo se había derrumbado. Ahora, la persona a la que había abierto su corazón se había ido. ¡No se lo

permitiría! La buscaría en cualquier lugar... removería cielo y tierra para encontrarla... ahora ya no tenía miedo y tenía claro que esa mujer tan cabezota volvería a estar algún día entre sus brazos. Costase lo que costase.

Cuatro meses después...

No podía más. La había buscado por todos los lugares del mundo. Primero fue a Cuba. Sabía que si se había ido con su abuela habría ido allí y así fue, pero cuando Raúl llegó, allí solo estaba Concha. La pobre mujer juró que no sabía dónde estaba su nieta. Se había ido hacía semanas a la isla Santa Lucía a visitar a su tía, pero ya se había marchado de allí. Aun así, Raúl fue hasta Santa Lucía, pero fue en vano. Concha tenía razón, Alana ya se había marchado.

Su corazón se rompía por momentos. No podía más. La necesitaba a su lado. La echaba de menos todas las noches. Intentaba distraerse, pero era inútil... al final, su mente viajaba y se encontraba con esos ojos verdes... los ojos más bonitos que había visto nunca.

Lo que más le dolía era ver cómo el pequeño Samuel la echaba de menos. Los primeros días fueron horribles, ni él dormía ni las rabieta de Samuel paraban. No conseguía consolarle, hasta que un día, haciendo las maletas para volver a Madrid, encontró una camiseta de Alana, olía a ella, estaba impregnada de ese olor tan característico a jazmín y ese suave champú de coco que siempre usaba. Cogió la camiseta y la metió en la cuna de Samuel y desde ese día el pequeño no dejaba que esa prenda abandonase su cuna.

Habían sido unas navidades agridulces. Estaba feliz porque había conseguido la custodia de su hijo. Ximena había regresado arrepentida y reclamando la custodia del niño, pero al final habían llegado a un acuerdo amistoso, ya que ella tenía todas las de perder al haber abandonado a su hijo en el mismo hospital en el que nació. En cierta parte la entendía... era joven, trabajaba todo el año cantando en cruceros por todo el mundo y lo que menos entraba en sus planes en ese momento era tener un hijo. Pero, aun así, Raúl nunca habría abandonado a su hijo.

Además, habían sido las primeras navidades junto a Samuel y por fin con toda su familia, menos Isabel que seguía insistiendo en que se hiciese las

pruebas de paternidad a las que él se negaba.

Pese a aquello, vivió unas navidades mágicas. Adoraba ver la cara con la que Samuel lo miraba todo: las luces, los adornos, el árbol... y qué decir cuando abrió todos los regalos.

Pero también la echó mucho de menos en esas fechas... habría deseado poder pasear con ella por las frías calles de Madrid, comprando y preparando las cenas de nochebuena y nochevieja... haberle dado el primer beso del año y que pudiese haber abierto el regalo que le había comprado.

Pero, aunque la echaba de menos cada día, la vida seguía y dentro de poco se acabaría su excedencia. Tendría que volver a la realidad. Necesitaba volver a la realidad e intentar mantener la mente ocupada la mayor parte del tiempo.

En pocos días, sería el primer cumpleaños de Samuel y ese mismo día llegaría a su casa Héctor y la loca de su cuñada Candela. Todavía no sabía cómo esos dos locos se aguantaban... bueno, en el fondo sí lo sabía: se querían con locura.

Dejó de pensar. Todo eso le hacía daño. Se dirigió a su habitación y cuando entró solo pudo sonreír. Como todos los días, Samuel estaba en su cama, sin pijama y abrazado a la camiseta y al peluche que Alana le había regalado. No había forma de que ese pequeño monstruito durmiera una sola noche con el pijama puesto. Se acostó a su lado y después de darle un tierno beso en la cabeza, se quedó dormido junto a su hijo.

31

Habían pasado cuatro meses. Cuatro meses en los que había llorado, gritado y se había odiado a sí misma, pero allí seguía escondida, huyendo otra vez.

Había estado en Cuba con su abuela, en Santa Lucía con su tía Manuela y había recorrido parte de Cuba colaborando con una ONG. Había conocido mil historias, había hablado con mujeres que habían vivido lo mismo que ella y cosas peores y que lo habían superado, que habían sido fuertes y habían cogido el toro por los cuernos. Pero ella no podía hacerlo y se odiaba por ello.

La llegada a Cuba había sido dura. Ver a su abuela derrumbarse por todos los recuerdos que tenía, por la nostalgia que sentía y por la alegría de volver a su tierra, esa que tanto echaba de menos.

También estaba el dolor que ella sentía. Ese desgarró que sentía en su pecho por haberse alejado de Raúl. Ahora entendía a su abuela cuando decía que su alma estaba en La Habana y su corazón en Andalucía... era cierto, su corazón se había quedado junto a la carta que le había dejado a Raúl.

Sus tíos las recibieron con entusiasmo y cariño. Por las mañanas, paseaba con su abuela por las recónditas callejuelas de La Habana y se impregnaba de los sonidos, de los olores, de los vibrantes colores que salpicaban las calles, pero también de la pobreza y de todo lo que estaba aprendiendo durante ese viaje. Lo más duro eran las noches. Eran noches largas en las que no conseguía conciliar el sueño. Noches en las que se despertaba sintiendo su olor, sus cálidos brazos rodeando su cuerpo... incluso una mañana creyó oír su risa y la de Samuel. Su mente le empezaba a jugar malas pasadas, pero había tomado una decisión, la mejor decisión para los dos.

Una mañana se habían trasladado a “la Cuba del este” como la denominaban sus tíos. Estaban en la playa de Guanabo. En aquella playa virgen se respiraba otra armonía... no era como La Habana o las playas que habían visitado hasta ahora. No había una aglomeración de turistas y familias buscando una porción de playa. En este pequeño trozo de paraíso terrenal se respiraba la esencia de la Cuba antigua. Después de la comida, su abuela y ella dieron un paseo por la orilla de la playa. El silencio las rodeaba. Lo único que se oía era el jolgorio de los niños jugando a lo lejos y el sonido de las

olas al romper en la orilla. Durante los días que llevaban en Cuba, habían cogido la costumbre de dar esos paseos en los que su abuela le enseñaba pequeños recuerdos de su infancia, como la escalera en la que su madre, ella y sus hermanos esperaban todas las tardes a que su padre volviera del trabajo. Le explicaba, cómo esa escalera era el punto de unión donde todas las vecinas hablaban de las novelas que escuchaban en la radio, mientras los niños correteaban por los alrededores. También le enseñó la botica de la señora Zoila, una mujer mayor a la que ella ayudaba en su negocio. Cuando la conoció era una mujer que, debido a su avanzada edad, empezaba a tener problemas de vista, por lo que Concha se encargaba de escribir las recetas, los nombres en los tarros, colocar las estanterías más altas... Para ella, la señora Zoila fue una segunda madre, siempre dándole consejos y contándole viejas leyendas e historias que a su abuela siempre le habían gustado mucho.

—¿Ves aquella zona de allí? —La voz de su abuela la sacó de sus pensamientos. Dirigió la vista a la zona donde su abuela señalaba y asintió con la cabeza—. Aquella zona era donde mi viejito se ponía a pescar siempre que veníamos.

—Te acuerdas mucho de él estos días, ¿verdad? —Alana sabía la respuesta, pero quería saber si aquel viaje le estaba causando más mal que bien a su abuela.

—Mi niña, de mi viejito me acuerdo siempre, aquí en mi tierra o en mi Andalucía. Vaya donde vaya, su recuerdo viene conmigo. —Aquellas palabras la tranquilizaron un poco—. Lo que te decía... mi familia venía casi todos los días de libranza a pasar el día a esta bonita playa. Podíamos decir que era como una tradición. Pasábamos el día aquí, nos bañábamos, jugábamos, nos reíamos... mi viejito siempre contaba historias que hacían que todos se riesen, no solo de la historia, sino de cómo las contaba. —Su abuela sonrió al recordarlo y le cogió la mano para seguir andando—. Él siempre le advertía a mi mamá, de que no trajese comida, que él pescaría lo suficiente para comer todos. Pero después de un día en el que pasamos más hambre que Carracuca, mi mamá siempre preparaba algo de ropa vieja y arroz con pollo y muchos tostones que eran los favoritos de mi viejito.

—Eso es bonito, porque supongo que ella lo hacía a escondidas para no desilusionarle. —Alana acarició la mano de su abuela y la miró mientras esta asentía y se echaba a reír.

—Lo bonito era ver las caras que ponía cuando no pescaba. Se sentaba

sin decir nada, cogía el plato que mi mamá le daba y se lo comía sin rechistar, pero después de comer y de fumarse su puro, siempre tiraba de mamá hasta que se sentaba en sus rodillas y le decía que era su negra favorita... era como él la llamaba, cosa que nunca supimos el por qué, ya que como has visto, mi mamá no tenía una tez demasiado oscura.

—Sería algo suyo, como la forma en la que tú me llamas a mí "mi niña" o la manera en la que te refieres a ellos —contestó Alana mientras se sentaba en la orilla y dejaba que el agua le mojase.

—Supongo... —dijo su abuela sentándose a su lado para contemplar el paisaje.

Después de unas semanas allí, una tarde paseando por las calles de La Habana se acercó a contemplar una iglesia que desde que había llegado le había llamado la atención. Era la parroquia de Jesús del Monte. Aquella obra arquitectónica de piedra blanca se levantaba ante sus ojos dejándola boquiabierta. Con curiosidad pasó a su interior y pudo ver y admirar aquella construcción, deteriorada por el tiempo, que por lo que podía calcular databa del siglo XVII.

—Perdone, ¿busca a alguien? —Una voz a su espalda la sobresaltó.

—No, no... disculpe padre... estaba admirando la iglesia. — Al girarse, vio ante ella a un hombre de mediana edad con el pelo entrecano y las facciones muy marcadas y con unos ojos grandes y grises llenos de vida y esperanza.

—Disculpa, hija... pensaba que era una de las muchachas del voluntariado y estabas buscando a uno de los hermanos.

La pobreza que había visto aquellas semanas en Cuba, toda la necesidad que había y que veía día tras día, hizo que la palabra voluntariado resonase en su cabeza. Por eso decidió preguntarle al padre Damián, que así se llamaba el párroco, de qué trataba ese voluntariado. Cuando el padre terminó de contarle todas las obras que hacían, estaba ansiosa por poder ayudar y eso hizo durante las siguientes semanas. Formó parte del centro juvenil de la parroquia, preparó cursos junto a los hermanos y la ONG *Hombre Nuevo Tierra Nueva*, y también preparaban juegos para los más pequeños y actividades extraescolares. La cosa más insignificante era todo un regalo para esos niños.

También viajó con la ONG a Guamá, una zona en la que la necesidad todavía era mayor. Allí ayudó a construir casas para los más desfavorecidos y

también participó en un programa de apadrinamiento para niños y discapacitados. Pasar tantas horas haciendo cosas para los demás, sintiéndose útil, hacía que su mente no tuviese tiempo para pensar. Incluso por las noches conseguía conciliar el sueño, debido al cansancio. Pero por las mañanas volvía a sentir esa sensación de vacío que día tras día la acompañaba.

Una mañana, mientras se encontraba en el centro juvenil, vio a una señora mayor llegar con tres niños pequeños, sus nietos, dedujo. Se acercó a ellos y empezó a jugar con los pequeños. Durante más de una hora les leyó cuentos e interpretó un teatro con marionetas de dedos que hacían las vecinas de la comunidad. Cuando los niños le dieron un respiro, se sentó en la silla que había al lado de la que había ocupado la abuela de los pequeños. La mujer le cogió la mano y la miró.

—Tu corazón sufre... por mucho que tú quieras ignorar lo que te dice, él cada vez grita más fuerte. Aunque tú no quieras escuchar. —La mujer, de tez morena y pelo canoso, la miraba con ojos llenos de sinceridad, eran dos pozos llenos de vida y sabiduría—. Hay un hombre que te ama muchacha, en una tierra lejana, pero te ama. —La mujer se puso de pie y se dirigió al lugar donde estaban sus nietos, pero a mitad de camino se detuvo y se dio la vuelta—. No permitas que tus miedos lastimen más tu corazón. —Esas últimas palabras hicieron que algo en Alana se terminase de romper.

Después de escuchar a aquella anciana, necesitaba cambiar de aires. Necesitaba volver a respirar, por lo que viajó hasta Santa Lucía. Habían pasado dos días desde que había llegado. Su tía la había llamado para que fuese a echarle una mano. No sabía exactamente para qué. Todo aquello era muy raro, pero estaba tan cansada que ya le daba todo igual. Necesitaba alejarse de todo, una vez más. Todos los días miraba una y otra vez las fotos que tenía de Raúl y de Samuel. Algunas en la playa... otras de ella sola con su pequeño... porque, aunque lo negase, era su pequeño. En esos meses, había caído rendida ante los pies de aquellos dos hombres, no podía negarlo. Se levantó e intentó borrar todos los pensamientos de su cabeza. Encendió la radio y se metió en la ducha justo en el momento en el que empezaba a sonar *Hello* la nueva canción de Adele. Maldijo por lo bajo y siguió duchándose mientras que la canción se metía bajo su piel.

*Hello from the other side
I must have called a thousand times*

*To tell you I'm sorry
For everything that I've done
But when I call
You never seem to be home
Hello from the outside
At least I can say
That I've tried to tell you
I'm sorry for breaking your heart
But it don't matter
It clearly doesn't tear you apart anymore*

Terminó de ducharse, se vistió y bajo al salón donde su tía la había convocado. Sentía curiosidad por lo que quería hablar con ella.

Cuando llegó, se encontró a su tía hablando con otra mujer que estaba de espaldas a ella. Cuando Manuela la vio en la entrada del salón se despidió y se acercó a su sobrina y le dio un beso en la mejilla.

—Escúchala antes de hablar. Por favor, escúchala. —Esa frase susurrada en su oído y los ojos suplicantes de su tía, le hicieron saber a quién pertenecía ese pelo castaño.

Alana avanzó y se situó delante de su madre. Hacía cuatro años que no la veía, pero sin lugar a dudas, no era la misma mujer que recordaba. Su rostro era serio, su mirada triste y las arrugas que se formaban alrededor de sus ojos y de sus labios demostraban que era una mujer que hacía tiempo que no sonreía.

Camil fue a dar un paso hacia adelante para tocar a su hija, pero inmediatamente Alana retrocedió. Camil no intentó acercarse más a ella. Tomó asiento y palmeó el sofá para que su hija también se sentara en él. Con algo de recelo, Alana lo hizo, suspiró y sintió cómo todas las emociones que había ocultado todos esos años salían al exterior. Sentía cómo su corazón se rompía. Llevaba cuatro años echando en falta el cariño de su madre, ese apoyo que tanto había necesitado. Y ahí estaba, sentada frente a la mujer más importante de su vida y la que más daño le había hecho.

—Cariño... —empezó a decir esta—. Lo siento. No sabes cuánto lo siento. Todo es verdad... todo lo que me contaste... todo era verdad. No podía creerlo, no quería creerlo... —La voz de su madre se fue apagando y empezó a llorar tapándose la cara con las manos.

Por un momento, Alana levantó la mano para consolar a su madre, pero a mitad de camino se detuvo. No podía. Dejó que su madre se tranquilizase y continuara hablando.

—Hace un mes me llamó tu abuela. Nunca había visto a nadie hablar con tanta firmeza y con tanta rabia. Bueno, sí que lo había visto antes... era la misma rabia que con la que tú me contaste lo sucedido el día de tu cumpleaños. —Se volvió a secar los ojos y la miró. Su mirada era triste, llena de remordimientos y de dolor. El mismo dolor que Alana llevaba sintiendo esos cuatro años—. Me lo contó todo. Que Raúl era su hijo y, sobre todo, que por nuestra culpa, por mi insensatez, tu vida se había vuelto a romper... que otra vez habías tenido que huir... y otra vez era por mi culpa.

Alana la miró. Se repuso del duro golpe que acababa de sufrir. Habían hecho falta cuatro años y que ella abandonase toda su vida, para que su madre la creyese. Aquello era surrealista.

—¿Ahora sí? ¿Por qué ahora sí que me crees? He tenido que dejar mi vida, crear una nueva... y ahora que volvía a reponerme... no puedo más... quiero descansar, quiero olvidarlo todo, olvidar que cada vez que me despierto de una pesadilla la piel me quema donde él me tocó. Quiero que pase todo esto y, ¿sabes qué? Lo había conseguido. Las caricias de Raúl eran un bálsamo para mí. Pero otra vez se ha destruido todo. Le he roto el corazón al hombre al que más he querido en toda mi vida. Y ahora, después de cuatro años, después de que te supliqué, de que lloré y me arrastré... ahora, por obra de tu pepito grillo... me crees.

Había empezado a hablar en un tono bajo, pero según iban saliendo las palabras de su boca iba elevando el tono y acabó chillando.

Camil se quedó asombrada. Aquella no era su hija. Siempre había tenido mucho carácter, pero siempre había sido alegre y risueña. ¿Dónde estaba su niña?

—Además, ese maldito hombre no solo me hizo daño a mí —continuó su hija, soltando todo lo que pensaba y sentía desde hacía cuatro años—. También le hizo daño a Raúl y a su pobre madre... los abandonó, ¡joder!, y todo porque no tenían la vida que él había soñado... así que se marchó y buscó a alguna tonta ricachona a la que engañar. Y esa fuiste tú, mamá.

Camil se había quedado muda. Sabía que todo lo que había dicho su hija era verdad y aunque le dolía, no podía decir nada. Bastante benevolente estaba siendo con ella.

Continuó hablando, pero esta vez más tranquila.

—Lo sé. Fui una tonta, una estúpida... y un millón de cosas más. Te hice daño a ti, se lo hice a Álex y también me lo hice a mí misma, pensando que podía sentir por otro hombre lo que sentí por tu padre.

Alana se quedó de piedra al oírla mencionar a su padre. No podía soportarlo más. Estaba a punto de levantarse para irse cuando su madre apoyó la mano sobre su rodilla y la obligó a levantarse.

—Pero ya eres libre. —Alana la miró sorprendida, nunca sería libre—. Desde hace tiempo sabía que Ernesto me ocultaba algo. A veces me daba papeles para que firmase, pero insistía en que no hacía falta que los leyese. Pero recordé lo que tu padre siempre me decía: “Camil eres una chica inteligente, utilízalo a tu favor y ve siempre un paso por delante”. Y así lo hice. Empecé a investigar y descubrí que Ernesto estafaba grandes cantidades de dinero a sus clientes y cuando tu abuela me llamó y me hizo abrir los ojos, no pude hacer más que tomar cartas en el asunto. —Camil guardó silencio.

Por un segundo, Alana pensó en lo peor. Por mucho rencor que le guardase a su madre, no quería que tirara su vida por la borda por haber hecho cualquier locura.

—Esa noche cuando llegó a casa, yo ya había metido a tu hermano en un avión rumbo a España, tenía las maletas hechas y estaba dispuesta a irme. Pero no podía. Me quedaba algo por hacer. —Tragó saliva y sintió cómo su hija, por primera vez en todo ese rato que llevaba junto a ella, le apretaba la mano para que siguiese hablando—. Le serví un whisky y después de ese, otro... y otro más. Cuando ya no podía más, le acompañé hasta la cama y le esposé. Esperé pacientemente a que se despertase y cuando lo hizo sonrió descaradamente imaginándose cualquier perversión. Pero dejó de sonreír cuando empecé a contarle todo lo que sabía... todos los datos de las empresas y de las personas a las que había estafado. Lo sabía todo. —Sonrió, recordando la cara de ese hombre que empezaba a perder el color—. Entonces empezó a amenazarme, a decirme las cosas tan horribles que te había hecho y las que pensaba hacerte cuando te encontrase. Cuando terminó, la que sonreí fui yo. Lo había grabado todo y mientras que él intentaba forcejear para quitarse las esposas, yo me levanté y abrí la puerta para dejar que la policía terminase lo que yo había empezado. Lo había confesado todo y además había amenazado con matarnos.

Las lágrimas empezaban a correr por el rostro de Alana. No podía creer

que lo que le estaba contando su madre fuese verdad. ¿Realmente era libre?

—Sí, cariño. Ahora eres libre y sé que no te puedo pedir que me perdones, pero sí que intentes ser feliz, que luches con uñas y dientes por ese hombre que te ha robado el corazón. Lucha tanto como luché yo por tu padre y aunque a mí no me perdones, hay alguien que tiene unas ganas locas de abrazarte.

En ese momento la puerta del salón se abrió y entró su hermano Álex. Estaba tan alto... tan guapo... Alana se levantó de golpe y se quedó mirándole. Le echaba tanto de menos... había crecido tanto durante esos años... se había perdido tantas cosas de él...

Pero nada de eso importaba, su hermano corrió hacia ella y los dos se fundieron en un abrazo que pareció durar eternamente.

En el momento en el que Alana sintió cómo los brazos de su hermano la rodeaban, se sintió en paz. Sintió una liberación, lloró, ambos lo hicieron, pero por una vez, Alana lloraba de felicidad. ¡Era libre! No podía creerlo. Podía ser feliz, tenía entre sus brazos a su hermano y aquello la liberó de todo el dolor y todo el resentimiento que sentía.

Cuando se separaron, ambos sonrieron. Por fin estaban juntos otra vez. Su madre se acercó a ellos y le dio la mano a su hijo que la miró dándole las gracias en silencio por lo que había hecho.

—No te pido que me perdones. No he sabido ser una buena madre contigo y no me lo perdonaré nunca, pero no quiero que perdáis más tiempo. No le prives a él de tener una hermana por culpa de mi insensatez...

—Todavía me duele mucho y creo que siempre me dolerá... pero gracias por lo que has hecho por mí, mamá. —Alana no podía dejar de mirar a su hermano y sonreír al sentir la calidez de su brazo sobre sus hombros.

—Hay algo más... —empezó a decir su madre, mientras le tendía una carta cerrada—. Antes de venir tu abuela nos dio esto para ti.

Después de unos minutos hablando y de pasear por toda la isla con su hermano contándose lo que habían hecho durante esos cuatro años y lo mucho que se habían echado de menos, Alana subió a su cuarto y abrió la carta de su abuela.

Hola mi niña:

Espero que todo esté bien y que hayas escuchado a Camil. Si es así, estarás leyendo esta carta, porque le ordené que no te la diera si no la

escuchabas.

Ahora que ya eres libre, mi niña, deja el miedo y deja los temores. Toma las riendas de tu vida y lucha por lo que quieres y por quienes quieres. Por una vez, mira por ti, sé egoísta, lucha y no te dejes vencer por tus miedos.

Ve a Madrid y reconquista a ese hombre que tan loca te vuelve, porque sé que por mucho que lo niegues te mueres por él y sé que en estos cuatro meses no le has olvidado. Como sé que tampoco se te olvida que en cuatro días es el cumpleaños de Samuel.

Así que, ¡ve a Madrid y reconquistale!

Es una orden.

Te quiero, mi niña.

No pudo contener las lágrimas al leer las verdades que decía su abuela en la carta. Pero él se había ido... había dejado el pueblo y se había ido otra vez a Madrid. ¿Y si la había olvidado?, ¿y si para él solo había sido un amor de verano?

Desechó todas esas preguntas y solo dejó una en su mente: ¿Y si luego te arrepientes toda la vida?

Hizo las maletas apresuradamente y buscó el primer vuelo disponible con dirección a Madrid.

Después de quince horas en un avión y de una escala en Londres que se le hizo interminable, a las doce de la noche de un frío febrero, llegó a Madrid. Se alojó en el hotel Be Live City, el único en el que había encontrado una habitación disponible y que no estaba muy lejos del aeropuerto.

Despertó al día siguiente y sentía todos los músculos de su cuerpo entumecidos. Decidió ducharse y pensar qué haría al día siguiente, el día del cumpleaños del pequeño Samuel.

Después de desayunar, pensó en ir a última hora de la tarde cuando esperaba que ya no hubiese gente.

Llamó a su abuela y después salió y recorrió Madrid buscando el mejor regalo para Samuel. Después de entrar en seis jugueterías, encontró algo que sabía que le encantaría. Compró la colección de los personajes de su película favorita, estaban todos: Woody, Buzz Lightyear, Mister Potato y su señora, Ham, Slinky y Rex. Sabía que cuando abriese su regalo se volvería loco.

Durante el resto del día, pensó una y otra vez en todas las posibilidades que tenía. Cuando iba por la número cincuenta, dejó de pensar y decidió cenar algo e irse a la cama. Al día siguiente le esperaba un día movidito y prefería estar descansada, pasase lo que pasase.

Y por fin llegó el día. Veintitrés de febrero. Primer cumpleaños de Samuel. Despertó por primera vez en meses con una sonrisa en los labios. Ese pequeño regordete que llegó a su terraza aquella calurosa noche de agosto había crecido y ella había estado con él durante parte de ese tiempo. Había jugado, había reído y había sido feliz junto a él y a Raúl.

Por una vez volvía a sentirse completa y quería sentirse así durante toda su vida.

A las ocho, estaba delante de la dirección que le había dado su abuela. Era un edificio moderno en el barrio de Chamberí, cerca de la glorieta de Quevedo. Entró y subió hasta el ático.

Estaba nerviosa y se miró de arriba abajo repasando su ropa, sus zapatos

rojos de tacón, su pantalón negro pitillo, su camiseta blanca y su chaqueta de cuero. Por un momento, pensó en ir corriendo hasta su hotel y cambiarse, pero sabía que era el miedo el que hablaba.

Llamó al timbre y esperó. Fue su amiga Candela la que abrió la puerta y casi la deja sorda del chillido que soltó cuando la vio. Pero la más sorprendida fue ella al ver el abultado vientre de su amiga bajo el vestido que llevaba. Candela se tiró a sus brazos sin dejar de chillar y de repetir que la mataría si no la quisiera tanto.

Cuando las dos amigas se separaron estaban rodeadas por tres personas. Raúl a su derecha que no dejaba de mirarla, Héctor a su izquierda con esa sonrisa pícaro tan característica en él y una mujer justo enfrente de ella que sostenía a Samuel en brazos.

Era preciosa: figura delicada, ojos azules que resaltaban en su tez morena y pelo rizado y de color chocolate... tenía unas curvas delicadas y era algo más alta que ella. En ese momento supo quién era. Estaba segura de que se trataba de Ximena. Y si ella estaba allí solo podía significar que Raúl le había dado otra oportunidad. En ese instante su corazón se rompió del todo. Había llegado tarde. Su maldito subconsciente tenía razón y él la había olvidado.

Pero no pudo seguir pensando porque el pequeño Samuel casi saltó a sus brazos y como era costumbre empezó a enredar las manos en su pelo, pero lo que dejó a todos sin palabras fue que después de unos segundos el pequeño dijo:

—Ma-má.

Alana sonrió con satisfacción, no lo pudo evitar. Porque para ella era su pequeño y eso nadie lo podía negar, pero su sonrisa desapareció al ver la cara de odio con la que la miraba Ximena.

—Bueno, yo... —empezó a decir Alana, buscando en su interior las palabras correctas—. No quería molestar ni interrumpir. Solo quería darle a Samuel su regalo de cumpleaños...

—No pasa nada, Alana, puedes quedarte. Todos sabemos lo mucho que quieres a Samuel. —Las palabras de Raúl rebotaron en su mente con el doble sentido con el que él las había lanzado. Creía que solo quería a Samuel... qué tonto era. Pero él había rehecho su vida y ella no era nadie para meterse otra vez en ella.

Pasaron al salón y Alana se sentó en el sofá con Samuel mientras que Candela y Ximena la miraban, la primera con una sonrisa en la cara y la

segunda con mucha rabia en la mirada. Héctor y Raúl desaparecieron en la cocina.

Alana empezó a desenvolver el regalo y cuando Samuel vio lo que había dentro se volvió loco. Aún más loco se volvió Raúl al salir de la cocina y ver la sonrisa de Alana y la sonrisa que tenía su hijo en la cara. Los dos habían caído en las redes de esa mujer, no cabía la menor duda. Estaba deseando poder hablar con ella a solas y decirle tantas cosas que tenía hasta miedo de quedarse en blanco cuando llegase el momento.

Poco después, Alana fue a la cocina para hablar con Candela. En los escasos diez minutos que llevaba en la casa, no había podido dejar de mirar a Raúl, pero su amiga estaba desesperada por hablar con ella.

Cuando entraron en la cocina, Candela apoyó la cadera en la encimera, entrecerró los ojos y apoyó una de las manos en su vientre.

—¿Sabes lo jodidamente mal que me lo has hecho pasar?

Cuando Alana fue a hablar, Candela levantó la mano en señal de silencio y siguió hablando:

—En el momento más importante, en el que más te necesitaba, te fuiste, me dejaste sola. Dos días después de que te fueras me enteré de que estaba embarazada y me sentí sola... necesitaba a mi mejor amiga y te fuiste sin decir nada. Sabes que podías confiar en mí, que nunca habría dicho nada a nadie...

Cuando Candela terminó de hablar lo único que pudo hacer Alana fue abrazarla y cuando se separó de ella, posó una de sus manos sobre el vientre de su amiga.

—¿Por qué nadie me lo dijo? Ni la abuela, ni mi tía...

—No les dejé. Tú me habías abandonado y no te merecías saber qué esperaba a mis niñas.

Alana abrió la boca y la miró sorprendida. ¿Niñas?

—Has dicho niñas, ¿en plural?

—¡Sííí! Son dos niñas. Héctor está como loco, dice que le odio, que por lo menos un niño, que si ya era difícil lidiar con una Candela, imagínate con tres. —Su amiga empezó a sonreír y en ese instante supo que todo estaba bien —. Te perdono, pero solo con una condición.

—La que sea, lo prometo —Alana la miró expectante y vio cómo su amiga sonreía.

—Bueno son dos, la primera que no vuelvas a desaparecer, y la segunda,

que cuando tenga a estas dos saltimbanquis que no paran en todo el día, te quedarás cuidándolas para que yo vuelva a recuperar mi vida sexual.

Alana empezó a reír a carcajada limpia y le prometió todo lo que le pidiese, pero después se puso seria.

—Te prometo que no me volverás a perder de vista y que seré la mejor tía que esas dos pequeñas puedan tener. Y espero que no te hayas mudado a Madrid, porque te voy a echar mucho de menos.

—No, no. Estamos aquí de visita, pero supongo que ahora que has vuelto, tú sí que te mudarás a Madrid. —Su amiga puso cara de juguetona y soltó una pequeña carcajada.

—No creo. Él ha rehecho su vida y yo no me puedo meter por medio. Y, por cierto, me voy. Estoy cansada y creo que no es buena idea que haya venido.

—Pero, pero, pero... ¿De qué estás hablando...?

—No, Candela. Sé que he metido la pata y que, aunque solo han sido cuatro meses, él tiene derecho a darle su corazón a otra mujer.

Candela no sabía qué decir, se había quedado muda. Alana se acercó y le dio un beso en la mejilla antes de dirigirse a la puerta de la calle.

—Te espero en casa de la abuela y quiero todos los detalles de la llegada de mis sobrinas. —Le guiñó un ojo y se marchó.

Cuando Candela salió de la cocina y llegó al salón, seguía sin poder articular palabra. Cuando Héctor la vio, corrió a su lado y le preguntó qué le pasaba.

—¿Estás bien, cariño? ¿Les pasa algo a las niñas?

Candela solo pudo señalar la puerta y articular una palabra

—Alana...

Raúl miró la puerta y supo lo que quería decir Candela, se había vuelto a ir. No podía creerlo. Se levantó del sofá y dejó a Samuel en los brazos de Ximena.

—¡Joder! —bramó y corrió hacia la puerta. El ascensor estaba bajando todavía y pensó que quizá pudiese alcanzarla.

Corrió escaleras abajo maldiciendo por no haberla besado nada más pisar su casa. Estaba como loco, si la perdía otra vez no se lo perdonaría en la vida porque estaba seguro de que todo lo que había podido sentir estando con otras mujeres, había sido un simple juego de niños y ahora sabía que las cosas iban en serio. Los dos habían apostado muy alto y podían perderlo todo en un solo instante.

Cuando llegó a la planta baja, la vio a pocos pasos de la puerta del portal. Estaba tan guapa con esos tacones y esa cazadora de cuero que le daban ese toque tan especial. Estaba más delgada que la última vez, pero seguía tan guapa como siempre.

Confirmó una vez más que era la mujer de su vida, la que ponía su mundo patas arriba, la que le nublabla la mente y le volvía loco con una sola sonrisa. Supo que, aunque ella no quisiera, le iba a escuchar. Esta vez no se callaría nada, le diría todo lo que pensaba y sentía desde hacía mucho tiempo.

Corrió hacia ella y la cogió de la muñeca justo en el momento en el que Alana abría la puerta.

Cuando la giró para que le mirase y la tuvo enfrente, solo pudo hacer una cosa, una cosa que llevaba deseando cuatro meses: la besó.

Cuando Alana llegó abajo, salió del ascensor como si quemase. Durante el

trayecto se recriminó a sí misma lo tonta que había sido por pensar que él la iba a estar esperando, que él sentía lo mismo que ella.

Sentía cómo su corazón se rompía más con cada momento que pasaba y se apresuró a recorrer la distancia que la separaba de la realidad.

Estaba a punto de salir a la calle, cuando percibió unos pasos acelerados a su espalda y sintió cómo una mano se cerraba en torno a su muñeca. Cuando se giró vio que era Raúl, que aún sin aliento la observaba como nunca la había mirado.

Ambos se miraron y después de unos segundos, Raúl la atrajo hacia su cuerpo y la besó. Al principio, Alana se quedó parada, pero cuando sintió la calidez de los labios de él y recordó lo mucho que añoraba sus besos, enredó las manos en su pelo y le atrajo hacia ella dándole acceso a su boca y saboreándole como llevaba meses deseando hacer.

Cuando los dos estaban sin aliento y se separaron, Alana no supo qué decir. Las palabras se agolpaban en su mente y estaba tan nerviosa que tenía miedo de caerse redonda al suelo.

—Yo... yo... no quería... no quería molestar... —Se armó de valor y lo soltó todo de carrerilla como si lo hubiese memorizado—. Sé que no te puedo reprochar nada, has rehecho tu vida y me alegro por ti. Espero que ella te haga feliz. Te lo mereces, y aunque yo siempre te querré no me....

No pudo terminar. Raúl la empezó a besar de nuevo dejándola otra vez sin palabras. Cuando se separó de ella, sonrió y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Hablas demasiado, nena. —Volvió a besarla y cuando se separaron, susurró cerca de sus labios—: No estoy con Ximena. Es largo de contar, pero, en resumen, es solo para que Samuel tenga contacto con su madre. Aunque, como has podido comprobar él ya ha decidido quién es su mamá. No te he podido olvidar en estos meses, ni un solo día has salido de mis pensamientos. Te busqué en Cuba, en Santa Lucía... pero cuando yo llegaba, tú ya habías desaparecido. Estaba desesperado por encontrarte... ya no sabía qué hacer... hasta que me llamó tu abuela y me dijo que parase. Que harías lo correcto y que era una orden.

Alana sonrió al pensar en su abuela. Esa mujer con carácter que era capaz de cualquier cosa para que ella fuese feliz y que lo había conseguido.

—Y antes de que digas nada —empezó a decir él mientras le tomaba de la mano y comenzaba a trazar pequeños círculos con el dedo pulgar sobre su

muñeca—, te diré que eres la mujer más testadura, cabezota, y desesperante que he conocido en mi vida, que me has vuelto loco... me has chillado, me has cerrado la puerta en la cara, me has puesto en mi sitio más veces de las que puedo recordar... y aunque hay muchas veces en las que me sacas de mis casillas... —Mientras que él hablaba Alana fue perdiendo la sonrisa, tenía miedo de lo que podía decir— eres la mujer a la que más quiero en este mundo. He sido un loco y un estúpido por esperar para decirte que te amo, pero el miedo me podía y he tenido que perderte para darme cuenta de lo mucho que te necesitaba. Que te creí a ti y no al cerdo de mi padre, nada más salir por la puerta de mi casa y que te habría seguido buscando por todo el mundo si no hubieses vuelto, porque te amo y porque no sé qué clase de embrujo tienen tus ojos, pero quiero seguir mirándolos el resto de mi vida.

En ese momento fue Alana la que le creyó. Después de lo que le había dicho, después de abrirle su corazón, lo único que quería hacer era besarle y recuperar los meses que habían perdido.

Después de muchos besos y de miles de “te quiero” volvieron a subir a la casa de Raúl. Al entrar, cogidos de la mano, Candela volvió a chillar y corrió a abrazarlos. Por fin, esos dos tontos cabezotas se habían dado cuenta de que estaban hechos el uno para el otro.

Mientras Alana hablaba con Héctor y Candela, Raúl se despidió de Ximena y le explicó que, si pensaba que en algún momento podía volver a surgir algo entre ellos, se equivocaba, y que si no aceptaba a su mujer se ceñirían estrictamente al régimen de visitas acordado. Ximena, apenada, aceptó y le dijo que iría dentro de dos semanas para ver a Samuel y se marchó.

Dos horas más tarde, cuando Candela y Héctor se marchaban con el pequeño Samuel dormido en los brazos de su tío, sonrieron al ver cómo Raúl abrazaba por detrás a Alana y apoyaba la cabeza sobre su hombro mientras que se despedían de ellos.

Cuando se quedaron solos, Raúl apretó a Alana sobre su cuerpo y le susurró al oído:

—Tengo algo que enseñarte...

Alana le miró y sonrió. No podía creer que volviese a estar junto a él. Se acercó despacio y llevó las manos hasta su pelo, bajando poco a poco por las facciones de su cara. Se le veía cansado. Alana repasó las pequeñas arruguitas que se habían formado al final de sus ojos, siguió bajando hasta repasar lentamente el borde de sus labios, recordando cada vez que aquellos sensuales y delicados labios habían recorrido las curvas que formaban su cuerpo.

—Menos tocar, señorita, que luego las manos van al pan... —dijo él, mientras le cogía de la cintura para llevarla al salón.

Una vez sentados en aquel cómodo sofá blanco en el que cabían por lo menos cinco personas, Raúl desapareció un momento por el largo pasillo que había a la izquierda del sofá. Cuando volvió, llevaba en las manos un paquete blanco coronado por un gran lazo rojo. Lo dejó encima de las rodillas de Alana y la miró con detenimiento.

—Es tu regalo de reyes. Llegó pocos días después de que te marchases... Me estropeaste la sorpresa con esa faceta tuya de escapista.

Alana le miró con curiosidad y con una pequeña mueca por las ocurrencias y los comentarios que le decía. Se le veía feliz. La miraba como si el mundo se detuviese cuando sus ojos se encontraban... como si nada más existiese... solo ellos dos.

—Recuerda, cariño, que Cenicienta siempre se tiene que ir antes de las doce, o su carruaje se convertirá en calabaza —contestó ella haciéndole reír, mientras empezaba a desenvolver el regalo con calma.

Ante sus ojos, quedó una caja de piel azul y cuando la abrió, se llevó las manos a la boca y miró a Raúl con los ojos llenos de lágrimas.

En aquella preciosa caja, se encontraba algo que ella había añorado y que recordaba como el primer día que lo vio en un escaparate de un pequeño anticuario. Era una réplica exacta del reloj que le había regalado a su padre el último cumpleaños que pudieron celebrar juntos.

Era tal y como lo recordaba: una correa azul de piel con una esfera redonda con el fondo color camel y un moteado marrón. Era un reloj precioso. Ese objeto siempre le recordaría a su padre.

—Cuando me contaste que no lo habían encontrado en el lugar del accidente —empezó a decir él mientras la abrazaba con ternura—, comencé a investigar. Recorrí mil anticuarios y relojeros hasta que uno lo reconoció como una edición especial de los años cuarenta y removí cielo y tierra hasta que conseguí uno para ti. Sabía que te gustaría.

Alana lo miró con detenimiento, recorrió la esfera despacio. Era precioso. Tenía ese brillo único que solo algunos objetos poseen. Lo dejó sobre la mesa y se giró para mirar a Raúl. Despacio, se puso de pie y tiró de su mano para que él también se levantase. Una vez estuvieron el uno frente al otro, Alana le rodeó con los brazos y escondió el rostro en la curva de su cuello aspirando ese olor tan único que él poseía. Aquel abrazo la reconfortó y también le transmitió a Raúl todas las palabras que ella en ese momento no podía pronunciar.

Muy despacio, él le cogió la barbilla y la levantó hasta que sus ojos y sus labios quedaron alineados. Primero le besó la punta de la nariz y luego le dio un dulce beso en los labios, pero cuando fue a separarse, Alana enterró las manos en su cuello y le atrajo hacia su boca para saborearlo como de verdad quería: con pasión.

—Tienes cinco segundos para llegar al dormitorio, si no, cualquier superficie horizontal me servirá para hacerte mía como llevo meses deseando. Cinco... cuatro... —susurró Raúl cuando sus labios se separaron.

Alana tragó saliva y salió corriendo por el piso. Cruzó el salón y llegó al pasillo, pero como nunca había estado allí, no sabía cuál era la habitación de Raúl. Él la alcanzó, la cogió por la espalda y la empotró contra la pared del pasillo. La besó apasionadamente mientras colocaba las manos sobre su cabeza.

—No se te ocurra bajarlas —dijo él antes de darle un último beso en los labios.

Fue bajando por su cuerpo despacio y se arrodilló ante sus piernas. Le hizo desprenderse de los zapatos y de los pantalones. A ellos les siguió el tanga de encaje negro. Raúl la obligó a abrir un poco más las piernas y se quedó observándola un minuto.

—Deliciosa —susurró antes de volverse a arrodillar ante ella—. Y ahora no te muevas, princesita.

Cuando Alana sintió la lengua de Raúl sobre su sexo, chilló y se retorció como nunca. Él sabía muy bien lo que hacía, pero después de unos minutos, Alana se movía desesperada, le necesitaba dentro de ella o le iba a dar algo.

Bajó sus manos hasta el cuello de Raúl y le hizo ponerse en pie. Estaba despeinado y tenía los labios mojados con su humedad. Le besó y ahora fue ella quien le empotró contra la pared. Recorrió sus labios, su cuello y fue desabrochando uno a uno los botones de la camisa. Cuando se arrodilló delante de él, Raúl tembló de pies a cabeza. Ella pasó la mano por su dura erección y le despojó de los pantalones y de la ropa interior. Cuando él estaba desnudo y después de mirarle con detenimiento durante unos segundos, Alana se despojó de la camiseta y del sujetador. Estando los dos completamente desnudos, se desató la pasión que llevaban acumulando durante todos esos meses. Las paredes y el suelo fueron los únicos testigos de cuánto se habían necesitado en ese tiempo y de cómo con cada suspiro, gemido y grito, recuperaban el tiempo perdido y volvían a ser uno.

A las seis de la mañana, cuando empezaba a salir el sol en Madrid, Alana se encontraba entre los brazos de Raúl, después de haber hecho el amor en el pasillo, en la cama y en la ducha. Ambos estaban agotados, pero ninguno quería dormirse. Eran demasiadas emociones y ninguno de los dos quería dejar de sentir las.

Alana se giró y le miró, recorrió sus labios con la punta de los dedos y sonrió al ver cómo él la volvía a mirar con deseo.

—Ya sabía yo que me ibas a dar problemas. Lo supe desde el día que te vi llegar a la terraza a pedir un café a esas horas.

Raúl sonrió y la abrazó contra su pecho y después de besarle el cuello susurró junto a su oído:

—Que sepas, princesita, que fue el mejor café a medianoche que me he tomado en mi vida y aunque la camarera que me lo sirvió era algo cabezota, estoy loquito por sus huesos y la amo con locura, pero no se lo digas, ¿vale?

—Será nuestro secreto, tienes mi palabra —dijo Alana, mientras se ponía sobre él y le obligaba a tumbarse—. ¿Sabes una cosa? —Raúl negó con la cabeza mientras recorría una y otra vez la espalda de Alana—. Que yo también amo con locura a ese misterioso hombre que llegó a mi vida para ponerla patas arriba. Le amo con auténtica locura.

Y ninguno de los dos pudo decir nada más porque sin palabras ya se lo habían dicho todo.

Epílogo

Cuatro años después...

Allí se encontraba otra vez, en su pueblecito, bajo una sombrilla oliendo a mar y sintiendo la suave brisa de aquella tarde de principios de septiembre. Su vida había cambiado mucho en aquellos cuatro años. Se había mudado a Madrid con el hombre de su vida. Le había regalado a Candela su parte del restaurante y ambas habían llorado como magdalenas con la despedida.

Pero siempre que podían, volvían a aquella casa que tanto gustaba a Alana. Aquella vez habían vuelto por una ocasión especial: habían vuelto siendo uno más.

El pequeño Alexander había nacido hacía un mes y medio y habían decidido aprender a ser padres por partida doble en la tranquilidad de aquel pueblo costero que los dos adoraban.

La risa de su hijo Samuel la sacó de sus pensamientos. Vio a aquel pequeño de ojos azules y pelo moreno correr hacia a ella y besar a su hermanito en la cabeza. Aunque los primeros días había tenido algo de pelusilla, ahora adoraba su nueva faceta de hermano mayor. Todos los días iba a su habitación y comprobaba minuciosamente que su hermanito tenía cinco deditos en cada manita y en cada pie. No sabían por qué lo hacía, pero ambos sonreían cuando le veían hacerlo.

Samuel se fue alejando para seguir jugando, pero Alana le llamó:

—Samuel, ¿qué pasa?, ¿que para mamá no hay besos? —le dijo, mientras hacía un puchero que ni ella se creía.

Raúl llegó a su lado y cogió a Álex antes de que Samuel llegase a sus brazos y la llenase de besos.

—Así, así... muchos besos para mamá. Quiero montones de besos todos, todos los días.

Ambos reían a carcajadas cuando vieron aparecer por el jardín a Candela, Héctor y a sus dos hijas, Clara y Andrea. A pesar de ser mellizas, eran totalmente diferentes. Clara era rubia como su padre, pero tenía los ojos vivarachos de su madre. Era una niña algo tímida y risueña y tenía una

imaginación arrolladora. Siempre estaba imaginando historias maravillosas. Andrea, era pelirroja como su madre y había sacado los ojos y el carácter de su padre. Era inquieta y tenía un salero que no podía parar nadie. En cuanto escuchaba música ya estaba bailando y cantando.

Su amiga llegó a su lado y se sentó soltando un largo suspiro. Estuvieron hablando durante horas mientras la casa se iba llenando de gente. Vino su abuela Concha que estaba encantada de tenerlos allí otra vez. Su hermano Álex y su madre, porque aunque aún seguía resentida por lo que había pasado, había sabido perdonarla y vivir el día a día. También llegó Mike con su última conquista y la última en llegar fue Martina que acaba de licenciarse en interiorismo y era la felicidad en persona, aunque Alana sabía que algo le dolía por dentro.

Cuando se sentó junto a ella y cogió a Alexander en brazos, empezaron a hablar de mil cosas: maternidad, trabajo, proyectos, futuro... y cuando llegaron al tema de los hombres, Martina suspiró.

—¿Te has enterado ya? —preguntó Alana, mirándola con curiosidad.

—¿Enterarme de qué? Últimamente no sé nada del universo. He vivido enterrada en montañas de libros y exámenes los últimos dos meses.

—Mmmm... a ver cómo te lo digo. —La miró pensativa y supo que su cuñada la odiaría nada más oírla, pero era mejor quitar la tirita del tirón—. Tomás se ha prometido...

La cara de Martina perdió el control y sus ojos se llenaron de lágrimas. Alana, al ver cómo se derrumbaba ante sus ojos, la entendió perfectamente. Ella había pasado por lo mismo.

—Te voy a dar un consejo, tú veras si lo aceptas o no. —Martina asintió y ella continuó—: Acepta la propuesta de trabajo de tu hermano, vente a Madrid y lucha por ese hombre cabezota que te vuelve loca, lucha con uñas y dientes, porque si no luchas te arrepentirás, a lo mejor no hoy, ni mañana... pero te arrepentirás.

Y dicho esto, Alana se levantó, cogió a su pequeño y fue hacia la mesa donde todos hablaban animadamente, dejando a Martina sumida en el revuelto mar de sus pensamientos.

Cuando se sentó junto a Candela, esta la miró con una sonrisa de oreja a oreja. Sabía que su amiga era feliz. Tenía un marido como ella le denominaba “perfectamente imperfecto”, unas hijas a las que adoraba y el restaurante marchaba mejor de lo que nunca habían imaginado.

—No me lo puedo creer... —empezó a decir su alocada amiga, sacándola de sus pensamientos—. En dos días seré la mujer de ese pedazo de bombón —dijo, señalando a Héctor que jugaba con sus hijas y con Samuel.

—Sí, amiguita. Quién nos iba a decir que tú pasarías algún día por la vicaría. —Sintió la colleja de su amiga y se echó a reír—. ¡Eh, eh! Que no lo decía yo sola... todos nuestros amigos pensaban que con ese carácter acabarías sola y rodeada de gatos —se intentó excusar Alana mientras se partía de risa.

—Ja, ja, ja, ¡Mírala qué graciosa la jodía! —dijo, mientras movía exageradamente las manos haciéndose la dolida—. Te lo perdono porque acabas de tener a mi precioso sobrino y todavía estás algo ñoña con las hormonas. Por cierto, ¿ya tienes vestido para mañana?

La cara de Candela se volvió seria. Cuando decidieron la fecha no sabían que Alana estaba embarazada y cuando se enteró casi se desmayó. Era el día más importante de su vida y su mejor amiga tenía que estar sí o sí.

—Sí, tranquila. Es precioso... perfecto. No marca nada que no tenga que marcar y es verde como el del resto de damas de honor.

—¡Perfecto! Pero luego me lo enseñas que todavía no me fío de tus gustos. —Alana la miró alzando una ceja—. No me lo tengas en cuenta, cari. Puede ser que yo acabase sola y rodeada de gatos, pero siempre he tenido mejor gusto que tú. Reconócelo.

Durante un rato, aquellas dos amigas volvieron a ser las de años atrás entre risas, anécdotas y alguna que otra lagrimilla.

Eran las siete de la tarde de un caluroso día de septiembre y en aquella preciosa cala se estaba celebrando una bonita boda íntima. Por el pasillo formado por una alfombra de pétalos blancos, avanzaban Clara, Andrea y Samuel, seguidos por Candela que iba preciosa con un vestido blanco de gasa y pedrería en la espalda.

Raúl apretó el muslo de Alana al ver que esta intentaba contener las lágrimas y cuando ella le miró, sonrió. Alana se apoyó en él para ver cómo su mejor amiga y su cuñado se daban el sí quiero.

Durante el banquete, todo fue música, baile y risas. Alana se encontraba bailando con el apuesto novio que no había perdido la sonrisa en toda la tarde, cuando unas manos desconocidas rodearon su cintura.

—Creo que es mi turno —dijo Tomás, mientras empezaba a bailar con ella.

—Bueno, bueno. El hombre que derrite bragas allá por donde va me ha reservado un baile —dijo Alana, mientras empezaba a moverse al mismo compás que él.

—Mírala, qué graciosa. Tenía que aprovechar antes de que tu novio volviese y me arrancase cierta parte que aprecio mucho... —La miró haciendo una mueca lastimera que le hizo reír.

—Tu acompañante es muy guapa —dijo ella mirando a la chica que le había acompañado al enlace.

—Sí, Micaela es preciosa... pero hay alguien que lo es aún más —dijo suspirando mientras seguía con la mirada a Martina que en esos momentos bailaba con Mike.

—Creo que deberías hablar con ella.

—Yo creo que no. Es imposible. Ella y yo... no puede ir a ningún sitio. Aunque yo ahora estoy aquí y mi vida es buena, no siempre fue así y ella no podría soportarlo... es algo que acepté hace mucho tiempo...

—Deberías hablar con ella. No es la niña pija que yo pensaba que era y creo que tú también lo estás viendo, así que arriésgate, ¿quién sabe? Lo mismo ganas.

Tomás se quedó pensativo mientras empezaban a sonar los acordes de “Valió la pena” del portorriqueño Marc Anthony. Alana empezó a moverse al son de la canción, haciendo que Tomás la siguiese todo lo bien que podía.

—Ahora estás en mi territorio, así que déjate llevar. Verás cómo es fácil.

Durante horas todos bailaron, rieron y compartieron momentos que siempre recordarían.

Horas más tarde, cuando todos se fueron y Raúl consiguió dormir a sus hijos, entró en el dormitorio y se apoyó en la puerta soltando un sonoro suspiro.

—Pensé que no se iban a dormir nunca, le he leído a Samuel *El principito*, *Dumbo* y la mitad de *Los 101 dálmatas*... ese niño no sé qué desayuna para no cansarse nunca.

Cuando abrió los ojos, vio a Alana de rodillas en la cama. Llevaba un camisón negro de satén con encaje en el borde del pecho. Desde que habían tenido al pequeño Alexander, no habían podido disfrutar el uno del otro. Tenían que cumplir la dichosa cuarentena y habían sido unos días tan

caóticos que al llegar la noche ambos caían rendidos en la cama.

La miró fijamente y se fue acercando lentamente. Cuando estaba a un par de pasos de la cama, Alana le miró fijamente y le sonrió.

—Sí —dijo ella en un susurro.

—¿Sí? Sí, ¿qué? —preguntó Raúl sin apartar la vista de ella.

—Sí a esa pregunta que tantas veces me has hecho y que tantas veces me había negado a contestar.

Raúl sonrió y se tiró encima de ella para besarla y abrazarla. Cada día amaba más a esa mujer, no tenía la menor duda de ello y cada día perdía más la cabeza por ella.

—¿En serio?

—Sí, cariño. Por fin seré tu mujer Raúl, pero ten claro que si aceptas, no te librarás de mí jamás.

—Para siempre, siempre tuyo —susurró Raúl mientras la besaba.

—Para siempre, siempre tuya —contestó ella mientras sentía cómo él recorría su cuerpo desde las piernas hasta el cuello.

—Siempre nuestro —susurraron ambos a la vez antes de dejarse llevar por la pasión.

Agradecimientos

Esta novela se la tengo que dedicar sí o sí a mis padres. Gracias por apoyarme siempre e insistirme para que esta novela viese la luz.

Pero, sobre todo, se lo tengo que agradecer a mi madre porque sin yo decirle que había escrito una novela, ella lo sabía desde el principio. Por estar siempre al pie del cañón, dándome ánimos y fuerzas para seguir adelante.

Dar las gracias a Monica B.S. porque vio nacer a Alana y a Raúl y porque tras un viernes de café, me dio una idea para el final de esta novela.

A Vanessa, por ser mi lectora cero, por aguantar mis inseguridades, mis idas y venidas, por tener mil archivos de esta novela según la iba escribiendo y por esas charlas telefónicas de dos horas.

A Clara Álbori, porque fue la primera persona fuera de mi círculo que leyó la novela y la que me animó a que la sacase del cajón de una vez por todas. Por nuestras charlas, por apoyarme siempre y aconsejarme.

Gracias a Miriam y a Thania, por vuestros consejos, vuestro apoyo y por hacerles un huequito en vuestras vidas a Alana y Raúl.

Gracias a Kris. L Jordan, por nuestras meriendas, por aconsejarme desde la experiencia, por contarme tus vivencias en este mundo de la literatura y siempre darme tu mano en esta nueva aventura. Gracias.

A Amelia de la Prida, mi profesora de música, por nuestras conversaciones en las que me animaste a descubrir por qué camino quería encauzar mi vida y mi futuro, por ser siempre un apoyo en mis años de instituto y por siempre una mano amiga con la que poder contar.

Y a ti lector, por dedicarme tu tiempo, por animarte a coger esta historia entre miles. Gracias.